

**PRESENCIA
DEL PROFR.
SIMON
SALAZAR M.**



Edición Especial con motivo del Día del Maestro

1.1
2.1
3.1
4.1
5.1
6.1
7.1
8.1
9.1
10.1
11.1
12.1
13.1
14.1
15.1
16.1
17.1
18.1
19.1
20.1
21.1
22.1
23.1
24.1
25.1
26.1
27.1
28.1
29.1
30.1
31.1
32.1
33.1
34.1
35.1

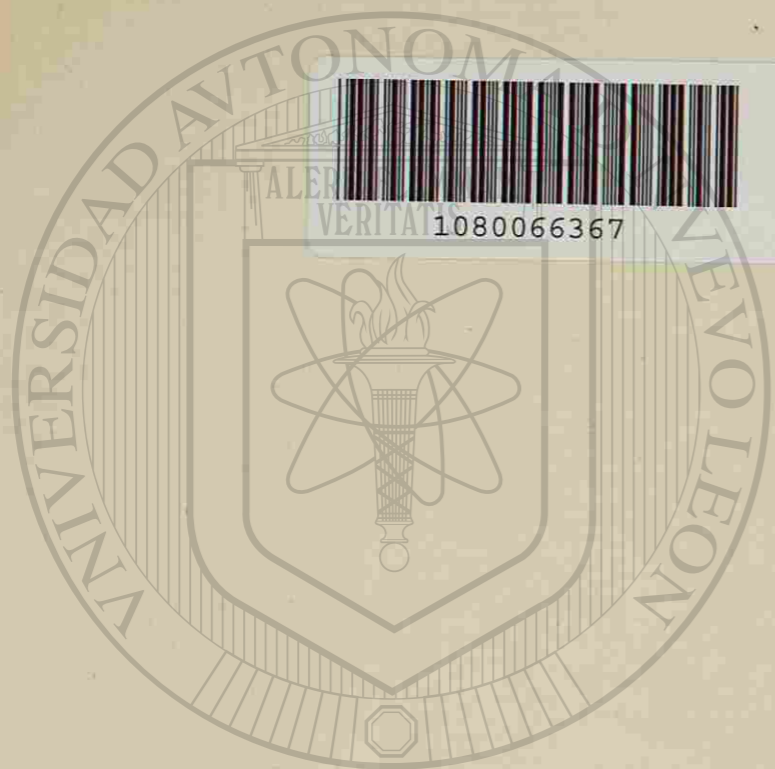
1.2
2.2
3.2
4.2
5.2
6.2
7.2
8.2
9.2
10.2
11.2
12.2
13.2
14.2
15.2
16.2
17.2
18.2
19.2
20.2
21.2
22.2
23.2
24.2
25.2
26.2
27.2
28.2
29.2
30.2
31.2
32.2
33.2
34.2
35.2

1.3
2.3
3.3
4.3
5.3
6.3
7.3
8.3
9.3
10.3
11.3
12.3
13.3
14.3
15.3
16.3
17.3
18.3
19.3
20.3
21.3
22.3
23.3
24.3
25.3
26.3
27.3
28.3
29.3
30.3
31.3
32.3
33.3
34.3
35.3

1.4
2.4
3.4
4.4
5.4
6.4
7.4
8.4
9.4
10.4
11.4
12.4
13.4
14.4
15.4
16.4
17.4
18.4
19.4
20.4
21.4
22.4
23.4
24.4
25.4
26.4
27.4
28.4
29.4
30.4
31.4
32.4
33.4
34.4
35.4

1.5
2.5
3.5
4.5
5.5
6.5
7.5
8.5
9.5
10.5
11.5
12.5
13.5
14.5
15.5
16.5
17.5
18.5
19.5
20.5
21.5
22.5
23.5
24.5
25.5
26.5
27.5
28.5
29.5
30.5
31.5
32.5
33.5
34.5
35.5

1.6
2.6
3.6
4.6
5.6
6.6
7.6
8.6
9.6
10.6
11.6
12.6
13.6
14.6
15.6
16.6
17.6
18.6
19.6
20.6
21.6
22.6
23.6
24.6
25.6
26.6
27.6
28.6
29.6
30.6
31.6
32.6
33.6
34.6
35.6



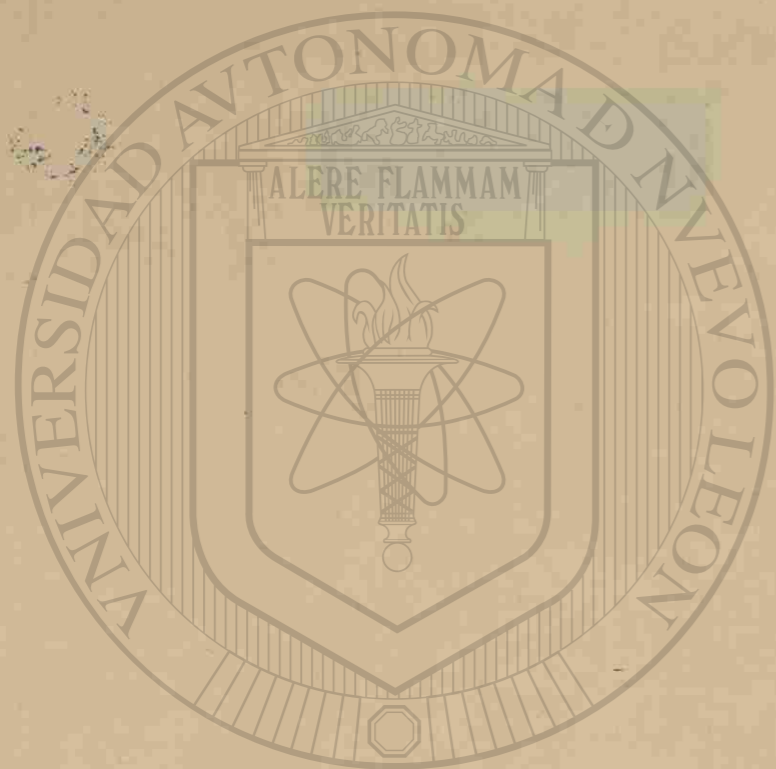
1080066367

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**PRESENCIA
DEL PROFR.
SIMON
SALAZAR M.**



Edición Especial con motivo del Día del Maestro

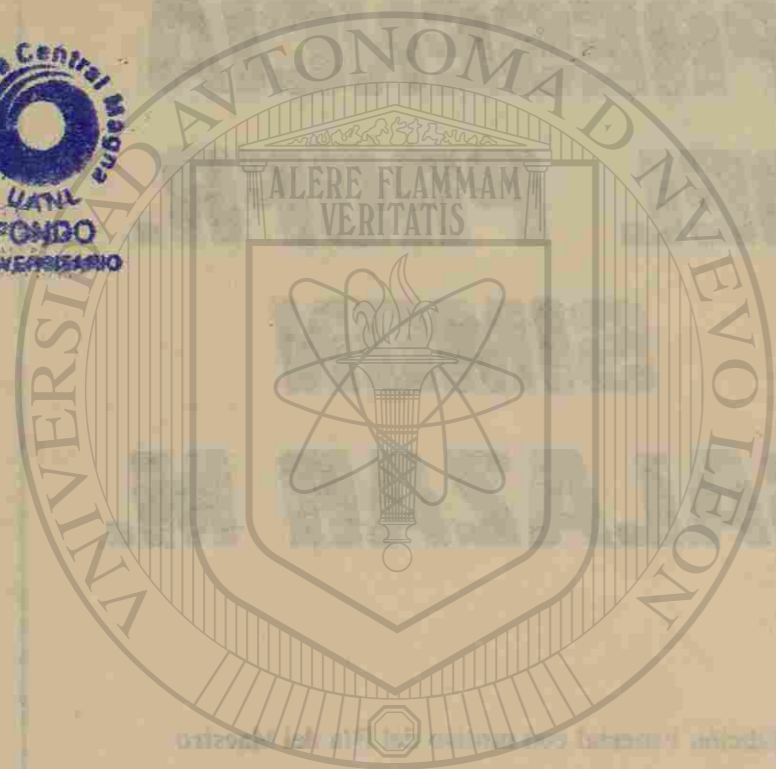
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Nuevo León
Monterrey, N.L., 1985.

LA2335

. 55

p7

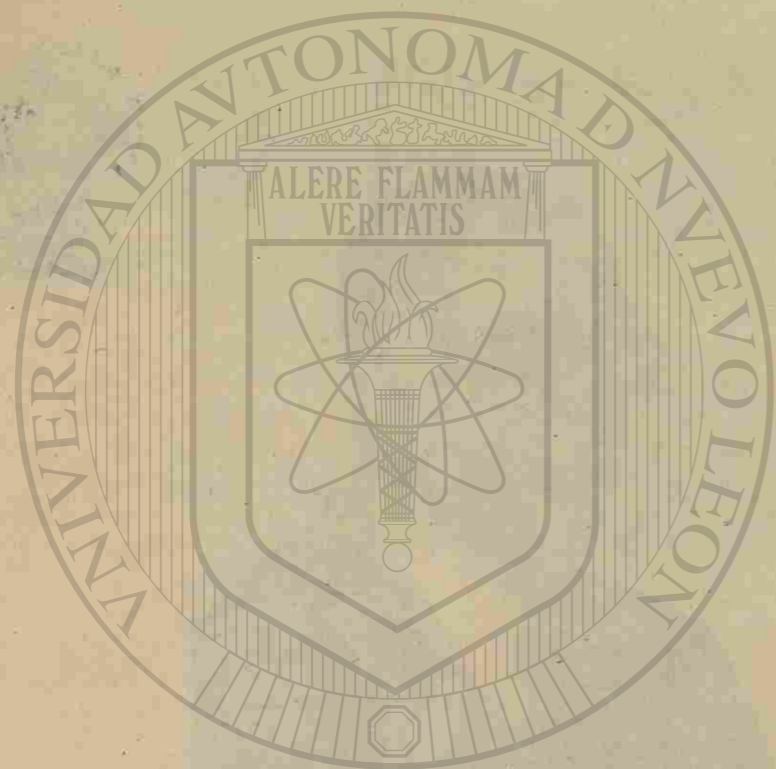


PRESENCIA DEL PROFESOR SIMON SALAZAR MORA
(1893 - 1984)



*La preparación de los materiales de esta pequeña
antología estuvo a cargo de la Lic. Julieta Pisanty.

GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

PALABRAS PREVIAS

La presente publicación es un tributo que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León rinde a la memoria del Profr. Simón Salazar Mora, Maestro Emérito y Decano de nuestra institución.

El Prof. Simón Salazar dejó su huella ejemplar de dominio académico, vocación docente y entrega permanente de afecto a los que tuvimos la oportunidad de conocerlo y tratarlo.

Su figura inquieta y su espíritu de constante búsqueda del saber y de servir, pueden ser el ejemplo de las muchas generaciones que asistieron a su cátedra.

Nacido en 1893, maestro desde los 16 años, Director y Profesor fundador de las escuelas de la Cía. Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, Redactor y Director de varias revistas, músico y compositor, estudioso profundo de la sociología, del arte y de la metodología, lector ávido de todas las corrientes de pensamiento y de múltiples áreas del conocimiento, y estimulante predicador de la educación no sólo de niños y jóvenes sino de los adultos, creador de poemas y obras de teatro de intención pedagógica, tiene una vida fructífera hasta los 91 años en que rinde tributo a la tierra estando en pleno ejercicio de sus facultades y de su vocación docente.

El Profr. Simón Salazar Mora representa el inicio, avance y consolidación de una larga etapa de la Facultad de Filosofía y Letras, la que todavía en vida le rinde homenaje distinguiéndolo con diversos actos.

Es por lo anterior que la presente publicación sólo pretende la evocación de su presencia y el conocimiento de una mínima parte de su obra, ya que imposible resultaría mostrar su personalidad y su amplia gama de ejercicios de la palabra.

Los criterios empleados en la selección de este material se fundan en las intenciones de sus textos, a los que agrupamos utilizando algunos de los seudónimos que él mismo utilizó y aún, en algunos casos, tomando el nombre de la columna ó página que, ya hecha tradición, cuidó y formuló durante muchos años.

Pretendemos pues, con esta edición, mantener vigente su recuerdo y retomar el pensamiento —preclaro en su época y respetuoso de todos siempre— de un hombre que fué y seguirá siendo ejemplo de responsabilidad y entrega.

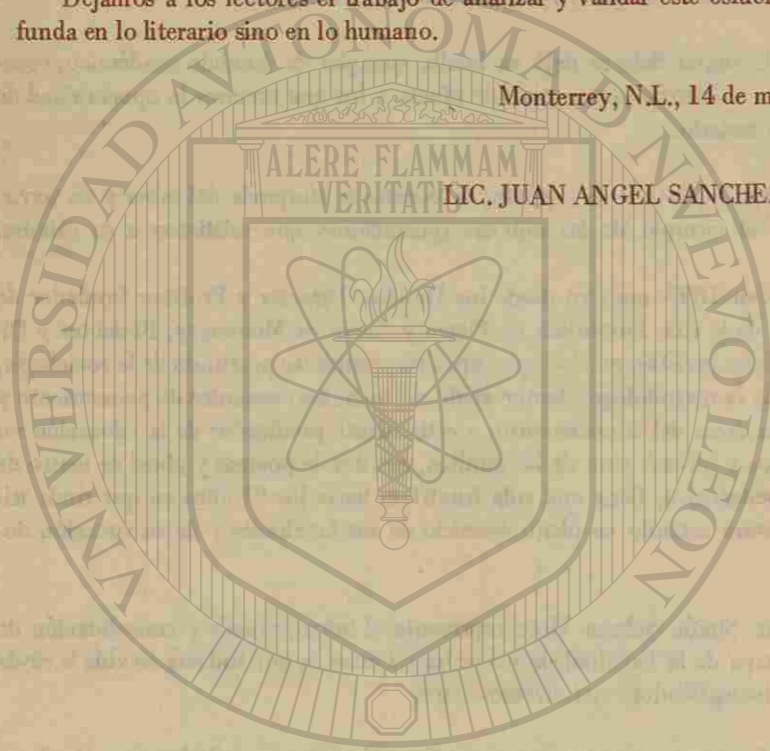
Importante es reconocer que la mayor parte del material es extraído de la re-

vista "Colectividad" publicada por la Cía. Fundidora en los años '20 y '30, así como de los materiales personales, gentilmente permitidos por su hijo, Sr. Gerardo Salazar González.

Dejamos a los lectores el trabajo de analizar y validar este esfuerzo que no se funda en lo literario sino en lo humano.

Monterrey, N.L., 14 de mayo de 1985.

LIC. JUAN ANGEL SANCHEZ PALACIOS
DIRECTOR



U A N L

SIMSAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

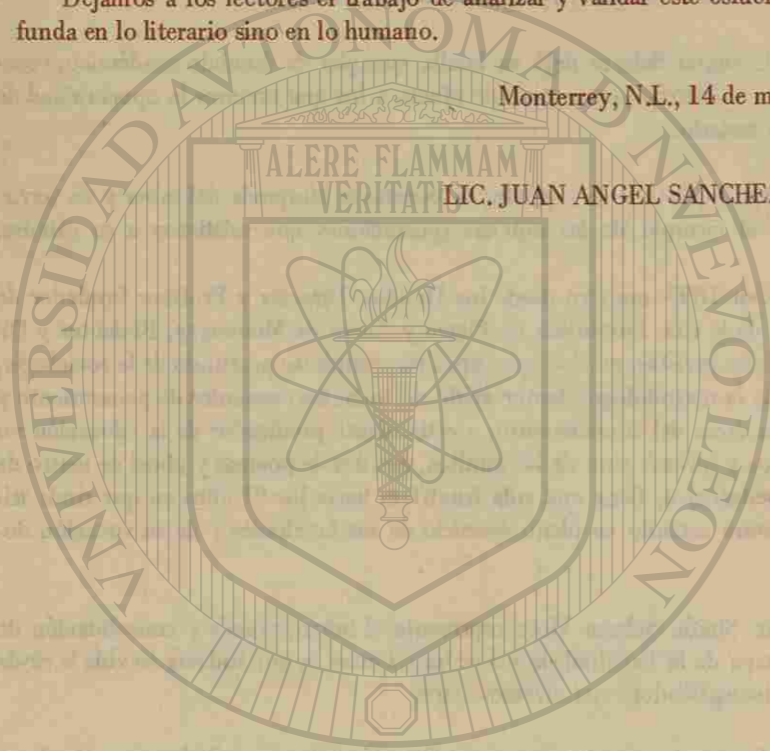
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vista "Colectividad" publicada por la Cía. Fundidora en los años '20 y '30, así como de los materiales personales, gentilmente permitidos por su hijo, Sr. Gerardo Salazar González.

Dejamos a los lectores el trabajo de analizar y validar este esfuerzo que no se funda en lo literario sino en lo humano.

Monterrey, N.L., 14 de mayo de 1985.

LIC. JUAN ANGEL SANCHEZ PALACIOS
DIRECTOR



U A N L
SIMSAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUNTO A LA MAR

*Cultiva una rosa blanca
en julio como en enero
para el amigo sincero
que te dá su mano franca*

José Martí.

Junto a la mar, bañado con su espuma
entre los picos de la peña rota
el nido está de la gentil gaviota
de hojas de almandro y vaporosa pluma.

Cuando ruga la mar con ira suma
cuando la peña con furor azota
ella lanza su vuelo y libre flota
del nervudo huracán sobre la bruma

Y allá... cerca del cielo oyó tranquila
crujir el austro y mira a lo profundo
llena del sol la ancha pupila
Así es la fe... / Su vuelo sin segundo
feliz del que en sus alas no vacila
y oye sereno rebramar al mundo.

MIRA, PANDE, FLORES VOLANDO...
(Del Album "Blanca Aurora")

Blanca Aurora, con envidiable facilidad, inventa palabras; Pande soy yo: es la abreviatura de "papá grande". Lo malo de estas habilidades estriba en que a veces no me favorecen mucho: Y así, empeñada en acomodar letra nueva a una frase musical de "Guadalajara en un llano...", ella dice: "Pando, Pandito, Pandote..."; y quedo yo de figura fea, que se achica y se agranda.

Tengo que perdonarla; me cae en gracia que cante afinada y rítmica a los dos años y cinco meses.

Y sobre todo porque sé que mañana tendrá que leer esos renglones y sentir remordimiento de haber tratado así a quien la quiere con la ternura del primer amor de abuelo.

La autora de esa frase TITULAR que da ocasión a este apunte, es ella, nada menos que mi nietecita.

Un domingo de noviembre, llegamos, en la tarde, a la Colonia "Miravalle": sitio apacible, fresco y poético, donde resulta verdad que se mira un valle entre dos gigantes de granito: las Mitras Norte; y al sur, la Sierra Madre Oriental. Un valle salpicado de árboles y yerbas, pintado de flores silvestres, con arrullos de pájaros, caricias de brisa y, en las noches de cielo azul, miradas de estrella...

En este rincón, que pudiera servir de almohada para sueños de paz y de amor, la mano del hombre está formando avenidas y levantando palacetes.

Ya no es—como antes— lugar apartado del "mundanal ruido"; llanura que sugiere ideas de igualdad, de mansedumbre, de pureza y recogimiento espiritual...

Paseábamos Blanca Aurora y yo, cogidos de la mano, por una de esas manzanas que todavía conservan su apariencia primitiva: alfombra de esmeralda regada con mil flores amarillas como si el sol de la mañana hubiera dejado besos de luz prendidos en las yerbas.

A la Nena le gustan las flores; las quiere como hermanas, pero es cruel con ellas, las corta diciendo: éstas para ti, pande; las otras para Lichita su madre; para papy Gerardo, estas grandes; y las demás para mande Chayito y para Chapeta y... se llena de flores amarillas, color de desprecio—según dicen—, pero que, en sus manecitas de angel, se truecan en regalos de amor.

Porque ella—en esta mañana de su vida— ya sabe repartir flores a quienes le han repartido cariño... ¡Qué diera yo porque esas briznas del alma se resolvieran—más tarde— en plantas de amor, gratitud y justicia...!

También yo hago daños en el prado: sin poder contenerme corto ramos de zacate de los que—muy hermosos— hay en abundancia por ahí.

La Nena me carga con las flores y me pide que también a ella la cargue porque ya se cansó. Y entre flores amarillas y ramos de zacate, aparece—en mis brazos— un lirio de quince kilogramos; porque Blanca Aurora, es blanca y es aurora... ¡tintes de lirio!

De pronto grita: Mira, pande, flores volando... ayúdame a pescarlas; y se baja y corre en busca de esas flores del aire; y, recordando días muy lejanos, corro tras ellas...; y me detengo—fatigado—al pescar una. Eran mariposas amarillas que, al parecer, salían de las plantas. Pétalos de flor y alas de mariposa igualaban el matiz del amarillo. Se la doy, explicándole que no es flor, sino mariposa. El bicho se le escapa huyendo a las alturas. Y la Nena, con disgusto, vuelve la mirada a sus flores y dice —muy grave: mejor éstas, porque aquellas "están sucias"; es la única foma que usa para despreciar personas, animales y cosas que le producen enfado.

Ese "volando" hará defectuosa la expresión; mas no por eso dejó—mi nietecita—de decir lo que yo entiendo; y ahora como entonces me pongo a pensar:

¡Flores volando!... Quizá tenga razón: Antes dichas mariposas fueron orugas, alimentadas en esas plantas de flores amarillas, por savia de tallos; y al romperse el misterio de su capullo, por arte que todos ignoramos, el color de las alas aparece con el mismo matiz de los pétalos ¡Alas y pétalos tal vez sean hermanos...!

Hasta en la brevedad de su existencia hay semejanza: pétalos que han de marchitarse pronto, y alas que la muerte ha de tronchar en breve tiempo...

Nos regresamos al automóvil. Blanca Aurora distribuye regalos de flores; cuenta—en forma declamatoria—la aventura de las "flores volando"; y repite que "están sucias", y por eso las dejó.

Y como si alguien dudara, vuelve los ojos hacia mí preguntando: ¿Verdad, pande?.

Y pande —comprado con miradas y sonrisas—, como siempre tiene que decir que sí.

EL LENGUAJE LITERARIO

RUBEN DARIO

HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO

I. INTRODUCCION

En este 18 de enero de 1967 hace un siglo nació en Metapa, Nicaragua, un niño prodigio, pues desde muy temprano reveló tener alma de artista, y entusiasmo de revolucionario en el anchuroso campo de la expresión poética.

En esa alma fueron desarrollándose, con impulso generoso, las esencias de un lirismo, en forma que causaron admiración y escándalo inaudito, la cantidad y la calidad de sus frutos literarios, en América y Europa.

Poeta en prosa y versos, con los atributos de inteligencia estética, de imaginación o fantasía estética y sensibilidad estética. En él han podido verse realizadas las célebres palabras de Ros de Olano: "Pensar alto, sentir hondo y hablar claro". Pero con una claridad de auténticos matices de aurora, sinceras elegancias de iris, y ascendradas refulgencias de sol.

Ninguno de los críticos autorizados pudiera desmentir este concepto, pues Juan Valera entre otros, lo confirma en la famosa Carta Prólogo, consagrada a las prosas y versos del Libro "AZUL". En ella se inclina a ver "mérito igual en la prosa y en los versos". Confiesa, sin escrúpulos que, en "AZUL" Rubén Darío se revela "prosista y poeta de talento". Lo absuelve de "un galicismo mental", "con indulgencia y aplauso por lo perfecto", y confía en la segura esperanza de que brote del sublime artista literario, "algo más azul" que lo azul de su libro y que "por encima de todo, muestre más claras y más marcadas la originalidad y la individualidad de Rubén Darío". Lo que significa existencia indudable de "lo azul" y de lo ya claro y ya marcado de esas cualidades geniales. Pero esto último lo dice Valera después de asegurar que Darío no había estado en Francia, y de hacer entender que la originalidad de su modernismo, no se parece o saca pie delante a la manifestada por los poetas franceses: en realidad es semilla, planta y fruto de América.

Le llamé revolucionario y no retiré el epíteto; es congruente. Porque según Esteban Moreu Lacruz: "Los genios cuando son verdaderamente originales no se someten a leyes estéticas, porque ellos son la ley, su mismo poder creador se las enseña". Y yo agregaría que hacen incursiones conquistadoras, y van derrocando ído-

los, y con su ejemplo, encienden a su paso apostólico, lumbres nuevas y perdurables.

Por eso Rubén Darío dio extrañas formas a la expresión poética; con atrevimientos que sólo condenan los fanáticos del dogmatismo literario. Por eso fue aplaudido en Europa, y han robustecido su evangelio en América, entre otros: Martí, Casal, Gavidia, Asunción Silva, Santos Chocano, Gómez Carrillo, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Nervo y González Martínez.

Después de este preámbulo que significa saludo de respeto y veneración a la relevante personalidad del poeta nicaragüense, voy a referirme a sus obras con el gran temor que infunden la cultura de las personas que me escuchan, y lo que esperan de mí los siempre queridos discípulos. Sinceramente les diré que estoy debutando (perdonen el galicismo); que sólo había leído y escuchado con deleite, algunas poesías y prosas de Rubén Darío; y que hasta ahora tuve que leer con alguna amplitud y con interés, algunos de sus libros; y esto en el corto tiempo que me dejan los demás deberes profesionales. Mas el temor que siento se mitiga con la feliz oportunidad de ofrecerles un aderezo espiritual con muy poco mío, pero eso sí, con el auxilio de valiosas opiniones y de juicios autorizados.

Es humilde y pobre, pero ferviente homenaje tributado al niño de Metapa y al gran lírico de Hispanoamérica, y del Vasto Mundo de las Letras Españolas, españolas.

Invoco, pues, la indulgencia de ustedes, y prosigo en el cumplimiento de este propósito para mí tan grato como justo y nobilísimo.

II. REFERENCIA AL ASPECTO GRAMATICAL

Trataré sobre Lenguaje Literario de algunas de sus producciones para estimar, siquiera con una muestra, el valor de su Expresión Poética.

Como antecedente hay que pensar que la corrección gramatical se impone en la sintaxis del lenguaje con las cualidades de propiedad, de claridad y de pureza en la medida que han llevado el arte hablar los antiguos y también los modernos hablantes y escritores, pues ya nos habla Martín Alonso en su libro "Evolución Sintáctica del Español", de una Sintaxis Azoriniana y de Prosistas de Reciente Actualidad; y M. Criado del Val, en su libro "Fisonomía del Idioma Español" nos explica las novedosas construcciones nominales y verbales. Lo cierto es que ni en prosa ni en verso puede prescindirse de la estructura castiza de oraciones (en analogía, concordancia, régimen y modos de construcción), porque son base indispensable de las edificaciones literarias. Y en este aspecto Rubén Darío es de elegancia refinada, según el

decir de sus críticos. Pero no quiero entrar en pormenores de esta índole para darle preferencia al lenguaje literario que es lo que más brilla y sobresale en el aspecto poético.

III. PRESENTACION Y GLOSA DE "EL REY BURGUES", CUENTO ALEGRE.

"AZUL" comienza con un cuento alegre, "EL REY BURGUES"; y a esta prosa voy a referirme:

Como todos los cuentos es cosecha de la fantasía; pero hay que ver aquí a una fantasía fecunda, robusta y brillante.

Conserva en su desarrollo la vieja técnica: Introducción, Presentación de Personajes Principales, Nudo, Desenlace y algo así como Epílogo; pronto se verá en qué radica lo novedoso, admirable y bello:

INTRODUCCION: (brevisima y sugestiva): "¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí."

Con tres adjetivos como antecedentes causa los epítetos "brumosas" y "grises", de melancolías, prepara el fondo del cuento alegre.

PRESENTACION: Y sin pérdida de tiempo describe ambiente, personajes y circunstancias donde se destacan el Rey y su corte.

"Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionada a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, y a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas de vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos ritmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicos, carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad buyente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles, y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío reper-

cutía en lo más recóndito de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos púrpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeraldas, que tenía a los dos lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillicas. Eso sí, defensor acérrimo de la corrección académica en letras y del modo lamido en artes; alma sublime, amante de la lija y de la ortografía.

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo; quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre los riñones y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego lleno de mármoles; diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin: dos, tres, cuatro, ¡cuántos salones!

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipes".

¿Verdad que no faltan ni sobran pormenores? Tenemos delante al poderoso rey y a su corte, en suntuoso palacio, en escenario a donde llegará el personaje que origina el NUDO de esta narración, con hechos que van preparando el desenlace.

NUDO: "Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de

baile.

—¿Qué es esto?— preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, sinsontes en la pajarera; un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía aparecer histrión o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido; mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidios olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado la gran Naturaleza, y he buscado el calor ideal, y el verso que esté en el astro, en el fondo del cielo, y el que está en la perla, en lo profundo del océano.

¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor! el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos; ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla burgués, ni pone los puntos en todas las íes. El es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid al Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabri-

can jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos los autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música, podemos colocarla en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí—dijo el rey, y dirigiéndose al poeta—: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopos, como no preferáis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jeringonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse, a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta, tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¡Pasaba el rey por las cercanías? tiririrín... ¡Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas florecidas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!”

Señores, ustedes y yo tenemos que exclamar: ¡qué bien pinta la caricatura de “el filósofo al uso”, ¡y qué hermosa y real imagen hace del divino harapiento y verdadero poeta, y del irresponsable y embrutecido rey que condena al sacrificio a la nueva verdad personificada! Y ¡qué magistral descripción la de este nuevo crucificado...!

Perdón por el paréntesis. Lleguemos al final del drama, al desenlace que se realiza en una famosa “noche de fiesta”, que justifica el adjetivo “alegre” del cuento, pero deja una protesta en cerebros y corazones, y lágrimas piadosas en nuestros ojos.

DESENLACE: “Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos, a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica cuajados de dátiles, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con

su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! ¡Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vuelta al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas, la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal. . . y en que el arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas de oro. . . Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como un gorrion que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio”.

Y Rubén Darío como EPILOGO del hermoso cuento (que muy poco tuvo de alegre) se despide con un saludo que reclama el calor de amistad:

— ¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías. . .
Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo.
¡Hasta la vista!”.

Señores, ¿verdad que Rubén Darío en este prosa se manifiesta verdadero poeta, hacedor o creador, como reza la etimología; con extraña y fecunda fantasía y elegantes formas de expresión?

Miren ustedes cómo en ese poeta de su cuento retrata al “difamado modernista” con sus más nobles atributos. En ese rey y en esa corte está definida la orgullosa aristocracia literaria. En ese tal “filósofo al uso” se encuentran muchos críticos. Esa “noche de nieve y de fiesta” significa el indiferentismo literario que castiga a los poetas de esa nueva ley.

Este cuento no es mentira, ni es queja vana, ni desvarío inútil, despierta una fuerte simpatía, un vivo deseo de “calentar almas”, “de apretar las manos a tiempo”, es un verdadero e inolvidable apólogo, sabiamente elaborado por el divino príncipe de los líricos de América. . .!

IV. INDICE DE ALGUNAS ELEGANCIAS LITERARIAS.

Justo es que entre muchas expresiones congruentes, bellas y novedosas puntalicemos y grabemos con deleite algunas elegancias literarias, cortadas de ese jardín. Constituyen un lenguaje *sui generis*: “vino de oro que hierve”, “las patas elásticas de los perros”; el saludo de los cisnes de cuellos blancos en contraste con el “lacayos estirados”; la sintética singularidad del sustantivo adjetivado “refinamiento”, “los raros abanicos de mariposa”; “la cara inundada de cierta majestad”; “el vientre fe-

liz”; “la corona”, en símil irónico, de “un rey de naípe”; “la rara especie de hombre”; el despectivo “¿qué es ésto?”; la intencional ocurrencia de colocar a un poeta como animal raro entre cisnes, canarios, gorriones y sinsontes; y luego el autorretrato del pobre harapiento: “cantar el verbo del porvenir”, “tender sus alas al huracán”, “nacer en el tiempo de la aurora”, “buscar la raza escogida que ha de esperar el nacimiento del gran sol”, “ensayar el yambo y olvidar el madrigal”; “en la ribera del mar áspero”, “sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad”, “como ángel soberbio”, “semidios del Olimpo”, “buscar el color ideal en el verso que está en el astro”, “en el fondo del cielo”, “en la perla”, “en lo profundo del océano”, “como profeta del Mesías todo luz y reclamador del poema que sea arco triunfal de estrofas de acero”, “de estrofas de oro”, “de estrofas de amor”; y luego en el apóstrofe: “El arte no está en los fríos envoltorios de mármol”, “ni en los cuadros lamidos”, “ni en el excelente novelista Ohnet”; y subiendo el tono: “Señor, el arte no viste pantalones, ni habla burgués, ni pone los puntos en todas las íes. El es augusto, tiene manto de oro o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebres y pinta con luz y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones”. “Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid al Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil. . .; y defiende la poesía “contra los ritmos que se prostituyen”, contra las críticas necias del “zapatero y el profesor de farmacia”; y ¡que bien retratados! “el filósofo al uso”, “el torpe rey en su sentencia al poeta”; y que primor de dinámico pincel al describir el aburrido ejercicio del simbólico cilindro de música antigua, con “testigos de sol y de animales”, “para llenar el estómago”, “las burlas de pájaros libres”, “el zumbido de abejas picadoras”; y al llegar el invierno: “frío en el cuerpo y frío en el alma”, “el pobre diablo”, “con el cerebro petrificado”, “el poeta de la montaña coronada de águilas daba vuelta al manubrio”, “tiririrín”, “al caer la nieve”; el contraste: “abrigo para los pájaros”, y “a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro”, “por olvido intencional del rey y sus vasallos”; “y la lluvia blanca de plumillas cristalizadas”, “la luz de las arañas que reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas”; “el infeliz insultado por el cierzo”, “bajo la blancura implacable y helada de la noche sombría”, y “haciendo resonar entre los árboles sin hojas, la música loca de las galopas y cuadrillas”, “se quedó muerto pensando en que nacería el sol del día venidero y con él el ideal”; y “que el arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas o de oro”; y “que al día siguiente hallaron muerto al pobre diablo, como un gorrion que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, todavía con la mano en el manubrio”.

¡Cuánta riqueza literaria! Y tuve que suprimir muchas expresiones por exigencias del tiempo y temor de cansar a ustedes; y también por estar seguro de su cultura literaria, omití el tecnicismo pormenorizado de las figuras.

Como explicación causal de estos primores, nuestro poeta D. Alfonso Junco dijo por ahí: "Porque la brasa que le quemaba el pecho era cosa auténtica, genuina, vital; y porque antes de emprender sesgos insólitos había demostrado su capacidad y dominio en las normas clásicas y tradicionales".

V. REFERENCIA A LA TEORÍA DE LA EXPRESIÓN POÉTICA DE CARLOS BOUSOÑO.

Tengo que confesar a ustedes una triste realidad: que en este punto de la Expresión Poética estuve autoprivado de conocimientos teóricos modernos, pues de Carlos Bousoño comencé a leer una obra que trata dicho tema; pero víctima de prejuicios, al llegar a la página 41, guardé, como descreído, el libro.

Ahora, ante los frutos literarios de un prócer como Rubén Darío tuve que pedirle protección y consejo; y para reforzar mis explicaciones reproduciré algo que viene siendo FONDO de mi estudio: "Verdaderamente hay diferencia clara y precisa entre la propiedad de la expresión gramatical, y la propiedad de la expresión poética." Rubén Darío supo convertir la lengua en un instrumento poético, haciéndole sufrir una TRANSFORMACION, o sea una "serie sucesiva de cambios", procedimiento que dicho autor llama "sustituciones"; y afirma y prueba el mismo Bousoño, "que sin ellas no hay poesía, pues en ésta el lenguaje directo es ausencia de poesía"; "y en toda descarga emotiva debe intervenir siempre un sustituyente (o elemento poético reemplazador), y un sustituto (o elemento de lenguaje reemplazado), un modificante o reactivo que provoque la sustitución, un modificado o término sobre el que actúe el modificante". "Sustituyente es aquel sintagma expreso en el lenguaje poético que por sufrir la acción de un modificante aprisiona una significación individualizada". "El sustituyente encierra por lo tanto, la intuición misma del poeta, y es la única expresión prácticamente exacta de la realidad psicológica imaginada".

Por otra parte: "La poesía siempre es comunicación de un contenido psíquico, síntesis única de lo conceptual, sensorial y afectivo. Pero lo que se comunica no es un contenido anímico real, sino su CONTEMPLACION". "Los contenidos reales sólo se sienten; pero la poesía no comunica lo que se siente, sino la contemplación de lo que se siente". (Teoría de la Expresión Poética, Carlos Bousoño).

Y así los epítetos y todas las figuras o elegancias literarias son signos y contingentes que producen en nosotros la CONTEMPLACION DE LA BELLEZA QUE SE SIENTE, "de la emoción agradable, pura, desinteresada, que impresiona nuestras facultades", y a la cual se refiere Esteban Moreu Lacruz en su intento de definir la belleza.

Yo invito de manera especial a los jóvenes a que lean, mediten y confronten la doctrina de este libro (el de Bousoño) con las formas que usa Rubén Darío en sus creaciones literarias.

VI. ALUSIONES A LOS CUENTOS "FEBEA" Y "LAS SIETE BASTARDAS DE APOLO".

Las dimensiones de este humilde trabajo mío no permiten que yo me extienda más; pero no quiero abandonar la prosa, sin decir a ustedes que en libros de cuentos de Rubén Darío, quedé prendado de FEBEA con la descripción que hace de la FIERA, del "siniestro semidios de la Roma decadente"; de "Leticia, nívea y joven virgen de una familia cristiana"; y de como en antítesis con Petronio, el árbitro de las elegancias y demás cortesanos, la bestia, quizá confiada en sus defensas poderosas, se niega a realizar la condena de Leticia, y exclama desafiante: "¡Oh emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter, tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como ésta, derrama resplandores como una estrella, y que tus versos dáclicos y pirriquios, te han resultado detestables".

Aconsejo leer completa esta narración en la cual se ve como una fiera de verdad, respeta los resplandores de una estrella cristiana, y critica a Nerón, otra fiera humana también de verdad. ¡Qué bien explotadas literariamente las circunstancias que caracterizan la similitud de los hechos con una trama de inesperado desenlace! No es cuadro en éxtasis; cada cosa, y todo junto, tiene colores y se mueve y brilla en forma que parece film perfectísima, de esas que conmueven y dejan profundo y perdurable recuerdo.

Y no puedo olvidar LAS SIETE BASTARDAS DE APOLO, portento de originalidad. Si Dios, según la Biblia, hizo del barro un hombre con alma, Rubén, de los nombres de sonidos distintos y escuetos, supo crear siete musas flamantes. . .

Resulta admirable la personificación de cada una de las notas musicales; y no menos estimables, la encantadora presentación que hace de las bastardas, y las palabras que pone en sus labios. El cuento es corto, vale la pena copiarlo: ®

1.- Siete figuras aparecieron cerca de mí. Todas vestidas de bellas sedas; sus gestos eran ritmos, y sus aspectos armoniosos encantaban. Al hablar, sus lenguajes eran música; y si hubiesen sido nueve, habría creído seguramente que eran las musas del sagrado Olimpo. Había en ellas luz y melodía, y atraían como un imán supremo. Yo me adelanté hacia el grupo mágico, y dije:

—Por vuestra belleza, por vuestro atractivo, ¿seréis acaso los siete pecados capitales, o quizá los siete colores del iris, o las siete virtudes, o las siete estrellas que forman la constelación de la Osa?

—¡No!— me contestó la primera figura —no somos virtudes, ni estrellas, ni colores, ni pecados. Somos siete hijas bastardas del rey Apolo; siete princesas nacidas en el aire, del seno misterioso de nuestra madre la Lira. Y adelantándose la primera, me dijo:

—Yo soy Do. Para ascender al trono de mi madre, la sublime reina, hay siete escalones de oro purísimo. Yo estoy en el primero.

Otra me dijo:

—Mi nombre es Re. Yo estoy en el segundo escalón del trono. Mi estatura es mayor que la de mi hermana Do. Pero la irradiación de nuestros cabellos es la misma.

Otra me dijo:

—Mi nombre es Mi. Tengo un par de alas de paloma, y revuelo sobre mis compañeras, desgranando un raudal de trinos de oro.

Otra me dijo:

—Mi nombre es Fa. Me deslizo entre las cuerdas de las arpas, bajo los arcos de las violetas, y hago vibrar los sonoros pechos de los bajos.

Otra me dijo:

—Mi nombre es Sol. Tengo nombre de astro y resplandezco ciertamente entre el coro de mis hermanas. Para abrir el secreto del trono, en la puerta de plata y en la puerta de oro, hay dos llaves misteriosas. Mi hermana Fa tiene la una, yo tengo la otra.

Otra me dijo:

—Mi nombre es La, penúltima del poema de Mallarmé. Soy despertadora de los dormidos o titubeantes instrumentos, y la divina y aterciopelada Filomena descansa entre mis senos.

La última estaba silenciosa, y yo le dije:

—¡Oh! tú, que estás colocada en el más alto de los escalones de tu madre la Lira: eres buena, eres bella, eres fascinadora; deberás tener entonces un nombre suave como una promesa, fino como un trono, claro como un cristal.

Y ella contestó sonriente:

—Sí.

VII. PRESENTACION Y GLOSA BREVE DE LAS POESIAS "LA ROSA NIÑA" Y "UN POETA".

Señores, prudente y piadoso, en esta ocasión que ya va resultando castigadora, con intenciones de terminar, diré a ustedes dos referencias. La primera es para contarles que hace algunos años buscando tema central para una Dramatización Navideña, oportuna vino a mis manos "LA ROSA NIÑA", hermosa poesía de Rubén Darío, dedicada a Mademoiselle Margarita M. Guido. Arreglé dicho poe-

ma con Reyes Magos, Esclavos, Pastores, Rosa Niña, Portal de Belén y Niño Jesús, José, María y los ángeles; todos con trajes de carácter. Yo mismo elegí el personal entre los niños y las niñas más inteligentes y agraciados. No faltaron ni las decoraciones del camino del pueblo de Belén y la gruta, ni los camellos y las bestias del establo, se entiende que pintados y resacados para lo que se llama "composición del lugar"; todo hecho en familia, con la cooperación inteligente de mis queridos compañeros maestros de grupo, y de sus respectivos alumnos.

He aquí la poesía:

Cristal, oro y rosa. Alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al Rey,
flor de infancia llena de una luz divina
que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltazar medita, mirando a la estrella
que guía en la altura. Gaspar sueña en
la visión sagrada. Melchor ve en aquella
visión la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
cubiertos de sedas y metales. Frío
matinal refresca belfos de camellos
húmedos de gracia, de azul y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
van acompasándolos plumajes flavos,
los ágiles trotes de potros de Arabia
y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
cavilar. Vinieron de la luz, del día,
del amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
el cortejo. ¿A causa? A causa de que
una dulce niña de belleza rara
surge ante los magos, toda ensueño y fe.
"¡Oh Reyes—les dice— yo soy una niña
que oyó a los vecinos pastores cantar,
y desde la próxima florida campaña
miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
que el mundo está lleno de gozo por él,
y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al sol más sol, y a la miel más miel.
Aún no llega el día. . . ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo,
con mis ojos puros la cuidaré bien”.

Peró cuando estuvo junto a aquel infante,
en cuyas pupilas miró a Dios arder,
se quedó pasmada, pálido el semblante,
porque no tenía nada que ofrecer.

La madre miraba su niño—lucero;
las dos bestias buenas daban su calor;
sonreía el santo viejo carpintero,
la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
perfumes en frascos de hechura oriental,
inciensos en copias de finos metales,
y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada. . . .
ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina un hada,
de Anatole France o el doctor Mardrús).

¿Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
¿Que dar a ese tierno divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
la de Baltasar, Gaspar y Melchor.

Mas a los influjos del hada amorosa,
que supo el secreto de aquel corazón,
se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
en rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fue santa aquel día
(la sombra lejana de Ovidio aplaudía),
pues la dulce niña ofreció al Señor,
que le agradecía y le sonreía,
en la melodía de la Epifanía,
su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor”.

Y de veras cantaron en esa dramatización pastores y ángeles letra y música de
lejanos días de mi niñez, con arreglos hechos por el maestro D. Armando Villa-

rréal; y en la ceremonia de obsequios, conforme al texto literario se destacó el mila-
gro de la rosa inventada por Rubén Darío.

Los diálogos tuvieron ideas del poeta; algunas de ellas con sus mismos versos.

Según decires del público, resultó un éxito el bello poema de Rubén Darío.

Ahora, para salir del laberinto en el cual me metieron los señores Doctores y
Licenciados de Filosofía y Letras, y en que por gusto me metí yo mismo, y a la vez
para descanso de ustedes, pasaré a la segunda y última referencia poética.

Quiero compensarme la amargura y la tristeza que me dejaron aquel antipático
Rey Burgués y el sacrificado poeta del cuento; y también deseo recuperar mi buen
humor, recordando en esta ocasión el POEMA que mi excelso, inolvidable y egregio
maestro D. Joel Rocha, nos hizo leer y explicar hace cincuenta años, cuando yo es-
tudiaba Primer Año en la Escuela Normal, hoy Ing. Miguel E. Martínez. Se intitula
“A UN POETA”.

En dicha poesía, Rubén Darío aconseja y reclama la actitud rebelde, pero digna
de un poeta modernista, condenando a quien se degrada como idólatra y esclavo del
erotismo, como juguete de romanticismo. He aquí la fervorosa crítica, sabor de
arenaga, que trae en admirables endecasílabos, con expresiones donde abundan las
imágenes, luz fulmínea y prodigio de fuerza, en extraño ritmo de combate, en sono-
ra rima de clarines. . .

Nada más triste que un titán que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante implora;
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia
la clava deja y el lucha rehusa,
héroe que calza femenil sandalia,
vate que olvida a la vibrante musa.

¿Quién desquijara los robustos leones,
hilando esclavo con la débil rueca;
sin labor, sin empuje, sin acciones;
puños de hierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
por donde triunfan femeniles danzas;

que vibre rayos para herir las sombras,
que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa
su surco deje de esplendente lumbre,
y en pantano de escándalo y de mofa
que no le vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro
lance el dardo que quema y que desgarrar,
que embista rudo como embiste el toro,
que clave firme, como león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;
que ofrezca robles si se juzga monte;
que su idea, en el mal rompa y desgaje
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
suenen en el pueblo con palabra extraña;
ruido de oleaje al azotar la roca,
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dalila el regazo:
Dalila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
por ser esclavo de unos ojos bellos

VIII. JUSTA REITERACION.

Señores, he terminado. Permitan ustedes una Justa Reiteración: En este CEN-
TENARIO GLORIOSO, para el Excelso Nicaragüense, la ofrenda cordial de simpa-
tía, de cariño, y de aplauso de quienes verdaderamente gozamos con las geniales
creaciones de su lira.

Y para ustedes, mis buenos y resignados amigos, pido en esta hora que perdo-
nen, generosos, el humilde aderezo de este Ensayo.

¡MUCHAS GRACIAS!

BIBLIOGRAFIA:

MAX ENRIQUEZ UREÑA: Breve Historia del Modernismo.- Fondo de Cultura
Económica.- México - Buenos Aires.

RUBEN DARIO: Poesías.- Biblioteca Americana.- Serie de Literatura Moderna.-
Vida y Ficción.- México - Buenos Aires.

RUBEN DARIO: Azul.- Décimotercera edición.- Colección Austral.- Espasa Calpe,
S. A.

RUBEN DARIO: Cuentos.- Segunda edición.- Colección Austral, Espasa - Calpe,
S. A.

P. ESTEBAN MOREU LACRUZ, S. J.: Librería e Imprenta Casals, Gaspe, 108 -
Ap. 776 - Barcelona.

CARLOS BOUSOÑO: Teoría de la Expresión Poética (Hacia una explicación del
fenómeno lírico).- Biblioteca Románica Hispánica.- Editorial Gredos, Madrid.

MARTIN ALONSO: Evolución Sintáctica del Español.- Editorial Aguilar.- Madrid,
1962.

LO QUE DEBE A MEXICO LA NAVIDAD
Escenificación de un Artículo de F. Ibarra de Anda

PRIMER CUADRO
EN EL MEXICO AZTECA

ESCENARIO:— En la cortina circular: Centro Calendario Azteca.- A la izquierda, templo (pirámide).- A la derecha, palacio de Axayacatl.- Centro del escenario, trono de Moctezuma con figuras de ídolos a los lados.- Moctezuma asistido por nobles.- A la derecha Cortés, sus capitanes, clérigo Aguilar y Marina. Delante a los extremos del foro: locutores Benito y Chago.

(Cuadro tapado con la cortina roja)

BENITO Y CHAGO

CHAGO.- Pero. . . . ¿a qué hemos venido?

BENITO.- A ver la demostración de lo que debe a México la Navidad.

CHAGO.- Es imposible lo que te propones; la Navidad nada le debe a México; es México, el que mucho debe a la Navidad.- Prefiero dejarte solo; . . . porque este auditorio va a creer. . . que yo también estoy loco. (Hace intención de irse).

BENITO.- (Lo detiene).- No te vayas, Chago. Espera. La historia y los hechos van a convencerte de que la Celebración de la Navidad algo le debe a México.

CHAGO.- Bueno. Así resulta un poco rebajada la deuda; porque ya no es la Navidad; sino la Celebración; mas no sé cómo la historia y los hechos actuales puedan demostrar lo que tú dices.

BENITO.- Mira. Todo tiene su raíz.- Cronológicamente hay que remontarnos poco más de cuatro siglos atrás; a los tiempos de Moctezuma, a los tiempos de la Conquista; y a los tiempos de la Nueva España.

CHAGO.- Ya picaste mi curiosidad.- Quiero saber a dónde llegas, caminando cuatro siglos atrás de donde vamos.

BENITO.- Bueno.- Evocaremos a los señores de Anáhuac; y a los Fundadores de la Nueva España.- Corre esa cortina.

CHAGO.- (Corre la cortina y admirado exclama).- Son de cera. . . o de carne y hueso?.- Voy a ver. . . (toca uno y se asusta al ver que le amenaza) (se arrepiente y corre).

BENITO.- Nada temas.- Es el cuadro que revelará el principio de la verdad que buscamos.-

NOBLES

AZTECAS.- (Hacen reverencias a Moctezuma, según el ritual impuesto por él mismo; y en dos filas van acercándose al trono exclamando).

TODOS.- ¡Tlatoani! (reverencia) ¡Notlatoani! (reverencia) ¡Hueytlatoani! (reverencia hacia arriba).

CHAGO.- Fíjate. Le dijero buey; los tiene cerca; y nada les hizo.

BENITO.- Tlatoani, es señor.- Notlatoani, es mi señor.- Y hueytlatoani, es gran señor.

CHAGO.- (Habla riéndose) Pues sería entonces, porque ahora ni los bueyes de verdad, por más grandes que sean, llegan a ser grandes señores. . . !

CUITLAHUAC.- Habla Tlacatecutli, hueytlatoani.

MOCTEZUMA.- Hemos escuchado las palabras de amistad que nos envía ese gran rey de los hombres blancos.- Tenemos nuestros dioses; y nada sabemos del Dios vuestro; pero os recibimos como amigos, y tendréis hospitalidad en el palacio de Axayacatl.

CUITLAHUAC.- ¡Tlatoani!— Notlatoani! ¡Hueytlatoani!— Por última vez os repito: “Mi parecer es que no metáis en vuestra casa, al que os pueda echar de ella”.

MOCTEZUMA.- ¡Cala, Cuitláhuac! Yo ordene que se cumpla la voluntad de nuestros dioses!.- (dirigiéndose a Cortés).- Tecutli Malinche, os vamos a recibir y obsequiar como amigos. . .

CUITLAHUAC.- Pero. . . no toquéis nuestros dioses. Y al terminar vuestra visita, os pedimos que regreséis a vuestra tierra.

MOCTEZUMA:- ¡Bailaremos el Chilán en honor de los Tecutli Malinche!

(DANZA GUERRERA Y RELIGIOSA SOBRE EL CUERO DE UN JEFE ENEMIGO VENCIDO EN LA GUERRA)

Nota: Cuando terminan Chago pregunta (horrorizado, después de ver el cuero.)

CHAGO.- ¿Y qué es eso, Benito?

BENITO.- Es el cuero de un Jefe enemigo que los aztecas vencieron en la guerra y desollaron en el templo; y ahora estuvieron en macabra ceremonia realigiosa, llamada baile del CHILAN.

CHAGO.- Pues... ¿qué bailecito; ¡Horroroso!.- Y esto que relación tiene con la Navidad?

BENITO.- Espera, hombre, ten paciencia. Para allá vamos.

MOCTEZUMA.- Obsequiaremos, huexolotl. (y pasa un indio con un guajolote regalo).

TRES NOBLES.- (gritan) ¡huexolotl! (y paso otro indio con un guajolote regalo).

TRES NOBLES.- (gritan) ¡huexolotl! (y pasa otro indio con un guajolote regalo).

CORTES.- ¡Oh; es alimento muy sabroso. Ya lo conocemos. Xicotencatl nos regaló 3000, pero bien aderezados.

AGUILAR.- Están crudos...!

CORTES Y

ALVARADO.- No le hace. traemos cocineras.

MOCTEZUMA.- (grita). Chiquihuitl tlaxcalli y tamalli.

TRES NOBLES (gritan lo mismo).

TRES NOBLES (gritan lo mismo).

MOCTEZUMA.- Atolli y ponolli!

TRES NOBLES.- (gritan lo mismo)

TRES NOBLES.- (gritan lo mismo).

Nota: Y van pasando durante los gritos, con dichos alimentos.

ALVARADO.- También de ésto nos regaló 200 chiquihuitl tlaxcalli y tamalli. Por cierto que fue puntada de Xicotencatl; para que si resultábamos vencidos no dijéramos que por causa de hambre.- Y ahora quien sabe si nos quieran engordar para comulgarnos después.

CHAGO.- Y ¿qué quiere decir chiquihuitl tlaxcallá?

BENITO.- Chiquihuitl, canasto; y tlaxcalli, tortilla.

CHAGO.- Hasta ahora voy sabiendo, Benito, que tú eres un verdadero azteca.

BENITO.- A mucha honra. Soy de los que triunfamos en la Noche Triste.

MOCTEZUMA.- ¡Caj-cab chocolá. (Y los indios reparten vasos de oro).

TRES NOBLES.- ¡Caj - cab chocolá! (Y los indios reparten vasos de oro).

TRES NOBLES.- ¡Caj-cab chocolá! (Y los indios reparten vasos de oro).


CAPITANES

ESPAÑOLES.- (Gritan regocijados) — Estos son de oro. Nos los llevamos.

MOCTEZUMA Y

LOS NOBLES (responden) — Se los regalamos. (Y los indios van sirviendo chocolate en los vasos).

CHAGO.- (intrigado) —Caj-cab chocolá! caj-cab chocolá, caj-cab chocolá! oye, eso es rumba o qué es.

BENITO.- No, hombre, es una bebida de aquellos tiempos aztecas; el chocolate. 

CHAGO.- ¡Ah! con que ya les van a dar su desayuno;

BENITO.- No. Los aztecas lo tomaban en la comida.

CHAGO.- Y tú que sabes tanto ¿qué quiere decir CAJ-CAB?

- BENITO.- Cacao: del maya caj, amargo; y cab, jugo.
- CHAGO.- Y chocolatl?
- BENITO.- También del maya.- Chocol, caliente; y a, agua.- Y lo tomaban caliente; aunque Bravo Ugarte diga que frío; pues chocolatl, es caliente.
- MOCTEZUMA.- Mecaxochitl (y dos grupos de nobles repiten lo mismo) (y pasa un indio con un vaso y les pone contenido en cada vaso).
- CHAGO.- ¿Qué es tú?
- BENITO.- Meca, significa miel.- Xochitl, flor.- Miel de colmena para endulzar el caj-cab.
- MOCTEZUMA.- ¡Tlixochitl! (y dos grupos de nobles repiten lo mismo sucesivamente).
- CHAGO.- Y eso ¿qué es?
- BENITO.- Tlixochitl.- Vainilla para darle sabor más agradable.
- CORTES Y ALVARADO.- Esto es delicioso.- (Mientras Aguilar, habla con uno de los Tecutli para informar cómo se prepara la bebida, hay un pequeño diálogo entre Chago y Benito).
- CHAGO. (Se hinca ante Benito).
-
- BENITO.- Pero... ¿qué tienes? ¿qué traes? ¿qué te pasa?. —No asustes, Chago.
- CHAGO.- Tú no eres un Benito común y corriente; sino un Benito que vino del otro mundo...
- BENITO.- Mira... ¿qué bárbaro éste...!
- CHAGO.- Sí... ¡un San Benito, hecho y derecho...!
- BENITO.- Pero... ¿por qué?

- CHAGO.- Porque tú sabes mucho, Benito.- Y sabes mucho porque recibiste el Espíritu Santo; y mereces la reverencia de este hombre... mortal y pecador.
- BENITO.- ¡Cómo serás camotl; que es otra comida mexicana.- Todo eso no me lo dijo ningún Espíritu Santo.— Lo leí en un Diccionario de Americanismos que me prestó el Director Salazar Mora... (se levanta y dice:)
- CHAGO.- ¡Ah! ¡Entonces que siga la danza, niño sabio de la Escuela Adolfo Prieto.
- AGUILAR.- Acaba de explicar tecutli cómo se prepara el chocolatl.- Dice: "Se pone en una vasija, cantidad proporcionada de agua con partes iguales de caj-cab y semilla de pochotl (ceiba); se menea y agita con un molinillo; se separa la porción más oleosa; se le agrega mecaxochitl (miel), y algo de tlixochitl (vainilla); se bate hasta que haga espuma, y se sirve tibio."
- CORTES Y ALVARADO.- ¡Gracias Tlacatecutli.- Gracias hueytlatoani!
- TODOS LOS CAPITANES.- Gracias, hueytlatoani.
- MOCTEZUMA.- Por último obsequiaremos cacahuatl. (Sucesivamente los grupos de nobles dicen lo mismo).
- CHAGO.- Sigue el reparto.
-
- BENITO.- Sí ahora es cacahuatl o sea, cacao de tierra.
- CORTES.- Gracias, hueytlatoani.- (Y dirigiéndose al público dice:) Y nosotros en aquel tiempo llevamos estos manjares a Europa, a los palacios de reyes y a las mansiones de nobles y de ricos.- Y desde entonces en sus cocinas y comedores figuran el guajolote y el chocolate.- Reyes y nobles de Tenochtitlán enseñaron a comer sabroso a los orgullosos reyes y nobles de Europa; y según noticias que ahora nos llegan hasta la tumba, también se comen ya en Tokio y en Pequin.- Somos testigos de lo que el mundo debe a México por la conquista que nosotros realizamos.

BENITO.- Ellos ya se van a la tumba.- Corre la cortina, Chago.- (se prepara) Se oye la música el Baile del Chilán y van saliendo primero los capitanes españoles.

MOCTEZUMA.- ¡Nosotros al Tecoalli! (marchan al son de la música y va corriéndose la cortina). (Y Chago se acerca a Benito y le dice).

CHAGO.- Y esa historia ¿qué tiene que ver con la Navidad?

BENITO.- Si no le entendiste al difunto Cortés, que habla buen español, menos vas a entenderme a mí.- Mira este cuadro ya cumplió su misión: demostró que el huaxolotl, el cacao, la vainilla y el chocolate, las tortillas, tamales, etc. son herencia que recibimos de nuestros abuelos; y que aún conservamos y conservaremos por los siglos de los siglos. También debes saber que todos esos alimentos mexicanos, desde hace más de cuatro siglos se comen en Europa y Asia; y algunos de ellos son exquisitos manjares de fiestas hogareñas.- Y colorín colorado.

(Se oye la música azteca y va cayendo el telón).

DICIEMBRE DE 1961,

LOS DOS EDIFICIOS

(Parábola)

Primero fueron los cimientos firmes y consistentes. De esos que desafían el peso de enormes muros y los azares de largos y numerosos años.

Así tenía que ser; lo reclama el sentido común.

Pues ¿qué sería de un edificio grandioso sin buenos cimientos?

Proyéctase desde luego, en nuestra mente, la historia trágica de un derrumbe; el triste panorama de un acervo de ruinas jóvenes; la desilusión de quien soñara en gozarlos por largo tiempo; y si había comenzado a vivirse, la desgracia que destruye vidas y muebles.

Los cimientos del edificio destinado a nuestra Sociedad Recreativa son dechado de perfección, obra maestra, fuera de todo peligro y de toda crítica.

Han venido más tarde las armazones de fierro que son un prodigio de estructura. Mirad cómo se destaca en esos férreos esqueletos el hermoso detalle de la forma que tendrán el Salón de Baile y de Teatro.

Aquí yace el orden, en bella simetría; en enlace estructural que asegura las piezas para siempre.

Ya están los muros de ladrillo que, bien recargados y ajustados unos en otros y ayudados con mezcla y cemento, constituyen una sola piedra de eterna solidez.

La esperanza se realiza. En día no lejano estarán acabados los techos, instaladas las puertas y ventanas, los pisos puestos, la casa concluída. Se trabaja tan de prisa que falta menos de la mitad para llegar al fin.

La promesa de nuestro inolvidable y querido D. Adolfo Prieto está cristalizando en una realidad que enloquece nuestros corazones de contento y de gratitud para el hombre que no cesa en su afán incansable de mostrar cariño sincero a los obreros de la Fundidora.

Yo veo en esta construcción una hermosa enseñanza que debemos aprovechar quienes integramos esta simpática y por mil títulos querida Sociedad Recreativa "Acero".

Es menester que nosotros hagamos también nuestro edificio moral:

Pongamos la mirada de nuestra mente, el anhelo de nuestro corazón en realizar de la mejor manera posible los cimientos. ¿Qué mejores materiales que los principios de la Cultura y de la Amistad proclamados en nuestra excelsa Bandera?

En ellos encontraremos lo que une y solidifica almas, dándoles consistencia desafiadora de siglos. Efectivamente cristalizar el ideal de esos principios, es edificar el cimiento de nuestra existencia como entidad social.

Esto primero que otra cosa, para evitar un desastroso derrumbe; el triste panorama de ruinas jóvenes; y la desilusión y la desgracia destructora de esperanzas en flor.

Y luego aprendamos el detallé de la forma de la estructura, de los muros y del acabado general.

La identificación de pensamientos y de anhelos sociales, la buena armonía de voluntades: he aquí lo que ha de darnos el esqueleto y la forma: lo que ha de unir y soldar todas y cada una de las piezas del hermoso edificio moral de nuestra Re-creativa.

¿Y el acabado y los adornos?— Eso vendrá con el tiempo: los trabajos del programa cultura terminarán cuanto falte para la mejor apariencia.

Y entonces... la Familia Acero habrá de ser espejo de hermosura por el edificio moral que formen sus miembros; frutos de unión, de fraternidad, de ilustración, de progreso y de bienestar común.

En este empeño nos encuentra el anhelo que hoy escribo con la pluma y el corazón.

Allí en esa Casa Material vendremos todos a juntar nuestras alegrías, a ilustrar nuestras inteligencias, a fortificar nuestras voluntades, a descansar de nuestras fatigas y a recobrar los entusiasmos que han de forjar nuevos ideales de grandeza.

He aquí lo que debemos querer todos; lo que también anhela conseguir el Sr. Presidente de la Empresa Fundidora cuando recibe con simpatía, estimula con su apuro y favorece con su ayuda toda tendencia de progreso y mejoramiento cultural de quienes nos ufamamos en llamarnos servidores del "Acero".

HISTORIA DE UN REMORDIMIENTO

La noche estaba fría, lluviosa y muy oscura. Dos niños pobres, descalzos, envueltos en la misma frazada, repegados uno con el otro, caminaban por la calle de Diego de Montemayor.

La casualidad quiso que yo fuera detrás de ellos y pude contemplar una escena que dejó inquieta mi alma, y cuya impresión al través de 20 años, no se ha borrado y la conservo tan viva como la recibiera entonces.

Llegaron al puente del canalón, detuviéronse al pié de la estatua de la Purísima, y como yo notara que preparaban una maniobra, me quedé no lejos de ahí para darme cuenta de lo que iba a suceder.

Las sombras de la noche, la lluvia menuda y pertinaz, y el arroyo que murmuraba una canción de quejas, bajo los pies de los niños, imprimían al lugar ciertos de-
jos de extraña melancolía.

Encendieron un cerillo, prendieron una vela que colocaron al pie del nicho donde yace la imagen de piedra que levantara la fé de nuestros abuelos, y que, como todos los monumentos antiguos, ha desafiado las inclemencias del tiempo y atravesado las edades y las generaciones, siendo testigo mudo de la vida de Monterrey.

Hincáronse los pequeños devotos y, juntando sus manos, clavaron los ojos en la imagen, y de sus labios partió una oración llena de inocencia, de fé sencilla, y quizá portadora de una queja que imploraba una gracia para su familia.

Los ojos de la Purísima continuaron fijos en el cielo lleno de nubes y de sombras, y lloroso y frío. La plegaria voló al infinito impelida por anhelos y suspiros infantiles.

Los niños se levantaron, y alejándose de aquel lugar, voltearon por la calle de las Tenerías.

Dejaron la vela encendida; pero un viento frío y mojado comenzó a soplar, y tras de breve lucha con la llama, venció al fin, dejando la imagen envuelta en tinieblas. El cielo aumentó su lloro y, bajo el puente, el arroyo siguió gimiendo con tristeza indefinible.

Yo continué mi camino por la calle de Diego de Montemayor, llevando la intención de llegar a mi casa.

No pensé, como muchos, en criticar la fé sincera y sencilla de nuestro pueblo; en llamar fanáticos a los niños y a los padres que tales cosas les enseñan.

Ideas más nobles me preocupaban durante el camino; la compasión estremecía mi alma tiernamente, y sentí una horrible tristeza.

Con seguridad que aquellos niños necesitaban algo muy urgente. Quizá estuvieran enfermos sus padres, quizá faltaran pan y medicinas en su hogar. Algo sucedía en la casa de aquellos niños. ¿Cómo, mientras ellos rezaban, pude yo permanecer más quieto y mudo que la estatua de la Virgen, y no moverme a compasión? ¿Siendo testigo de aquella plegaria, por qué no corrí a preguntar qué la motivaba?.

¿Por qué, pudiendo haber hecho el importante y meritorio papel de Providenci, me concreté a desempeñar el vulgarísimo papel de espectador del dolor y la miseria de mis hermanos?

No pudiendo acallar las voces de mi remordimiento, devolvíme a buscar a los niños por el Callejón de las Tenerías.

Empeño vano. No aparecieron por ninguna parte. Regresé a mi casa. Al pasar no lejos del puente, volví mis ojos a la imagen, que impasible y muda, miraba al cielo.

¿Por qué no movía sus labios de piedra para decirme en donde vivían los niños?

El cielo continuó llorando copiosamente. El arroyo mugía triste y desesperado. Mi corazón palpitaba desesperado también. No había remedio. Marché a mi casa. ¿Qué miserable fui!. Esa noche pude haber dormido con la tranquilidad y la dulzura del que ha hecho bien y se siente feliz. Nada. La oportunidad se fué, dejándome un remordimiento inefable. ¡Pobres niños!

En la hora del ensueño, se reprodujo la escena del puente de la Purísima. Me levaté como sonámbulo, para hablarles a los niños, y me restregué los ojos. Era mentira. Todo estaba silencioso, ya ni la lluvia caía. Todo descansaba. Aulló el perro de mi casa con un lamento de tristeza inexplicable, y el gallo anunció la media noche. ¿Sería aquella una protesta que la naturaleza lanzaba en mi contra, porque el día terminaba sin que yo hiciera aquella obra buena?

¡Sólo Dios lo sabe!

De nuevo, y ya bien despierto, recorde a los niños del puente de la Purísima.

¡Pobres niños! ¡Qué remordimiento me causa recordarlos. . !

ROCIO FILOSOFICO
ABRIL 1929

Es tan crecido el número de los canallas que no sabemos cómo hay todavía en este mundo personas dispuestas a prodigar beneficios. Sin embargo digamos que nos va bien si no crucifican nuestra vida con algún daño.

Vivimos siempre con una balanza en la voluntad y el corazón. Se nos dió para pesar la bondad y la maldad de nuestras obras; pero nosotros la usamos para lo que nada nos interesa; las ajenas.

Que sean díscolas y maledicientes y chismosas las mujeres es cosa natural; pues de alguna manera han de probar su debilidad.

Lo raro es que los hombres, llamado sexo fuerte, tengamos los mismos y peores defectos.

No llares sabio al que ha leído mucho. Este, como el fonógrafo, repite obras ajenas.

El que elabora verdades allá en el crisol de su cerebro; el que conoce la naturaleza y la vida con sus propis energías; ese merece, justamente, el título de sabio.

¿Cómo queremos que nuestros hijos y discípulos aprendan la ciencia del bien y la virtud si nos empeñamos en darles ejemplos de vicios?

La teoría del consejo y la regla únicamente llaman al buen camino. En cambio, los ejemplos malos son más elocuentes; atraen y arrastran al mal camino.

El ambiente que respiramos ha llegado a tal grado de maldad que es imposible que nuestros hijos nazcan inocentes.

Rousseau en su tiempo (siglo XVIII) diría verdad al afirmar que el niño nacía bueno. Lo que es hoy se equivoca: el niño nace con el alma enferma, trae gérmenes del mal.

Hay en la vida dos fuentes de sinsabores; la primera es el destino; la segunda, nuestra mala conducta. ¿Por qué no cegamos la segunda?

Cada hombre es director de su propia existencia.

Virtud indispensable para quien dirige es la justicia, porque ella comprende todo lo necesario para triunfar.

Lo que siembres cosecharás. Procura sembrar bondades y perdones.

No hay fatalidad que condene al hombre a ser siempre malo. Todo depende de su voluntad. Si no fuera así, Dios no habría inventado el perdón. En el cielo es mayor el número de los que se levantaron con el perdón que el de los justos.

En asuntos de justicia las pasiones son malas consejeras, porque estorban para mirar la realidad.

¿Por qué se empeñarán los hombres en estudiar la vida con la experiencia, si la historia puede darles las mismas lecciones y con menos peligro?

Lo que es realmente bueno o realmente malo, ni puede confundirse ni cambiará jamás.

Dicen que solo el amor es capaz de perdonar las ofensas. Quizá sea el de Dios; porque el de los hombres fué hecho para la venganza.

Yo creo que el dolor que amarga la vida es tan necesario como la sal en las aguas del mar. Con sus castigos y lecciones preserva contra la corrupción de las costumbres.

Dice Voltaire en su *Ingenuo*: "Me gustan las fábulas de los filósofos, río con las de los niños y odio las de los impostores". Calificaremos ese gusto, esa risa y ese odio.

En literatura, fábula es la narración de hechos inventados en la cual personalizamos animales, vegetales, minerales o cosas abstractas, para comunicar la enseñanza de una regla de moral.

También se toma la palabra fábula en el sentido de mentira. Este vocablo es de origen latino: de for, fari hablar.

En el sentido de "hablar" corresponde a filósofos, niños e impostores, y no cabe duda que menos conviene escuchar, y a quienes hay que hacer guerra para callarlos y guardar la salud de nuestras almas, es a los impostores.

En el sentido de "mentira", si corresponde a filósofos, hay que tomarlo muy a mal, por que no son compatibles las ideas de "amantes al mismo tiempo de la verdad y la mentira". Además todo filósofo que miente, lo hace a conciencia, y por ésto bien merecería figurar en el grupo de los impostores y recibir, por engañador y pervertidor, todas las manifestaciones de nuestro odio. Reír con las mentiras de los niños es aplaudir con los ensayos inocentes del pecado. Si más tarde hemos de castigar con odio al filósofo embustero, y al impostor, lo mejor sería no permitir los ensayos de quienes, con el desarrollo de su talento, pudieran llegar a filósofos y a impostores.

En el sentido de "fábula literaria" tiene razón el Sr. Voltaire: el filósofo que enseña verdades por medio de cuentos, es, sin duda alguna, el más simpático maestro. Su enseñanza impresiona hondamente nuestros corazones.

Las fábulas que hacen los niños queriendo copiar lo que aprenden en la vida no siempre son dignas de risa y de aplauso. Hay ocasiones en que más bien inspiran nuestra lástima, proque son la visión de un porvenir nada halagüeño. Sin embargo los niños "juegan a lo que es la vida" y riamos con su inocencia, mientras nos toca llorar con la realidad de sus miserias.

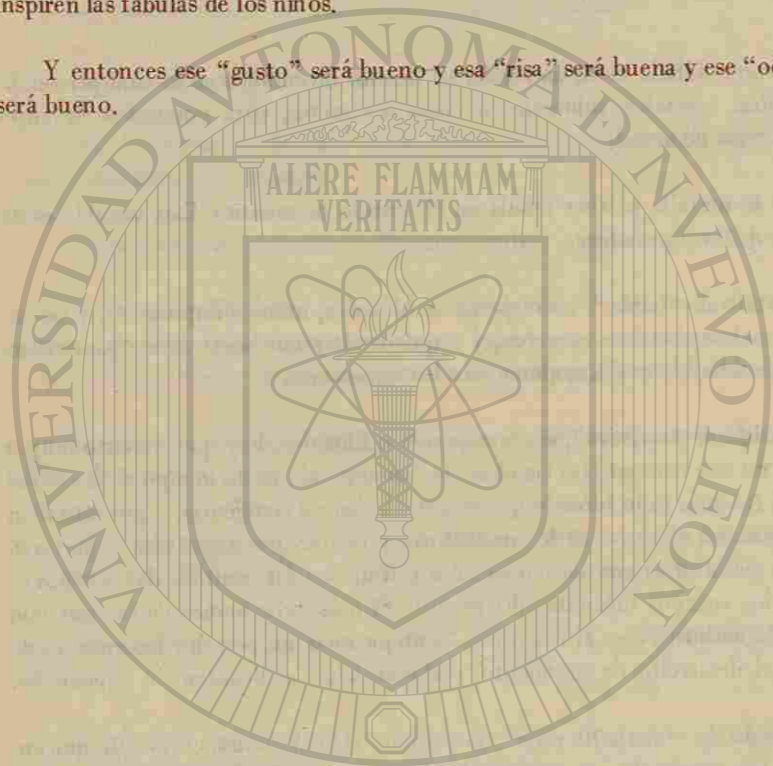
Las fábulas de los impostores son peligrosísimas, porque son "carnada" del anzuelo o red de astucias para atrapar a los incautos, sacarles provecho y luego abandonarlos con el alma atrofiada y el corazón ulcerado.

Odiar las fábulas de los impostores es trabajar en la higiene de nuestro espíritu.

No hay microbio tan peligroso como el de las malas ideas.

Odiemos, pues, las fábulas de los impostores. Gastemos de las que nos regalan los filósofos. Demos con el ejemplo de nuestras vidas, temas decentes y nobles que inspiren las fábulas de los niños.

Y entonces ese "gusto" será bueno y esa "risa" será buena y ese "odio" también será bueno.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿PARA QUE ESCRIBIMOS?

Mira, lector querido, no lo hacemos para realizar una de tantas manías que suelen poseer ciertos cerebros enfermos.

No es para tener un desahogo en nuestros momentos de ocio, que son muy escasos.

Escribir significa un esfuerzo mental más o menos grande; un poderoso anhelo de trabajar por la cultura de nuestros obreros; y el afán incansable de cumplir, justamente, los deberes que corresponden a la Comisión de Prensa.

Escribimos para el obrero y para su hogar.

Mas es razonable que, en justa correspondencia, aguardemos nosotros el honor de la atención y la lectura.

El otro día que platicaba con uno de mis consocios me decía lo siguiente:

"Profesor, yo hago que mi esposa y mis hijos lean las diferentes secciones de la Revista. De buena gana desearía que se aprendieran las enseñanzas que contiene".

Me agrada tanto estas palabras que no quise guardarlas para mí solo, sino que las digo para alentar a mis compañeros de redacción y para ejemplo y estímulo de quienes nos lean.

Sí, escribimos para que nos lean aquellas personas a quienes, con tan buena voluntad, obsequiamos nada menos que los más preciosos momentos de nuestro descanso.

Además nunca hemos elegido temas al azar, sino con toda intención, los que juzgamos aprovechables.

Hay principios y reglas de la ética cuya presencia vemos que hace buena falta y tratamos de difundirlos. ®

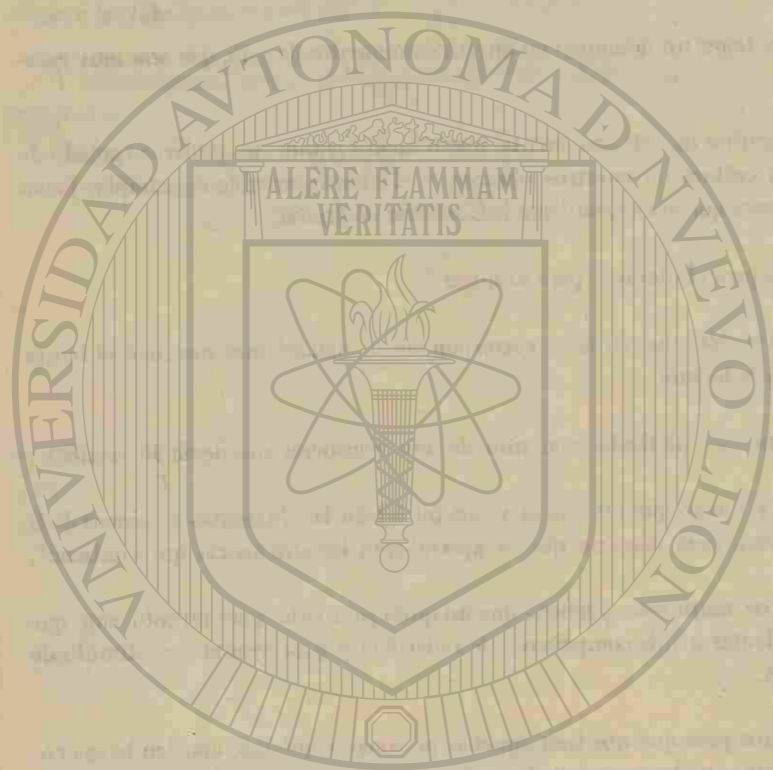
Por tu parte, lector, interpreta debidamente el verbo leer.

Leer significa, como operación mental, recoger ideas y sentimientos; nutrir con ellos el alma.

Para eso escribimos, para que se nos lea.

Nosotros creemos estar cumpliendo nuestros deberes.

¡Lector, cumples tú, justamente, lo que te corresponde hacer?



ALOCUCION FUNEBRE

Pronunciada por el Prof. S. Salazar Mora en la Sala de Sesiones del Congreso del Estado, ante el Catafalco del Benemérito Maestro don Serafín Peña en representación de la Escuela Normal de Profesores

Señores:

¡Lo que es la vida humana! ¡Oh impenetrable misterio del destino!

Ayer 21 de Marzo festejábamos, con júbilo inusitado, el onomástico del Benemérito Maestro Don Serafín Peña. Todo fué entonces derroche de alegría. El amor de los hijos convertido en fragantes rosas del alma cayó como hábito de vida, en el corazón del anciano Maestro. Su voz de padre y de apóstol se dejó escuchar llena de ternura y sabiduría.

Mil plegarias subieron al cielo pidiendo la prolongación y la dicha de una existencia tan valiosa como querida.

¿Y quién iba a pensar que aquellas nuestras caricias de fieles hijos eran las últimas que recibía en vida, y su palabra la herencia de su alma?

Hoy todo es sombras y duelo. El maestro ha muerto. Sus restos venerables descansan en un ataúd que el amor de sus hijos ha cubierto de simbólicas flores y bañado con lágrimas de dolor.

Su vida concluyó como acaba la de los justos que refiere la Biblia, llena de pureza y de paz. De esa paz y esa pureza que tan sólo pueden gozar quienes han cumplido con su deber.

El maestro amó la Escuela con un amor que sobrepasa el deber y llega a la virtud heroica.

Jamás dejó de sembrar y cultivar con afán entusiasta las semillas de la verdad y la virtud. Bien puede decirse que vivió siempre para la Escuela. ®

Justísima razón tenemos para deplorar la eterna desaparición de una vida que tanto bien hizo, que dió tantos frutos, que tanta gloria conquistó para el pierde uno de sus hijos más preclaros.

La Escuela Normal de Profesores, uno de los Institutos por donde el Maestro pasó dispensando a manos llenas, la riqueza de sus enseñanzas, guardará para él pere-

me recuerdo de gratitud y de amor.

Y por mi humilde conducto, viene en este día de tristeza a rendir el homenaje de su gran cariño sincero y a mostrar públicamente el justo dolor causado por el infausto acontecimiento que lamentamos.

Señores, si en ocasión de fiesta, elogiando al Benemérito Maestro D. Serafín Peña, pude decir: *he aquí el verdadero modelo de una vida que debiéramos imitar todos los que profesamos la noble causa del magisterio*, hoy ante sus restos venerables, cubiertos de simbólicas rosas, es oportuno que os diga: así se muere, lleno de la paz que sólo puede dar el deber cumplido y transpirando la gloria de la virtud heroica. Maestro, desaparecerá tu cuerpo bajo la tumba, pero tu alma sigue viviendo en la eterna linfa de las enseñanzas que tú nos legastes.

Tu recuerdo será para nosotros motivo de eterna gratitud, de admiración y de noble orgullo.

Nada lo borrará, porque es cierto que "el tiempo es la pesada losa que cubre las grandezas humanas; pero es impotente para apagar los rayos del genio y de la virtud heroicas" y más aún para extinguir el fuego de un cariño y una gratitud que fueron conquistadas a fuerza de amor fiel y de trabajo constante.

Maestro, descansa en paz y que Dios premie tus virtudes.

Vivamos en continua vigilancia sobre nuestra conducta para conservarla siempre en la práctica de las virtudes sociales tan indispensables para la vida y el progreso de toda agrupación.

El valor o estimación de nuestras aptitudes como socios está en razón directa de la cultura social que hayamos adquirido y estriba en ellas la conquista de los mejores frutos.

En los tiempos que corren, se habla con fervor apostólico sobre la necesidad y la conveniencia de que los hombres se asocien; pero quienes han entendido que sólo basta juntarse en montones como las arenas del desierto, como las piedras del río o como los rebaños de pacíficos o feroces animales, han sufrido enorme equivocación. Sin armonía y sin unión, no es posible la existencia de sociedad alguna, y sólo podrá haberlas donde se cultiven las virtudes sociales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIRTUDES SOCIALES

Para que existan la armonía y la unión entre los miembros de una familia, es necesario que sean un hecho la tolerancia de los defectos, el respeto al derecho ajeno, el cumplimiento exacto de nuestros deberes sociales y el que se evite la práctica de todo aquello que divida o predisponga los ánimos de quienes han de convivir por largo tiempo.

El cariño que todo lo perdona y que, cuanto más puro y firme, más se afana en buscar el mutuo agrado de los elementos que armoniza y que une, hace viable la realización de lo que parece más difícil y casi imposible.

Si de otro modo sucediera, cada hogar semejaría un campo de batalla cuyos contrincantes estuvieran dispuestos siempre a romper el fuego por el más leve motivo. Hogares de la tal naturaleza serían un infierno: nunca jamás el hogar ideal que debe ser mansión de dulce paz y de inefable dicha.

No se necesita grande esfuerzo para encontrar modelos de tales hogares que muestren la triste evidencia de lo afirmado.

De ellos sólo resta decir que tan imposible como su vida, serían el progreso y el bienestar a que aspira toda familia para cumplir fielmente su misión sobre la tierra. Progreso y bienestar capaces de trascender a la sociedad civil y hasta la Patria.

No de otra manera acontece en Sociedades como nuestra Recreativa "Acero", cuyos caracteres de existencia semejan una gran familia. Es, pues, indispensable que entre los miembros que la forman, existan la armonía y la unión para que puedan alcanzarse los fines o ideales perseguidos con sus trabajos.

Razón hay de sobra para procurar, por todos los medios posibles, evitar la práctica de todo aquello que origine disgustos y riñas entre los coasociados.

Mas como no somos perfectos, y de cuando en cuando despierta dentro de nosotros y pretende sacar su destructora mano la bestia del egoísmo, es preciso que llamemos en auxilio de los intereses comunes a la razón y a la prudencia que aconsejan y exigen el sacrificio del amor propio para bien de la colectividad.

Si a la hora de nuestra conducta tuviésemos siempre a la vista la indicación y el alcance de nuestros deberes y de nuestros derechos, no sólo como socios, sino aún como amigos o caballeros, poco esfuerzo nos habría de costar el mantener esa armonía y esa unión tan predicados por todos; pero casi nunca puestas en acción continuada y eficaz siquiera por unos cuantos.

TOPICOS DE LUCAS

VIRTUDES SOCIALES

Para que existan la armonía y la unión entre los miembros de una familia, es necesario que sean un hecho la tolerancia de los defectos, el respeto al derecho ajeno, el cumplimiento exacto de nuestros deberes sociales y el que se evite la práctica de todo aquello que divida o predisponga los ánimos de quienes han de convivir por largo tiempo.

El cariño que todo lo perdona y que, cuanto más puro y firme, más se afana en buscar el mutuo agrado de los elementos que armoniza y que une, hace viable la realización de lo que parece más difícil y casi imposible.

Si de otro modo sucediera, cada hogar semejaría un campo de batalla cuyos contrincantes estuvieran dispuestos siempre a romper el fuego por el más leve motivo. Hogares de la tal naturaleza serían un infierno: nunca jamás el hogar ideal que debe ser mansión de dulce paz y de inefable dicha.

No se necesita grande esfuerzo para encontrar modelos de tales hogares que muestren la triste evidencia de lo afirmado.

De ellos sólo resta decir que tan imposible como su vida, serían el progreso y el bienestar a que aspira toda familia para cumplir fielmente su misión sobre la tierra. Progreso y bienestar capaces de trascender a la sociedad civil y hasta la Patria.

No de otra manera acontece en Sociedades como nuestra Recreativa "Acero", cuyos caracteres de existencia semejan una gran familia. Es, pues, indispensable que entre los miembros que la forman, existan la armonía y la unión para que puedan alcanzarse los fines o ideales perseguidos con sus trabajos.

Razón hay de sobra para procurar, por todos los medios posibles, evitar la práctica de todo aquello que origine disgustos y riñas entre los coasociados.

Mas como no somos perfectos, y de cuando en cuando despierta dentro de nosotros y pretende sacar su destructora mano la bestia del egoísmo, es preciso que llamemos en auxilio de los intereses comunes a la razón y a la prudencia que aconsejan y exigen el sacrificio del amor propio para bien de la colectividad.

Si a la hora de nuestra conducta tuviésemos siempre a la vista la indicación y el alcance de nuestros deberes y de nuestros derechos, no sólo como socios, sino aún como amigos o caballeros, poco esfuerzo nos habría de costar el mantener esa armonía y esa unión tan predicados por todos; pero casi nunca puestas en acción continuada y eficaz siquiera por unos cuantos.

TOPICOS DE LUCAS



TOPICOS DE MORAL Y URBANIDAD
MAYO DE 1927

Un amigo mío que asistió al Festival Patriótico de las Escuelas Normales, me contaba ayer un hecho que reproduzco aquí para ejemplo de mis lectores.

A la hora en que el C. Gobernador izaba la Bandera tocaron los tambores y los clarines, y una banda militar y mil voces de alumnos, entonaron con entusiasmo religioso el Himno de la Patria.

Todos los concurrentes, al presenciar escena tan emocionante, permanecieron con tal devoción y tal recogimiento que en aquel momento solemne parecía bajar del cielo un Dios y hablar a sus corazones.

Mas no creáis que ese cuadro careció de lunares discordantes, cuya existencia viene a demostrar la incultura de individuos que no merecen el honroso título de mexicanos.

Queriendo observar si todos los que asistían a tan hermosa ceremonia, estaban poseídos de la emoción que embargaba mi alma, puede ver a muchos en igual estado de ánimo; pero no faltaron algunos niños mal parados y con el sombrero bien puesto; algunos hombres del pueblo sentados en la banquetta y otros de la llamada clase media, también sin descubrirse.

¿Es posible, —exclamé yo,— que esa gente no haya recibido en la escuela enseñanza de urbanidad y de patriotismo?

¿Acaso el Himno y la Bandera no les mueve a respeto y adoración?

Así estaba protestando por la conducta de esos malos mexicanos, cuando tropezaron mis ojos con un individuo que todos conocemos por loco, que donde quiera anda hablando tonterías, y de veras está demente.

Pues bien; ese ciudadano estaba en posición de firmes, la cabeza gallardamente erguida; los ojos fijos en la Bandera, en una mano el sombrero, y con la otra levantada en ademán de saludo, tan silencioso como una estatua, y de sus ojos brotaban lágrimas que él no se cuidaba de enjugar.

¿Lo qué es el amor cuando es sincero y fuerte! Ante la presencia del símbolo sagrado de la Madre Patria, ese loco volvió a la razón.

Terminado el programa de la ceremonia, cayó de nuevo en el eterno tema de su manía, y le oímos clamar: ¡Arriba la Bandera, arriba el Gobernador, arriba los maestros, arriba los soldados, arriba todos los mexicanos!

Y yo,—dice mi amigo,—me retiré de ahí pensando: ¿Por qué un loco sabe más urbanidad y siente más fervor patriótico que aquellos niños y aquellos hombres cuerdos?

¡Misterios de la vida humana!

¡Feliz loco que siquiera conserva la virtud altísima del patriotismo!

¡Pobre patria con hijos cuerdos; pero que no la comprenden ni la aman!

SOBRE LOS NOVIOS DE AYER Y LOS DE HOY AGOSTO DE 1927

¿Has visto, carísimo lector, cómo un pollito apenas salido del cascarón, busca, ávidamente en el suelo, con qué alimentarse?

Al paso que vamos, así tendrá que suceder con todo ser humano. Apenas nacido, buscará ávidamente por cielos y tierra, una novia que le hace tanta falta, como a los polluelos el alimento.

Te veo reír y esto no me agrada, porque pienso que tal vez calificas de broma lo que yo digo con seriedad de filósofo.

En mi tiempo,—y conste que Lucas no es ni tan viejo ni tan joven,—las agencias de la novia comenzaban entre los 12 y los 15 años, y costaban tanto trabajo que, por tal de no estar sufriendo, se apresuraba uno a casarse. ¡Oh qué tiempos aquellos! ¡Qué costumbres tan limitadas!—Cuando alguna chica nos llenaba el ojo, nos conformábamos con suspirarle de lejos. Tenía uno que ir a misa o al culto, que conformarse con alguna miradita, y en ocasiones hasta con verla pasar siquiera a diez metros de distancia.

¿Con qué trabajos hacíamos llegar una carta amorosa!

Me acuerdo de cierta vez en que yo intenté hacer llegar una.

Por cierta señal que nos hicimos ella y yo, me pareció que habíamos convenido en la entrega de la tal misiva.

Pasó un muchacho y por un real lo comprometí a llevársela (“Al angel que yo adoraba”), así decía el sobrecito. Le encomendé que la entregara a la primera persona que abriera la puerta, pues casi estaba seguro de que ella, en persona, saldría a recibirla.

¿Quién creen Uds. que fué abriendo la puerta?

Nada menos que mi candidato a suegro. ¡Y el bárbaro del mensajero se la entregó...!

Yo estaba en la esquina y pude verlo cuando abrió el sobre, sacó las antiparras y comenzó a deletrear mi declaración amorosa. Gesticulaba tanto el ingrato que alguien hubiera pensado, o que había tomado una purga de sal de higuera, o que tenía un parche de mostasa en el estómago.

Luego se dirigió a la esquina. Y comencé a rezar una pelgaria a la V. del Roble y a temblar de pies a cabeza. Me preguntó si era mía aquella cartita, y le contesté afirmativamente.

Luego me hizo la segunda: ¿Qué desea Ud. con eso?. Aquí se me anudó la garganta y tartamudeando, le expliqué que nada. Por fin a la tercera me dió el mate, diciéndome: Le recomiendo que, por ningún motivo, vuelva a pararse en esta esquina, y le ruego que jamás se permita escribirle necedades a mi hija.

Tiré un suspiro, di media vuelta y me alejé de aquel lugar, dando gracias al cielo que todo lo había arreglado satisfactoriamente, pues en realidad fué cuestión de palabras amistosas.

Hoy las cosas pasan de muy diferente modo.

Las costumbres han entrado en un firme período de civilización. Se ha dado un gran paso. El progreso es tan notable, que los que vivieron hace medio siglo, se hacen cruces, y los de mi época nos quedamos con la boca muy abierta.

¿Qué diferencia entre los novios siempre bisonos y afrasados de aquel tiempo, y los listos y avanzados de ahora?

Hoy las primeras letras aprendidas en la Escuela son para gorjear el amor.

Hoy, como dice una comadre mía: cada quien con su cada cual.

¿Visita Ud. una plaza? Ahí están dos tortolitos acurrucados uno muy junto del otro, aunque sea mes de estío.

¡Oh qué cuadros tan encantadores nos obsequian las pantomimas del amor.

¡Qué dieran nuestros abuelos por haberse deleitado en su contemplación!

En los cines,—con excepción del de nosotros,— ¡Oh en los cines! Ahí se refugian todos los sedientos de ilusiones, porque todo es ahí música, amor y alegría.

De aquellos bailes a boca cerrada y a dos varas de distancia, ni el recuerdo queda.

Hoy ¡qué felicidad! se habla hasta por los codos y los corazones se dicen al oído dulcísimas frases de amor.

Cada bailecito es almáciga de noviazgos.

Ayer intervenían los padres para regañarnos, porque mirábamos de lejos a la novia. Hoy, para dicha de todo novio, los padres tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen lengua y no habla, etc. etc., etc.

¿A dónde iremos a parar? me decía una tía ochenteña que yo tengo?

Indudablemente,—le repliqué yo,—que ha de llegar un día en que nazcamos casados por obra y gracia de la divina Providencia, que gusta de allanar dificultades y perfeccionar las cosas. Lucas, sinceramente, prefiere las costumbres de su tiempo.

Entonces, la primera preocupación después de aprender a leer, escribir y contar, era la de enseñarse a trabajar. A las muchachas se las veía y observaba de lejos. Cuando gustaba alguna, el interesado en cuerpo y alma se consagraba a juntar dinero para el casamiento.

Luego se comisionaba a personas respetables para pedir la mano: Y sin más rodeos que unas cuantas visitas, se presentaban y se casaban, y el asunto quedaba arreglado en tanto que canta un gallo o cacarea una gallina, animales que menos tiempo gastan para el arreglo de todos sus asuntos.

Ventajas: asunto de tal trascendencia resultaba arreglado con todas las formalidades necesarias.

La pasión no alcanzaba a enloquecer y a cegar a los novios. No se hacían en público papeles ridículos y poco decorosos. Se respetaba a los padres. Se trabajaba con el ánimo quieto y no se gastaba el dinero en paseos y obsequios frecuentes que impiden la pronta realización del matrimonio.

Lucas es enemigo de los extremos. Ni lo que hacían nuestros abuelos; ni lo que vemos hacer hoy.

Creo que debemos buscar un término medio para que se vea que aún amamos el orden y la estética, prendas que están de acuerdo con la categoría que corresponde al ser racional.

Más como yo no quiero que nadie se disguste conmigo, y a cada quien su gusto lo engorda; y cada cabeza es un mundo; y el que nace lechón muere cochino; y etc. etc., prefiero que la civilización y el progreso sigan imperturbables su camino, mientras el cielo tiene piedad de nosotros y mal rayo nos parte. . . .

Septiembre de 1927

SOBRE CIERTOS MARIDOS

De los asuntos que, como Lucas, he venido tratando, ninguno tan espinoso como este donde voy poniendo la mano con tal temblor, que no faltará quien me juzgue enfermo del famoso mal de San Vito.

No es para menos la suposición de que alguien fuera poniéndose el saco y le supiera tan bien como a Hércules aquella célebre túnica de Deyanira, y tratara por este motivo, de fastidiar a quien no ha cometido ni cometerá más delito que decir la verdad desnuda y fea cuando así lo es.

En fin, todo hombre como yo, resuelto a morir en aras del deber; no pone reparo en lanzarse a la lucha y afrontar cuanto peligro venga, seguro de que, puesto a correr, no ha de existir marido que dé alcance a Lucas, quien, en competencia con venados, liebres y caballos árabes, cree y espera, fundadamente, ocupar el primer lugar de corredor.

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que el marido y la mujer andaban en amorosa y constante compañía, ni más ni menos que como dos hermosos y fieles palomitos!

Los ayuntaban el Cura o el Pastor y eran todo el uno para todo el otro, porque el marido solamente amaba a su mujer y la mujer exclusivamente amaba a su marido; y todo esto sucedía desde el Alfa hasta el Omega de su vida conyugal.

Entonces todo caminaba como el tren por sus dos rieles: ambos esposos comían, se divertían, rezaban, platicaban y acordaban los asuntos del hogar en santa paz y en dulzura que envidiarían hasta los tiempos patriarcales.

Los hijos recibían por igual las caricias y los cuidados de padres que se consagraban por entero a trabajar para la dicha de la familia.

¡Oh suspirados tiempos que, como las golondrinas de Bequer, se alejaron para nunca jamás volver!

Hoy todo va cambiando al impulso de no sé qué vientos y al vigoroso empuje maléfico de no sé qué manos diabólicas.

Pasadas las ceremonias del casamiento; cuando termina la fiesta; cuando ya salen de la fotografía; cuando, a los ocho días la luna de miel va acibarándose, y pasa tan rápida como el encanto de un crepúsculo otoñal, ella, la esposa, comienza a que-

darse en su casita, antes tan linda, bonita y alegre como nido nuevo y, ¡oh suerte cruel! saborea las primeras amargas de la ausencia.

El marido urde frecuentemente negocios para salir con sus amigos de paseo y no hay fuerza capaz de detenerlo.

¡Todo se resfría y agripa sin que haya médico ni medicinas que lo curen!

Y si ésto acontece a los cuantos meses, a los pocos años qué sucederá?

Transcurrido diez o veinte años, la esposa apenas llega a ser una mujer que cuida de la casa ("mi señora"), como donosamente llaman muchos a su esposa, frase que, con propiedad, según el escritor Fentanes, significa, simplemente, "ama de la casa", "la primera de las criadas".

Ella tiene que buscar alguna amiga que la acompañe en sus paseos; pues el esposo, como los pájaros, anda de jardín en jardín y de rama en rama, olvidado de lo que posee nido y encantado de tener alas de inquieto picaflor.

El dá dinero para comida, vestidos y renta. El come, si es que viene a la casa, y viste ropa limpia. El paga la educación de sus hijos con quienes apenas si platica alguna vez y, colorín colorado.

Que falta amor que junte y caliente los corazones; que faltan cuidados que lo manifiesten? Esas son costumbres arcaicas; eso quedaba bien en tiempos de Adán y de Eva, quienes tenían que estar juntos porque no había más. Hoy la humanidad es tan numerosa, sus caprichos (moda) son tan imperiosos. . . .

¡Quién sería capaz de pensar en ese triste anochecer de la vida conyugal, cuando de novios nos perseguimos tanto, con tal frenesí, que hasta llegó a parecernos que uno sin el otro no podríamos respirar ni vivir?

Más ¡oh sarcasmos del destino! apenas hemos estado juntos un poco de tiempo, cuando ya sentimos amor a la libertad y acudimos al primer llamado de los amigos de juerga.

Como en todas las ciencias y las artes humanas, hay hombres que llegan a medianos: otros, a superiores; y no pocos, a sobresalientes. Así clasificaremos a los maridos. ®

Los maridos medianos son los que de cuando en cuando echan una canita al aire.

Los superiores son los que son huéspedes en su casa y candiles de la calle.

Los sobresalientes son los que ya viven en la calle, en la cantina o en cualquier otra parte non santa.

Para estos tíos que, con la práctica, todos pueden llegar a sobresalientes, Lucas, que es compasivo con las mujeres y, justiciero con los hombres, piensa lo siguiente:

Inquirir el paradero de Deyanira, para consultarle que feor le puso a la túnica vengadora que obsequió a su Hércules infiel. Adquirido este feliz conocimiento, desde luego aconsejo a las mujeres que lo apliquen a sus maridos; si son medianos para que se la corten; si superiores, para que sepan lo que es amar a Dios en tierra extraña y si han llegado a sobresalientes, para que Júpiter premiando sus alcances, los coloque por allá muy lejos donde no hagan daño, en el cielo. De esta manera quienes profesamos amor a lo estudios astronómicos, tendremos el placer de contemplar una nueva estrella, o una hermosa constelación, en el cielo de la existencia humana.

LOS MARIDOS SE DEFIENDEN OCTUBRE DE 1927

Son tantas las felicitaciones femeninas que he recibido por mi artículo "Sobre ciertos maridos", que, la verdad, no me siento con apetito de publicar lo que algunos esposos, en justa defensa, con legítimo desahogo, se han atrevido a decirme, acerca de lo que pudiera, a mi juicio, haber sido secreto piadosamente guardado por corazones masculinos.

Comprendo que todos han perdonádome lo que de ellos dije, con el compromiso moral de ver, también publicadas las razones que los defienden.

Contra mi voluntad y aguardando resultar tan ileso como en feliz suerte me tocara salir de la primera, paso, en esta otra ocasión, a cumplir una promesa ineludible.

Perdonad, mis carísimas y simpáticas lectoras, si por acaso llego a ofenderos con mis palabras, pues yo sinceramente hablando, siempre acato los mandatos de poetas, y por eso "ni con los pétalos de una rosa quiero tocar la mujer".

Y no es porque piense, como algunos maliciosos que esos pétalos pudieran convertirse, por obra y gracia de la venganza, en piedras heridoras, sino por una exquisita galantería de esas que recuerdan y reviven tiempos quijotescos.

Comprendo,—me decía cierto marido—, que en más de un 50% de ocasiones tiene razón en lo que lleva dicho sobre nuestra conducta; pero, o desconoce Ud. la vida, o le quita algo de lo que ya conoce, porque lo que es hoy, afirma cosas que no me atrevo a desmentir; más, al mismo tiempo, omite las causas, las razones que, en no pocas veces, tenemos para conducirnos de tan mala manera.

Señor D. Lucas, los hay que por gusto son "medianos" "superiores" y "sobresalientes" y de estos pienso y anhelo como Ud., que mal rayo los divida y los subdivida. Más hay otros que caen en esos grados, porque la fuerza de las circunstancias los precipita; yo le aseguro que ellos, de buena gana serían de los fieles palomitos cuya linda y encantadora figura nos describió Ud. de modo tan magistral. (R)

Se dice,—continuó exponiendo,—que la mujer ha de ser alegría y ornato del hogar. Los primeros días de la miel que Ud. narra tan sabrosamente existe la tan amada alegría; pero luego le va sucediendo a ésta lo que al dulce jugo de las frutas, se agria, se fermenta y resultan las riñas por cualquier motivo, que no siempre puede ser causa o razón.

Uno llega del trabajo rudo y cansador, y, en vez de cariños y dulces halagos, se encuentra con una carita disgustada, con una boquita que le dice hieles, con unos ojitos que arrojan destellos de ira, con un corazoncito que cierra la válvula de su ternura y destapa la de la crueldad, y, finalmente con una cabecita, la cual se cierra de tal manera que no entiende (ni de "cho" ni de "arre").

Bueno, ¿qué tal se pondrá la cosa! para que yo, —que me siento con ínfulas de domador—, prefiera abandonar el campo y lanzarme a la calle en busca de tranquilidad para mi alma excitada y solaz para mi cuerpo agobiado por las fatigas del trabajo. Y con esto que vengo narrándole sucede igual que con el paludismo: a veces ataca diariamente por la mañana, por la tarde, o por la noche; o tras cada tercer día; y en ocasiones cada ocho o cada quince días. ¡Y pensar que para colmo de desdichas la ciencia médica no ha descubierto la inyección curativa que destruya ese maldito microbio!

Cuando hubo concluido su desahogo, le puso punto final con un largo suspiro de desencanto.

No pude menos de decirle piadosamente: Amigo mío, si Lucas fuera Cura lo absolvía, en el acto, de toda culpa.

Otro marido explicó lo siguiente: Fíjese, que mi cara mitad me quiere y cuida tanto como una gallina a su polluelo; pero ¡ay Dios! me echa del aire que sopla cuando en el barvolento esta alguna otra mujer (fea o bonita); me riñe porque le pareció que me miraron y miré, que me sonrieron y sonreí, y que me saludaron y contesté.

Si me tardo en la calle, supone, urde, inventa soñadas aventuras amorosas y para cuando regreso ya están rotas las relaciones, oculto el cariño y la lengua para insultar y despreñar a este pobre y manso palomito que ha vuelto al hogar en busca de paz y dulzura, y solo encuentra un ambiente tan cáustico como el que forma un horno de aceración.

¿Qué piensa Ud. que yo haga?— Me lanzo de nuevo a la calle para buscar amigos y la manera de divagar mis sinsabores conyugales.

De suerte, Sr. D. Lucas, que no ande hablando así de nosotros, nomás porque sí, sin haber investigado causas y razones. Fíjese, además, en que no todos los maridos son de esa manera que los pinta, sino muy contados y pudiera acontecer que figuraran mejor que en su disparatada clasificación, en una verdaderamente exacta la de "maridos desdichados", que se equivocaron al escoger compañera de su vida.

Y como este fuera acabando, casi con regañarme, antes de que el asunto se me pusiera "color de hormiga", procuré callarme con silencio sepulcral y sólo bullí los labios para decirle: adios, amigo.

Otro marido, serio y muy juicioso, declaró lo siguiente: Dicen que la mujer ha de ser el alma de la economía en toda casa, así como del orden y la estética del hogar; que debe ser tan discreta y prudente en palabras como en obras, para mantener, de esta manera, tanto el equilibrio de la vida conyugal como el de las relaciones con los vecinos. Bueno: pues la mía, ignora todas y cada una de las leyes y las reglas de la economía política y doméstica; no descenderé a los detalles, porque a mi juicio, la ciencia de una mujer para gobernar su casa, ha de ser objeto de un largo programa, y la mía no sabe más que comer, dormir, vestir, cosmetizarse y divertirse. Entre las virtudes (facultades) extraordinarias que posee figuran la tan peligrosa de hablar hasta por los codos, criticando a fulanita y a menganita y la no menos horrible de armar buenos pleitos entre los vecinos que ya nomás la vean y se santiguan devotamente.

Y yo el Gerente de esa casa ¿qué quiere que haga? Por no reñir y regañar y batallar, prefieroirme a cualquier otro sitio lamentando que no haya en mi casa lo que existe en otras para honra y dicha de quienes tienen que habitarlas. Dijo y desapareció de mi presencia dejándome intrigado con su historia y menos con las otras, tan interesantes como ésta.

Lucas pertenece al grupo de los que creen que para todo mal existe su remedio en este mundo.

Creo, Sres. maridos,— y esto lo digo sin que ninguna mujer me haya encargado su defensa—, que vosotros sois únicos culpables de esta mala situación que guarda vuestro hogar.

Sor Juana Inés de la Cruz, genial poetiza mexicana, nos dice por ahí:

*"Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis."*

*"Queredlas cual los hacéis
o hacedlas cual las buscáis."*

En efecto, si nosotros buscáramos en la mujer que hemos de elegir para esposa, las cualidades que corresponden a la mujer: educada, buen cuidado tendría ella de

ejercitarse y disciplinarse para tener todas aquellas que nosotros reclamáramos.

Más, nos ve tan fáciles de caer rendidos ante el vano fulgor de los accidentes fabricados por la coquetería que, al que busca vanidades, hay que darle lo que busca, y por eso no hay otro remedio que "querelas cual las hacemos".

Y cuando, un día, anhelemos ponerle eficaz remedio a este mal, nos queda el felicísimo recurso de "hacerlas cual las buscamos"; pero antes de casarnos, porque después la cosa no tendrá con postura.

Por lo tanto, yo pido a los maridos que tienen hijos, que les aconsejen un estudio paciente y concienzudo del carácter de sus "candidatas" para el matrimonio.

Si después de haberlo hecho así las aceptan, para "esposa y mujer", como dice el ritual romano, conociendo el mal carácter que tienen, ya saben que toda queja resultará "de hombres necios que culpan a la mujer sin razón" y a quienes justamente, solo queda el heroico deber de aguantar las consecuencias de su pretérita torpeza.

Y a vosotras, cabecitas que os cerráis herméticamente a las razones y que, según afirma ese marido, tenéis dos válvulas en ese corazoncito, la del amor y la de la crueldad, os aconsejo la siguiente regla que no he visto escrita en ningún libro: "haced a los hombres como los queráis; y queredlos, también, como los hagáis".

Con el encanto de vuestra ternura, y solicitud de vuestras atenciones, podéis conquistar las más endurecidas voluntades.

Haced, siempre, confortable, alegre y risueña vuestra casita; convertíos en fieles y útiles compañeras de la vida, y no habrá marido que no quede cautivado en las dulces redes de ese vuestro querido y poético hogarcito.

SOY LA VOZ DEL QUE CLAMA EN EL DESIERTO.....

Tienen los frailes sus historias, y uno, que ya murió, le contó a Lucas la siguiente:

Estaba cierto cura dizque confesando a un indio joven. Este, hincado y con la cabeza agachada, se movía y producía cierto ruido semejante a sollozo. Con esto el cura, que lo aconsejaba, creyéndolo poseído de un enternecedor arrepentimiento, redobló sus consejos diciéndole entre otras muchas cosas que hacía bien en llorar sus pecados de aquella manera y etc. etc.

Cuando le faltó saliva para continuar los famosos consejos y se calló también para tomar aire, entonces el arrepentido muchacho, jubiloso, gritóle con voz de triunfo:— ¡¡Upa, torito!! Y le aventó a la cara un torito de cera que había fabricado cuidadosamente durante los largos consejos del pobre fraile.....

Por mucho tiempo desde que, como Lucas me he metido a predicador, estoy temeroso de correr, si no igual, cuando menos una suerte parecida.

Y por desgracia para quien tiene vivos deseos de componer, aunque sea un poquillo, el mundo, ya comenzaron a salirme con: ¡¡Upa torito!!

Siquiera este célebre personaje del torito, salió con algo diferente del asunto. El torito con que me salen mis querido lectores, es con el mismo cornudo, bravo, retozón y "regiego" de los defectos que voy criticando.

Que digo del feo defecto de ensuciar lo que se vé limpio en plazas, calles y casas. No acabo de decirlo cuando ya veo salir el mismísimo torito.

Que critico algunas costumbres. Bien, bien, ahí van saliendo, alegres y encantados de haber nacido en tan bello país, los famosos toritos.

De tal suerte que bien puedo asegurar que va sucediéndome lo que a Juan el Bautista: "Soy la voz del que clama en el desierto....."

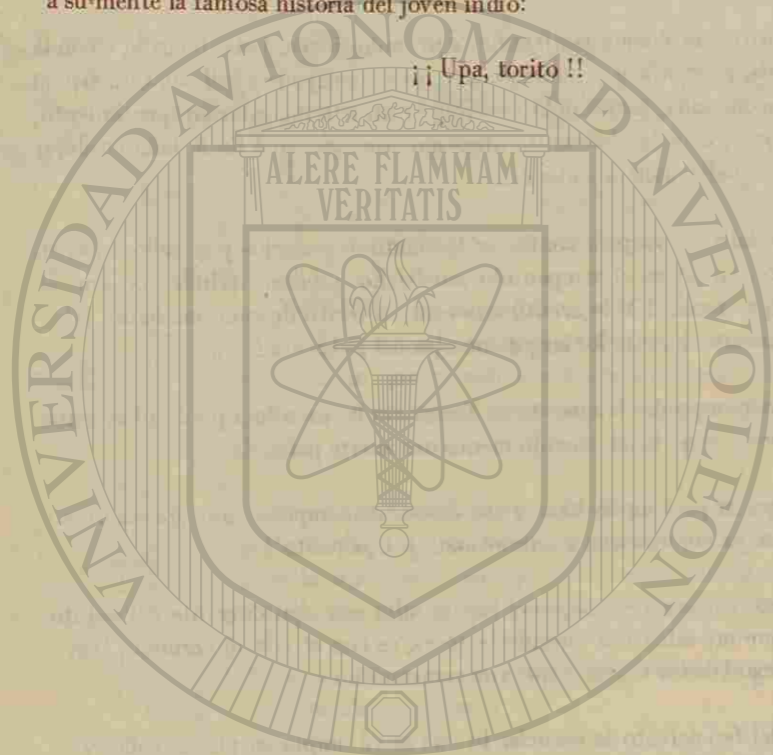
Sólo falta, para colmo de desdichas que también resulten una Salomé[®] que solicite mi cabeza y un Herodes que me la mande cortar.

Yo, por razones que no es oportuno referir, estimo la cabeza más que todo el cuerpo y, temeroso de toda desgracia como sería perderla, prefiero ir arreglando desde ahora mi viaje, y aprovecho la oportunidad para anunciar que en el próximo diciembre Lucas cantará las golondrinas de Bequer como amorosa y tierna despe-

dida de quienes fueron sus amigos predilectos.

Más eso sí: cuando Lucas, el derrotado y pobre Lucas, quiera recordar debidamente el efecto que produjeron sus artículos en el ánimo del público lector, traerá a su mente la famosa historia del joven indio:

¡¡ Upa, torito !!



CALUMNIAR Y DIFAMAR

JUNIO DE 1928

Estos dos conceptos se parecen y hay personas que, pasando por cultas, los confunden.

Intentaré definirlos y disertar un poquillo acerca de ellos.

Calumniar es afirmar y acusar a una persona de haber cometido faltas o delitos que no cometió y que, como consecuencias, le hacen perder el honor y recibir castigo de la justicia.

Difamar es ocuparse oficiosamente de quitarle a una persona la honra, publicando faltas que han llegado a nuestro conocimiento por personas que tienen el feo vicio de hablar mal del prójimo, o por que han sido testigos de ellas.

En el primer caso, de la calumnia,—se trata de un inocente; en el segundo,—de la difamación,— se trata de un culpable.

En los dos, el efecto viene siendo el mismo, quitar la honra.

Quitar la honra es destruir la buena opinión que se tiene de una persona trabajando porque se piense mal de ella.

Los datos que tal conducta causa son inmensos.

Sacrifican el robo de un tesoro que es muy difícil reponer.

Quien se ceba en un inocente comete una acción más vil aún que la del ratero que se adueña del tesoro que hemos heredado de nuestros abuelos o adquirido con mil esfuerzos.

No hay en el mundo persona más asquerosa y repugnante que el ladrón de honras, pues este roba tesoros del alma.

El difamador tiene, en cierto modo, motivo para no decir bien de quien ha visto mal; pero muchas veces no tiene derecho y menos cuando solo pretende quitar la fama de las personas, sin necesidad y por el placer de causar ese perjuicio.

En buena hora que hablen mal de una persona quienes han recibido daño o tengan, que hacer justicia; más ¿quién les dá derecho a los demás para "hacer leña del palo caído"?

¿Puestos en el caso de la víctima, nos agradecería que se hiciera tal cosa con nosotros?

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos que, quien se ejercita en difamar, está en aptitud de calumniar también.

Te damos, pues, pleno convencimiento de que quitar la honra por medio de la lengua, es hacer un daño gravísimo y que nuestra conciencia ha de cargar con la responsabilidad de las malas consecuencias.

Si el calumniador semeja una temible víbora ponzoñosa, el difamador realiza el repugnante oficio de gratuito y entrometido verdugo de culpables y hasta podríamos agregar que es digno aspirante al puesto de calumniador.

¿Qué diferencia encuentras tú, carísimo lector, entre quien ayuda a quitar la honra, sin tener derecho para hacerlo, y quien la roba calumniando?

¿Verdad que el primero se ensaña en un caído y el otro se empeña en tumbar a un inocente?

¿Sin haber en tí agravio que vengas, te agradecería el oficio de difamador?

Medita estos razonamientos y decide por ellos tu conducta para que no obres inconscientemente, y sobre todo para que hagas menos daño en tu paso por la vida si, cuando menos, se te ocurre, un día, ser difamador.

FRAY ALEJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Puestos en el caso de la víctima, nos agradecería que se hiciera tal cosa con nosotros?

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos que, quien se ejercita en difamar, está en aptitud de calumniar también.

Te damos, pues, pleno convencimiento de que quitar la honra por medio de la lengua, es hacer un daño gravísimo y que nuestra conciencia ha de cargar con la responsabilidad de las malas consecuencias.

Si el calumniador semeja una temible víbora ponzoñosa, el difamador realiza el repugnante oficio de gratuito y entrometido verdugo de culpables y hasta podríamos agregar que es digno aspirante al puesto de calumniador.

¿Qué diferencia encuentras tú, carísimo lector, entre quien ayuda a quitar la honra, sin tener derecho para hacerlo, y quien la roba calumniando?

¿Verdad que el primero se ensaña en un caído y el otro se empeña en tumbar a un inocente?

¿Sin haber en tí agravio que vengas, te agradecería el oficio de difamador?

Medita estos razonamientos y decide por ellos tu conducta para que no obres inconscientemente, y sobre todo para que hagas menos daño en tu paso por la vida si, cuando menos, se te ocurre, un día, ser difamador.

FRAY ALEJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FRAY ALEJO EN EL PULPITO

ENERO DE 1926

Hermanos míos:

En esta vez seré brevísimo, porque finaliza 1925 y estoy ocupado haciendo los Inventarios de los pecados y pecadores que Dios ha puesto a mi encargo para que cure o cuide durante los doce meses que, por buena suerte, hoy terminan.

Así es que, como lo véis, para mí es fecha de gran peso en la conciencia y de mucho arrepentimiento en el corazón, pues además de lo mío tengo sobre mí la dulce (?) carga de lo ajeno.

Y sólo porque defiero en parecer y no quiero daros mal ejemplo, despidiendo el año ¡en triste y última despedida! con un baile (ni siquiera mental) de puro recogido, por eso abordo el púlpito, para daros la siguiente doctrina sobre tan serio negocio.

Hermanos queridos: hayan sido buenos o malos los vivos, cuando están boqueando, como le está aconteciendo a este pobre año viejo, o que murieron ya, considero gravísima falta de respeto, celebrar con juerga su dolorosa agonía o sus tristes funerales.

Y si a ésto le añadimos los tiros de pistola con que rompemos, si bien nos va, el aire, el silencio y la paz de la noche, agravamos la situación de nuestra moral que ordena hacer y poner en torno de los muertos las palabras R.I.P. proverbial símbolo de descanso eterno y de paz que no tenemos derecho a turbar.

En fin, cada cabeza dicen que es un mundo (a veces de necesidades) y yo para desagaviar a Dios, rogaré por vosotros mientras que bailáis, tiráis, y bebéis, y gritáis despiadados como locos (de gusto que falleció en la mas alta de las horas de la noche el pobre 1925).

Más antes de despedirme y daros mi santa bendición os amonesto a que siquiera después de haber danzado y vomitado las furias de vuestra fatídica pistola, penetréis en la hondura de vuestra conciencia, como yo lo hago, y miréis que en ella existe algo qué remendar, digo qué enmendar y bastante que cortar de raíz y falta no menos de bueno por sembrar y cultivar, para que el próximo 1926 os sorpenda, aunque sea durante un minuto, haciendo Balance o Examen de vuestras obras y de vuestras faltas pasadas y que al veros arrepentidos y con buenos propósitos tengamos siquiera una leve esperanza, Dios y yo, de que en el año nuevo prosperéis; no para vivir y seguir pecando como lo hace el común de las gentes; sino para vivir

la vida animal fisiológica, y muy particularmente la vida de la gracia ante el Señor que consiste en ser vuenos a carta cabal como la yerba—buena que siempre es buena.

En una palabra, que en 1926, Dios os lleve de su santa mano por donde no hagáis daño y que estéis en condiciones a propósito para que la predicación de mis doctrinas sea fructífera y pueda yo cumplir fielmente con mi santa misión sacerdotal.

Son los mejores deseos con que os felicita vuestro amantísimo Pastor (de almas).

Fray ALEJO.
Dic. 31, de 1925.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRAY ALEJO EN EL PULPITO
FEBRERO DE 1926

Amadísimos hermanos:

Buscaba y rebuscaba, con desesperada meditación, un tema que interesara a vuestra conciencia y nunca pude hallarlo.

Desistía ya de mi propósito cuando ¡oh Dios salvador de los hombres y cuña de todos sus apuros! ¿que pensáis que ví al ir camino de mi hogar?.

Dos perros bien agarrados en furiosa, ruidosa, mordiscosa y sangrienta reyerta sin que pudiesen mitigar sus iras las voces de sus dueños que gritaban el “cese el fuego”; ni la algarazca de muchachos que, envidiosos, contemplaban y aplaudían, muy a su sabor, todos los chuscos incidentes de la feroz batalla.

Por fin a uno de los canes faltóle valor y gimiendo y llorando, con el rabo muy metido entre las piernas, y en polvorosa retirada, no corría, sino que volaba para librarse de la mortal persecución de su enemigo. El otro, el triunfador, volvióse, jadeante, sudoroso, y los muchachos premiaron su victoria con jubilosa gritería que el perro —ya medio vuelto a su juicio— recibió con grande susto, huyendo de aquel lugar.

Contristado levanté mis ojos al cielo y dije: Señor, Padre de todas las criaturas: ¿Por qué consentes que estos dos hermanos (pues son semejantes de la especie perruna) riñan de esta manera? ¿Y por qué das a esos niños fuerza para simpatizar con la guerra y aplaudir tan grande pecado contra la naturaleza?

Apenas había dicho la última palabra cuando al bajar un ojo —por cierto el derecho— ví allá en medio de un gran patio a dos valientes gallos que silenciosa la garganta: pero infladas las plumas del pecho y los ojos echando chispas de ira, se daban terribles picotazos y en cada brinco de arremetida chocaban los cuerpos como si fueran los de hábiles pugiladores.

Mas, asombraos con la segunda parte del cuadro: a la derecha de ese grupo, batíanse, con femenil gritería, y casi fuera de sí, dos hermosas gallinas blancas, maltratando y rompiendo su finísimo traje: no sé si por cuestión de amoríos y galanes, cosa muy común entre esta enamorada gente de corral, o por otra de las muy frecuentes en el gremio mujerial.

La dueña de la casa, juiciosa y amante de la paz, aquietó los ánimos con espantos y amenazas, y ya impuesto el orden, cada galán se fue con su dama, repelando

con palabras ininteligibles.

Volví otra vez a exclamar: Señor, fuente de amor y de justicia ¿por qué tus hijos los gallos riñen como vulgares perros, cuando tienen más fama de nobles, por ser descendientes de aquellos dichosos gallos que dieron apellido a la Misa del 25 de Dic.; en que tu bajaste a la tierra para traernos la paz?.

Perdióse mi clamor en el misterio insondable del espacio infinito. Llegué a mi casa. El viento soplaba con furia inusitada y al observar un árbol frondoso, que hay en el patio, para ver si el aire soplaba del norte o del sureste, tocóme de nuevo ser testigo de la riña de hermanos. Las ramas y las hojas chocaban coléricas y rodaban éstas por el suelo, dándose empellones.

Será posible que hasta en los árboles, las hermanas ramas y las hermanas hojas choquen y se destruyan en feroz combate.

Y fue hasta entonces cuando sentí llegar a mi corazón un hábito de sabiduría que sonó como un voz de convencimiento.

Las ramas y las hojas chocan porque el viento las impulsa y no pueden evitar su maléfica acción.

Los perros y los gatos siempre tienen algún motivo que nunca se busca y además no pueden gobernarse pues carecen de voluntad y razón. Son irracionales en sustancia y en cualidades. Si de otra manera fueran arreglarían sus disputas usando la palabra y recurriendo a la justicia.

En estas meditaciones me hallaba y casi me sentía convencido cuando ¡oh desengaño cruel! ¿qué pensáis que sucedió? Dejé oír en la calle, destemplada gritaría y vi un cuadro tan horrible como emocionante.

Salían dos hombres de una cantina. De sus bocas se escapaban, en asqueroso tropel, palabras un millón de veces más sucias y horribles que las voces de los perros y que una gallina o un gallo, por mas enojados que estuvieran, jamás se atreverían a proferir. Tras de cada palabra ¡rugido feroz! se dieron de guantadas. Cogéronse en furibundo abrazo y rodaron por el suelo y ¿qué mordidas y apretones? ¿qué perros ni q' gallos! Esto superaba en rabia y en consecuencias.

Hubo un momento en que uno de ellos se sintió vencido y corrió. El otro, al verlo, persiguiólo hasta cogerlo de nuevo y cuando ya estuvo rendido, quiso poner punto final a esta reyerta hundiéndole diez veces, en el pecho, el arma que salía tinta el sangre.

Después, lo mismo de siempre; el gendarme inoportuno, la gente boba; el juez que llega; la ambulancia del hospital, el asesino que huye y etc. etc.

Metíme a casa temblando de horror y, presa de mil confusiones y dudas, le dije a Dios.

Señor que le diste voluntad y razón al ser humano, por qué consentes que sea verdad lo afirma Buffón: "que el hombre es el peor de las bestias".

De que le sirven, entonces, tan nobles como preciados dones del cielo? ¿Para qué te empeñaste en hacerle alma a tu semejanza, si él te traiciona y gusta mejor tener la de perro, gato o gallo reñidores?.

Veo que animales y árboles chocan y riñen porque les falta la voluntad y la razón; pero el hombre a quien has dado, juntamente con atributos tan valiosos los principios de la justicia para evitar el mal o remediarlo y el inestimable don de la palabra para comunicarse y arreglar todo por medio de ella, sin recurrir a medios innobles; ¿por que es así?

Tú le has dado también facultad para medir y prever las consecuencias de sus actos. Conoce la diferencia que hay entre el uso y el abuso de cuanto le has donado. Se ha dicho que tú premias el bien y castigas el mal; que la sociedad vitupera al malvado y ensalza al que es bueno, y con tanta sabiduría que le ha llegado pasa la vida demostrando que nada sabe.

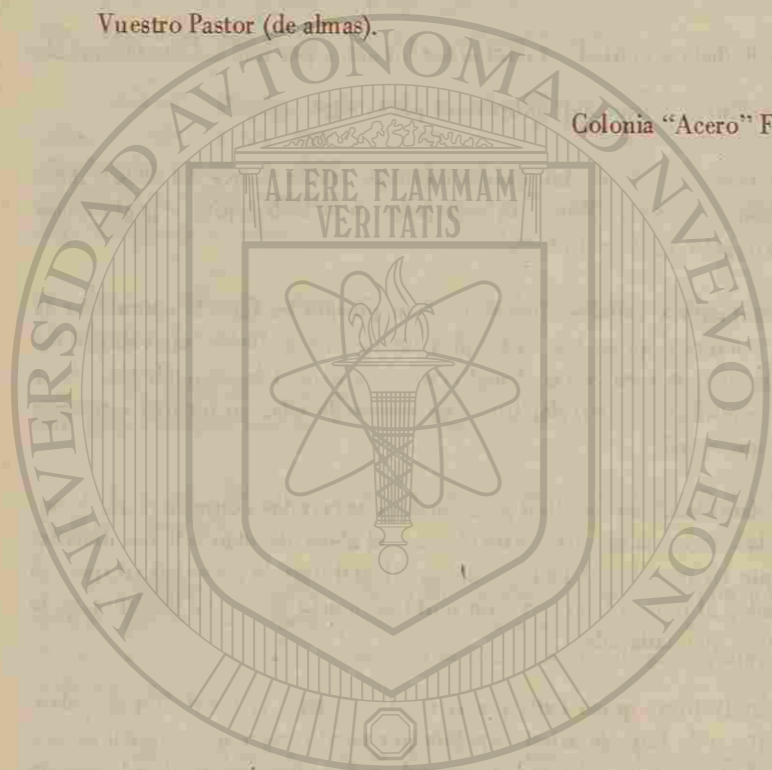
Tiene razón Buffón: quien halla placer en descender a la condición de perro, de gallo, de gato o de hoja de árbol impelida por viento caprichoso; quien abdica de sus coronas la razón y la voluntad, y, pisando sobre ellas, descende a la miseria del crimen, y se revuelca en él como los cerdos en el cieno, no cabe duda que es "la peor de las bestias". Aquí me perdonarán mis fieles oyentes que yo zafe, o pida carros y deje a este señor, para que no se me culpe de esta sabiduría pues yo, como el maestro Sócrates: "Sólo sé que nada sé". Al que le venga el safo. . . "Yo ni quito ni pongo rey" "Cada oveja. . ."

Pero eso sí, antes de retirarme a ejercicios cuaresmales, que principian en este mes, os dejo esta bella máxima que Cristo no quiso enseñar a los perros, ni a los gallos, sino a nosotros los hombres, más necesitados que aquellos: "AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS".

Empapadas en el espíritu de estas saludables palabras tendrán nuestra razón y nuestra voluntad una fuerza que envidiarían las ramas del árbol para resistir el

empuje del viento. Con ello daremos a cada quien lo suyo; haremos el mayor bien posible a nuestros prójimos; perdonaremos las ofensas o daremos satisfacción al ofendido, si por acaso nos toca la mala suerte de tener alguno, y la maldita guerra de hermanos cederá su puesto a la bendita y fructífera paz.

Vuestro Pastor (de almas).



Fray ALEJO.
Colonia "Acero" Febrero de 1926.

FRAY ALEJO, DESDE PARRAS, ESCRIBE UNA CARTA A SUS FELIGRESES
DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY
MARZO DE 1926

C. de Fr. Sileno, marzo de 1926.

Estimadísimos e inolvidables hermanos míos:

No se imaginan ustedes el gusto con que les dirijo ésta para saludarlos y platicarles lo que he visto y oído en la parroquia de Fr. Sileno, con quien he estado haciendo ejercicios cuaresmales de puro espíritu: pero no vayan a creer que del que inventaron los árabes, alcohol, sino del espíritu alma.

Estoy escandalizado con lo que han venido a contarme en son de queja las esposas, las hijas y hasta las vecinas de esta báquica ciudad.

Aunque—aquí para entre nos— les diré que no me gusta poner oídos a quejas femeniles; por que la mujer, en la mayor parte de las veces, exagera todo en un 500%. Sin embargo en esta vez cuentan las cosas con tales visos de verdad, y presentan pruebas tan irrefutables, que estoy convencido de que reina aquí el colmo de la depravación y esto me produce inefables penas y dolores de todas clases que no he podido clasificar.

Decididamente esta parroquia no es como la que está bajo mi cargo.

No. ¡Qué esperanzas! ¡Ni lo permita Dios!

Aquí va lo que dijo una de las señoras quejasas:

—Por qué llora Ud., señora.

—Ay! mire su reverencia que vengo por un remedio para mi Blas.

—Pues ha de saber que "se le pasan las cucharadas" todos los sábados y domingos y días festivos.

—¡Ah! ya está tomando remedio para su enfermedad.

—No, Sr., si "anda en la uva" y es de los que la dan por ponerse "bravos".

—Dios le ayude señora.

—A buen morir con los palos que me da, Padrecito.

—No; a soportar las flaquezas de su marido.

—Nada de flaco, si está regordote y colorado y fuertote; de cada guantada me hace rodar por el suelo.

—Vaya usted tranquila—le dije—yo rezaré porque su Blas deje "la copa".

—Pero porque la deje llena, Padrecito; porque si va a resultar, que como siem-

pre, la deja vacía. . . . Mejor se lo despacharé aquí para que me lo aconseje y me lo confiese.

—No, señora, no, y menos si está “a media agua” y “bravo”; mejor le rezo; sí, es preferible rezar de lejos.

Y la pobre mujer se retiró de mi presencia esperando con fé firme que mis ruegos a Dios detengan la mano que al levantar la copa se baja a puño cerrado, o con garrote, sobre la víctima de su miserable hogar.

Aquí va la historia de otra quejosa:

—Padrecito,—me llama una viejecita acompañada de tres criaturas escuálidas y mal vestidas, buenos días le dé Dios.

—¿Qué se le ofrece? le dije—, después de contestarle el saludo.

—Necesito que me ayude con dinero para estos huérfanitos;

—“Pobrecitos, no tienen padre ni madre, exclamé compasivamente.

—Ella, la viejecita, me interrumpió para explicarme: la madre murió de debilitada por el trabajo y de una enfermedad que en él contrajo, no habiendo tenido con qué curársela. El padre vive, pero como si hubiera muerto, porque sólo trabaja seis días al mes y el resto lo pasa “alegre”.

—Válgame Dios, señora, ¡qué fatalidad!

—Y en estos 23 días bacantes: grita, ríe, baila y exige de comer; pero como no trae dinero y yo que soy la madre de él y abuela de estos niños casi ya no puedo trabajar, estoy muy vieja y enferma, los pobrecitos comen muy mal lo poco que puedo conseguirles, y no me alcanza para darles vestido, mire la traza que llevan.

—Les dí mi limosna y los pobres se despidieron dejándome contristado y pensando acerca de su infortunio y sobre la maldad del hombre “alegre” que no se apiada de la miseria de la madre y de los hijos. Semejantes a este historia fui testigo de muchas: unas más graves que otras; pero todas de hombres “trompetos”, “alegres”, “que alzan el codo”, “que andan en la uva o en el maguey”, “que están a media agua”, “que se les pasan las cucharadas”, “que son botas” y que dan clases con Baco.

COLECTIVIDAD

Lenguaje que copio aquí para que lo conozcan porque ya sé que por allá nada de ésto usamos. Todos ellos, los hombres borrachos de esta tierra, derrochan su dinero en cantinas y desatienden el presupuesto de su hogar cuando no agravan la

cosa cometiendo tropelías y bribonadas como las del primer ejemplo que les narro en esta carta.

NO,—le dije a Fr. Sileno una vez que platicábamos sobre este escandaloso asunto de la borrachera; lo que es en mi parroquia Acero no somos así. Mis fieles no toman más que agua fresca de limón, naranja, piña o fresa, y sodas. El mezcal, la cerveza, el tequila y otras bebidas embraigantes, ni siquiera se conocen por allá; estoy seguro que cuando acaban de leer estas noticias van a escandalizarse de lo que pasa aquí en la ciudad de las Parras.

Eleemos le dije una plegaria al Creador por vuestro pueblo y por el mío. En seguida la copia para que la conozcan ustedes también.

¿Señor, por qué permitiste que Noe pusiera la muestra y fuera la raíz de esta raza ebria?

¿Por qué no miraste entonces, en aquel prólogo bíblico, cuánto iba a suceder en el devenir de los tiempos con los hombres y los pueblos?

Repara tu distracción, si por acaso ella fue la culpa de que el mal esté cundiendo. Maldice la parra, la caña, el maguey, el maíz y todo lo que produzca alcohol para que lo seques eternamente, pues sólo de esta manera se eliminará de la tierra la presencia de este satánico líquido.

No permitas por nada del mundo que los fieles a mi cargo, los pacíficos y sobrios trabajadores de Fierro y Acero caigan bajo la influencia de estas fatídicas bebidas; ya que en esa región del mundo no ha llegado ni el olor del vino; pues mientras en todas partes hay tres y cuatro cantinas en cada manzana, allá, en más de siete manzanas que tiene nuestra Colonia, no hay una.

Bendice pues, y defiende la paz de sus hogares.

Así sea por los siglos de los siglos para honra y gloria tuya y de sus descendientes.

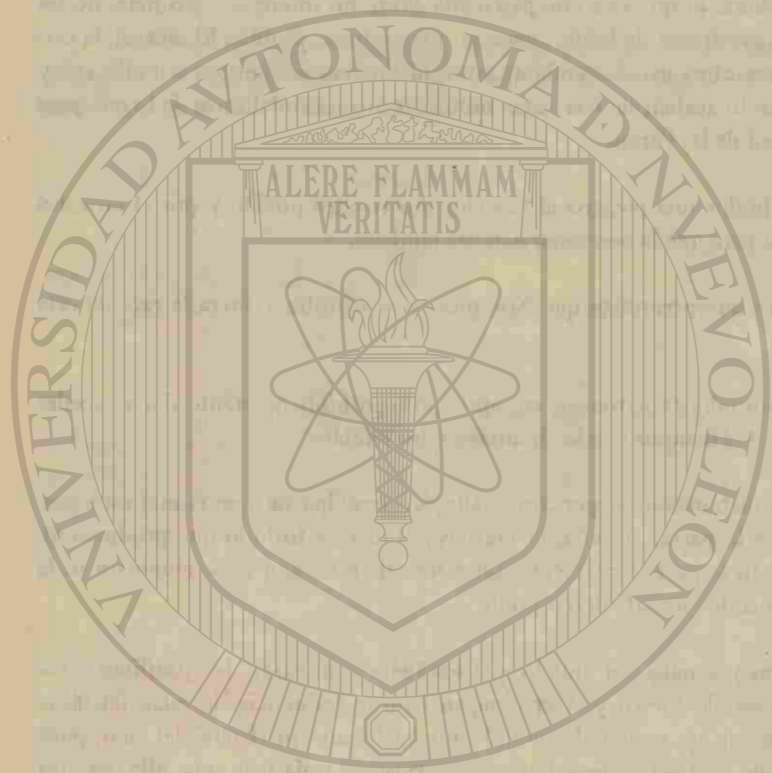
Con esto doy fin a mi carta que ya va haciéndose larga.

Su Pastor (de almas)

Fray ALEJO

P.D. Volveré a esta en abril de este año a predicarles, como de costumbre, en mi Púlpito.

F. A.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

FRAY ALEJO EN EL PULPITO
ABRIL DE 1926

¡Ah la lengua; sí, la lengua. . .!

Esopo, esclavo de Janto, dijo que era lo mejor y lo peor. Vosotras, hermanitas y hermanitos míos ¿Qué decís de esto?

No vayáis a creer que me refiero a la de buey o vaca; marrano o chivo; gallina o gallo; ni al nombre de una yerba por todos conocida; ni a la lengua de Cervantes Saavedra.

No, señores. Se trata de la lengüita de nosotros los pecadores hijos de Eva. De esa lengüita retozona, zalamera y dulce una veces; arañadora o picosita en otras; piadosa un día y cruel en muchos; promesa de arco iris ahora, y mañana realidad de truenos, rayos y centellas. De esa lengüita que tanto nos sirve para hablar como para comer.

¡Y vaya si come! Es voracísima, pues en ocasiones no perdona ni a su prójimo, se vuelve atropófaga (de antropos, hombres; y fago, devorar).

Más no creáis que aniquila. Sucede con ella lo que se cuenta del fuego eterno: que hace padecer y sufrir, pero no destruye.

Como la ensalada y el postre no falta en la comida el apetecido platillo del prójimo. En las visitas es este obsequio obligado y nuestra lengua, en ocasiones tan solemnes, no podría menos de reclamar imperiosamente su derecho a saborearlo.

¿Para qué reproducir vulgares escenas en las cuales ella resulta más elocuente y más dañosa que una víbora enojada?. Todos lo sabemos: El argumento es tan viejo como Caín y Abel; si no es el falso testimonio, es la maledicencia; la murmuración sobre el vestido, el calzado, las medias o los calcetines, sobre la manera de andar, de sentarse, de pararse, de bostezar, de masticar; sobre tamaño, color y forma de pelo, ojos nariz y boca; nada se nos escapa, por más escondido que esté, la lengua ausculta al prójimo con más cuidado y empeño que, un médico, el organismo, o que, un sacerdote, el alma, y cuando nada descubre, inventa o crea, no es posible que calle, reventaría.

Cortamos y recortamos la honra del prójimo hasta dejarla tasajeada, o como criba, porque la lengua, ya puesta en acción, se porta como espada, puñal o tijeras.

¿Y qué resulta de esto? La división entre las familias; el desorden manifestado con odio y pleitos.

Dicha conducta no queda bien a quienes recibimos el bautizo de cristianos y se nos dijo; Pax tecum (la paz sea contigo).

Usad la lengua para alabar a Dios y pedirle mercedes; para consolar al prójimo en sus cuitas; para enseñar al que no sabe; para dar consejo al que yerra y para tantas otras cosas buenas. Usemos del precioso regalo de la lengua; no abusemos.

Y cuando por mala suerte, nos venga tentación de murmurar o maldecir, cerremos los labios y apretemos los dientes y, si a pesar de esto, se empeñara nuestra lengua en salirse con la suya, desde la primera ocasión apliquémosle un duro castigo; mordiéndola con todas nuestras fuerzas, sin misericordia, y, tantas cuantas veces fuere necesario. ¿Qué tanto se pierde? Más se perdió en la guerra europea y yo ni siquiera me apuro...

Además, acordémonos del antiquísimo proverbio: la lengua guarda el pesuezo, que es símbolo de una amenaza para los habladores y que, tarde o temprano, pudiera convertirse en triste realidad, quizá cuando menos lo pensemos.

Por lo que a mí toca es probable que nomás hoy hable y prefiera, por prudencia, callarme, cuando menos hasta los primeros días de mayo próximo.

Así es que con esto basta y practicad mis consejos. Aprended de mí que ni levanto falsos; ni pienso y digo mal de nadie; ni murmuro; ni critico a nadie en particular y, menos, en general.

Procuremos todos, hermanos míos, que la lengua sea siempre lo mejor y nunca, jamás, lo peor.

Si así lo hiciéreis, que la sociedad civil os lo premie. Si no, el remedio único sería que os la mocharán provisionalmente mientras se busca otro remedio un poquito más radical y eficaz que el indicado.

Vuestro Pastor (de almas).

Fray ALEJO.
Abril 12, 1926

FRAY ALEJO DEDICA ESTE SERMON
A LA MUJER
AGOSTO DE 1926

Sritas. y Sras., escuchadme:

Dice M. J. E. Stuart:—

“Si queremos que una niña crezca y adelante hasta lo más excelente que ha de ser una mujer, en dos cosas hemos de cimentarla firmemente; en la quietud del ánimo y el vigor de la voluntad”.

Ya sé que los filósofos de amplísimo criterio y los padres modernos de muy grandes tragaderas se espantarán al meditar; siquiera un segundo, sobre lo asentado por M. J. E. Stuart.

¿Cómo es posible que vaya a forjarse la mujer de nuestros días en moldes tan estrechos y tan imperfectos?

En este siglo de pirotécnicos placeres, el papel de la mujer reclama una educación con bases o principios que nunca estarán de acuerdo con las ideas de la educadora inglesa.

¿Qué quietud podrá exigirse a quienes semejan mariposas bullidoras de pintados y bellísimos colores y que sin provecho alguno vuelan de flor en flor en las praderas de la vida humana?

¿Cómo hablar de quietud en estos momentos en que todo, hasta los coches, las julias, los tranvías y las casas, se mueven al compás de un Fox-trot.

Día vendrá en que la mujer, que como abeja se consagraba a cultivar la dulcísima colmena de su hogar, sea rarísimo ejemplar buscado con ahinco por algún extravagante ricacho norteamericano para su colección de antigüedades.

Mas ni siendo así cabe el concepto de quietud porque ¿cómo podrán tenerla; si unas se divierten, otras trabajan y todas se mueven?

Y ya que tuve la feliz ocurrencia de igualarlas en méritos para hacer quedar mal a la maestra inglesa; aplaudidme las que tenéis a orgullo ser como mariposas, y dispensadme las que aún permanecéis como abejas.

Mas no pudiendo ocultar mi simpatía por unas y otras, y antes que se me ol-

vide, para manifestarla con evidencia, colócome en cruz y pido al más milagroso de lo santos que ponga algo de mariposas a las abejas y mucho de abejas a las mariposas.

¿Que mi gusto es loco? ¿Que va contra la naturaleza y la estética? Aunque vaya contra el mundo entero, con tal de que esté de acuerdo con la razón y la lógica.

Si después de considerar lo de la quietud entramos a medir y a pesar lo del "vigor de la voluntad", hagamos cuenta, ni más ni menos, que tratamos de averiguar si puede tener peras el olmo.

¿Cómo exigir a la mujer moderna que posea lo que ni los hombres tienen para tantas ocasiones en que lo necesitan?

¿Cómo pedirle a la mujer de hoy, a la reinita caprichosa del hogar, que domine su voluntad, es decir, que reflexione siempre sobre lo que quiere?

¿Ignoramos acaso que capricho es lo que se quiere sin pensar mucho, o mejor dicho nada, y que nunca irá de acuerdo con la razón y la justicia?

Y con ser esto que llevo apuntado lo real y lo más frecuente, así de la quietud como de la voluntad, no es lo razonable, ni debiera ser lo real.

La vida, hermanas mías, tiene fases de seriedad en que sujeta la naturaleza humana a las duras pruebas del trabajo y del dolor.

Considerad que si hay hombres que, ante los más arduos problemas, han carecido de la serenidad que éstos reclaman y de la constancia o firmeza de carácter que dan la fuerza triunfadora, es porque nacieron de mujeres que no llevaban "quietud en el alma y vigor en la voluntad": de mujeres que si no pudieron gobernarse a sí mismas, imposible es que hayan enseñado a sus hijos la difícil ciencia del autogobierno.

Y aunque mi lenguaje vaya oliendo a meditación cuaresmal, escuchadlo, que en un buen consejo recibido a tiempo, estriba la mejor elección de una ruta de vida.

Considerad, pues, hermanas, que la mujer que ha sido juguete de las pasiones, víctima de los más funestos desengaños, de aquellos que agostan las más doradas ilusiones y le roban sus más preciados tesoros, es porque no supo aquietar su ánimo, ni vigorizar su voluntad.

Hay algo en el mundo que es vanidad de vanidades y la mujer no debe concre-

tarse a vivir en ese rinconcillo de la vida, porque tienen que llegar los momentos en que la realidad reclame su presencia para lo que es valle de lucha y de lágrimas.

En estos casos es necesario que la mujer sea una excelente mujer, y para realizar un ideal que lleve ese temple, no hay otros moldes que los aconsejados por la educadora Stuart.

Más no os alarméis, juzgando que se pide quietud de tumba para el alma femenina. Debe entenderse aquella quietud llamada paz de los espíritus. De esa paz que resulta de hacer siempre lo que se debe, manteniéndose libre de los enredos y prejuicios de modas ridículas y de placeres peligrosos. Es la quietud que hace llamar prudentes y juiciosas a quienes la poseen.

El vigor de la voluntad ha de consistir en querer y en elegir siempre lo bueno, aunque para ello tengáis que sacrificaros y sostener terrible lucha contra los halagos de lo malo. Os lo diré de una vez; en vosotras se apoya la suerte del universo humano. Como amigas del hombre, como novias, como esposas, como hermanas, como madres y hasta como suegras y madrastras, tenéis que desempeñar un importantísimo papel en la Sociedad. Si os esforzáis por ser buenas y virtuosas, el hombre sería mejor.

Procurad, pues, hermanas mías, no dar motivo para que en el juicio final, el hombre queriendo justificarse, vaya a salir con la ocurrencia del Adán Bíblico: "Señor, la mujer tuvo la culpa".

Con mis consejos, recibid mis mejores deseos por vuestra dicha eterna y la más santa de mis bendiciones.

FRAY ALEJO.

SERMON QUE CON TODO EL RESPETO Y LA ESTIMACION
QUE MERECE, DEDICA FRAY ALEJO
A LAS MADRES DE FAMILIA
SEPTIEMBRE DE 1926

EXORDIO

Alguien me preguntaba, por qué razón había suprimido en mis sermones el estribillo: "Castigat ridendo mores".

En primer lugar diré que no es estribillo, sino una especie de postulado que define el carácter de mis prédicas. Estribillo fuera, si al terminar cada oración lo pronunciara; pero no lo hago de ese modo.

Ahora bien, Sr. curioso, suprimo lo ya citado, en mi sermón anterior, como hoy lo hago; porque no siento ganas de reír, ni de hacer reír. La serie de los asuntos que voy tratando, pide a voces que yo también esté serio.

Además, no pienso ya, como antes, en procurar la enmienda de las costumbres. Poco me interesa que el mundo se componga, o siga peor que como está. Yo cumplo la misión sacerdotal que me ha impuesto el Altísimo, predicando, y quien tenga oídos para oír la verdad, que la oiga; quien la quiera entender que la entienda; y quien amarla y seguirla, que la ame y la practique.

¿Qué culpa tengo yo, si llega a caer mi palabra en corazones y voluntades tan duras y estériles como una piedra dura?

Siempre he tenido presente aquel postulado socialista: "Renovarse o morir"; pero no soy, ni seré jamás partidario del mal humor, en el uso de mi lenguaje, y menos aún, de la tiranía de las conciencias. Esto no cuadra con el Evangelio que yo predico.

Amo la libertad del que libremente se quiere condenar y, libremente, quiere salvarse, una vez que ha conocido los caminos de la vida y la verdad.

Después de esta renovación de votos en que renuncio del mundo de la risa y de sus pompas y vanidades, así como también de todas las tiranías inventadas por Belcebú, comienzo mi sermón de ahora dedicado a las madres de familia con hijos pequeños.

Pido al Espíritu Santo, con todo el fervor de mi alma, que llene mi palabra de

la necesitada elocuencia que reclama la importancia del asunto que voy a exponeros.

Dice el Abate E. Bojo, refiriéndose a los niños: "El porvenir del mundo duerme en las cunas"

¡Oh madres, hermanas mías en Adán! ¿Habéis alguna vez meditado en esa verdad que causa tanto miedo como gozo? ¿No ha rozado vuestros corazones, con sus fatídicas alas, el ángel de la duda y de los malos presagios y, haciendo surgir de la cuna, la visión del futuro, os ha hecho temblar de pavora?

Si Eva, hubiese visto a Caín, chorreando sus manos con la sangre de Abel; si Agripina, a Nerón, recreándose con la muerte de ella misma; y si tantas madres hubiesen previsto a sus hijos, verdaderas fieras humanas que destruyeron el mundo, de seguro que horrorizadas habrían apartado sus ojos de la cuna, y su miedo no sabré decir hasta qué punto las llevaría, en su conducta, después de tan amargo desengaño. Yo creo que el fondo de los mares hubiera sido poco, en espacio, para contener sus lágrimas de amargura, y las sombras de la noche pequeñísimo velo para cubrir su vergüenza.

No sucedería así, hermanas mías, si viérais que el carísimo fruto de vuestras entrañas, era para la salvación y la gloria de las naciones. ¡Oh! entonces, el gozo inefable de vuestros corazones no hallaría lugar para caber en vuestro pecho, y estallaría en gritos de júbilo o en dulcísimos coloquios de amor.

Clamaríais a los cuatro vientos la nueva de que teníais un hijo y que era desde ahora vuestro orgullo y vuestra dicha.

Pues bien, madre de tus hijos, contempla esos ojitos llorones, esa boquita gritona y buscadora de alimentos, esas piernitas que luchan por levantarse, esas manecitas que todo quieren cogerlo, ¡Cómo está ahora callado y quieto! Duerme dulcemente. Míralo y medita; pero que no te impacientes y turben las primeras consideraciones que hice.

No carece de razón el que afirmó que, "el porvenir del mundo duerme en las cunas". Más no manches tu mente imaginándote que, en el correr de los años, vaya a ser autor de maldades esa flor de inocencia, al convertirse en fruto. Ese porvenir que hoy duerme, un día dejará la cuna y ensayará moverse por el mundo. Y entonces, permíteme que yo, el pobre Fray Alejo, tranquilice tu conciencia de madre, diciéndote: Cuando el porvenir del mundo abandone la cuna, no hará lo que el pájaro que deja nido y padres y va a la ventura para nunca volver, sino que,

poco a poco irá despertando en tus manos, pidiendo que tú lo prepares y conduzcas a su destino de hombre o de mujer completos.

Eres tú madre, de cualquier patria que sea, la que cultivas en los hogares la dicha y la gloria de los pueblos.

Por eso mientras velas, como ángel de la guarda, el sueño de tu hijito, fórmate un ideal de grandeza y de felicidad. Piensa en tu Patria y en Dios para que puedas fácilmente hallar la inspiración que necesitas. Y una vez que hayas forjado ese ideal en tu mente, trabaja incansable en la nobilísima tarea de realizarlo.

Es mentira, en nuestros tiempos, lo que afirma aquel aforismo: "Natural y figura. . ." La figura quizá pueda permanecer, pero lo que llamamos natural o carácter, es modificable. Un obispo, citado por Samuel Smiles, ha dicho: "Los pequeños corazones y los grandes cerebros son producidos por diversas maneras de educación".

Ella, la educación, puede efectuar grandes conquistas, admirables transformaciones.

Mas no vayas a esperar que haga todo la escuela. Ella sin tí, casi nada hace. Siémbrense en ella ideas, sentimientos y virtudes, y te corresponde a tí la ineludible tarea de dirigir el corazón de tus hijos: de velar el cultivo de sus virtudes.

Es mentira que la escuela sin tí, puede hacerlo todo. Y para no dejar dudas sobre la exposición de verdad tan importante, réstame decirte: que si no te propones ayudar en la educación, en más de cien veces, inconscientemente, la estorbas. Madres hay que con la facilidad con que un rayo desgaja un árbol, desgajan ellas la obra de los buenos hábitos que nosotros queremos cimentar en los niños. ¡Y cuántas hay que también dejan morir, por falta de cultivo, la buena semilla que con tantos afanes sembramos en los corazones de sus hijos!

Si piensas, madre, que tu obligación consiste en darle, únicamente, a tu hijito, comida, vestidos y mimos rebosantes de cariño, te equivocas. Tú deber ser colaboradora eficaz de la escuela.

Utiliza, pues, para cumplir tu sagrado deber, cuantos recursos tengas a la mano, empezando por el del amor. Si de veras amas a tu hijo, procura ser oportuna en tus amores. Bueno está que en los primeros años sea como dice Castelar: "Dios te ha enviado junto a la cuna para que al abrir los ojos, oculten las alas de tu amor la obscuridad del horizonte en que vamos a batallar para conquistarnos la muerte".

Más, luego que se avecina esa lucha inevitable, y que hay que ensayar nuestras fuerzas de combate, como el ave sus primeros vuelos, tú debes ser previsora y ejercitarlo en las disciplinas de la existencia, para que más tarde no fracase. Hazle sentir las durezas del deber. Enséñale, también, a caminar por las espinas y a trepar por las empinadas cuestas de la vida, para que pueda llegar al pináculo del triunfo y de la dicha. ¡Oh, qué maestro y qué predicador podrían contar con la fuerza que tú tienes para convencer a tus hijos! El encanto de tus miradas es capaz de fascinarlos. Las lágrimas de tus ojos funden hasta las más endurecidas voluntades. La ternura de tus besos y de tus abrazos, son la más elocuente palabra.

Madre, no lo olvides: mientras velas el sueño de tus hijitos, piensa que "el porvenir del mundo duerme en las cunas", que va a despertar en tus manos para que lo dirijas, y que es a tí a quien habrán de bendecir los pueblos de todas las edades, porque eres fuente de donde brotan las vidas que han de dar honor y gloria a las naciones.

¡Que así sea por los siglos de los siglos!

Fray ALEJO

FRAY ALEJO DEDICA ESTE SERMON A LOS NIÑOS
QUE SON PARTE PREDILECTA DEL REBAÑO QUE DIOS
HA PUESTO A SU ENCARGO.
NOVIEMBRE DE 1926

Hijitos míos:

Dice la sagrada Escritura: "De la abundancia del corazón habla la boca".

Cierto día que pasé no lejos de un grupo de niños que jugaban en la calle, cerca de una arboleda, sentí amarguísima tristeza, porque me hicieron recordar esa sentencia bíblica, y lamentar, con lágrimas en los ojos, el enorme fracaso, la tremenda desilusión del que ha sembrado buena semilla, y en lugar de ver, en las primeras briznas, asomarse las plantitas que prometen riquísima cosecha, vé salir, ufana y altanera, la intrusa hierba maléfica que roba los jugos de la tierra, y agosta, con los aguardados brotes, sus más dulces esperanzas.

No acerté a saber por qué, pero discutían acaloradamente— casi es seguro que asuntos de muchachos—, y unas veces al unísono y otras en armonioso coro, profirían maldiciones de todas especies, clases y tamaños.

Al oír ésto, dos urracas que charlaban sobre temas del otoño, escandalizados, volaron a buscar un ambiente puro y saludable.

Dos viejecitas que curzaban la calle, santiguáronese llenas de horror, creyendo sin duda que aquello era un conciliábulo y, según indiscreción de ellas mismas, al llegar a su casa, prendieron una vela a no sé que santo de su devoción, para pedirle, tesoneras, que no se repitan los diabólicos sucesos de por aquel lugar.

Ya os hemos dicho, hijitos míos, en la Escuela y en el Templo: que las malas palabras encierran ideas malas: son imagen de pecados horrorosos, de sórdidos sentimientos, de malevolencia sin nombre.

Además, sabéis también, que el hombre no es malo precisamente por lo que piensa, sino por lo que ama y quiere de lo pensado. Así es que cuando vosotros, manifestando una pasión, usáis maldiciones, es porque amantes, las guardáis en el corazón, como se tiene el parque, como un tesoro de maldad, para emplearlo en la primera vez que se ofrezca.

Vuestros labios, en esta desdichada ocasión han venido a demostrarme la triste verdad que encierra la ya citada sentencia bíblica.

Yo pido al cielo, mis amados niños, que no siga sucediendo así.

Llenad vuestra mente con ideas de bien y de virtud; procurad que éstas, como semillas, alimenten sus raíces en vuestro corazón, y sea vuestra palabra a manera de imagen de ese bien que cultiváis y atesoráis; o como fragancia exquisita del riquísimo huerto de vuestras almas.

Aún cuando recibierais daño, sed como rosa de la fábula; perfumad con vuestra fragancia la mano que os corta y estruja, la planta que os pisa y marchita. De esta manera la boca dará siempre la feliz noticia de la benevolencia que atesora vuestra alma.

¡Oh! entonces, qué bien sabrá clamar con un grito que se oiga de un Polo al otro Polo: "De la abundancia del corazón habla la boca".

No sé quién dijo, poco más o menos, lo siguiente: "los niños son esperanza risueña de gloria que vé la Patria brillar en su cielo".

¿Alcanzáis a comprender la certeza de este bellissimo pensamiento?

¿Verdad que lo véis con claridad meridiana?

Entonces, ¿por qué eclipsáis los ojos de una madre amantísima, la Patria con lágrimas de amargo desengaño?

¿Por qué apagáis, con erupciones de tiniebla el brillo que ella anhela ver en nosotros?

¡Oh! sed siempre buenos, y en todas las manifestaciones de vuestra conducta, "sed esperanza risueña de gloria que vé la Patria brillar en su cielo".

Así lo desea y lo pide al Ser Supremo, por los siglos de los siglos, vuestro amantísimo pastor.

Fray ALEJO
Noviembre de 1926.

FRAY ALEJO DEDICA ESTE SERMON A QUIENES USAN
LA LENGUA PARA HACERLE DAÑO A SU PROJIMO
DICIEMBRE DE 1926

Castigat ridendo mores.
SANTEUL

¡Ay! Hermanos míos. . .!

Dispensadme que comience con una queja, porque no puedo ocultaros que durante mi labor de sacerdote hay asuntos y problemas que me veo precisado a tratar y resolver, los cuales son tan penosos y deplorables que, antes que las ideas del cerebro, me sacan una queja de lo más hondo del corazón.

Una cliente mía —quien sabe si sea mejor llamarla feligresa—, vino a pedirme consejo; de cómo haría para librarse de la mala lengua de su comadre que, según supo ella en casa de una tía política suya, habíale hecho tales ausencias que le dejó vestido, cuerpo y alma, como se dice vulgarmente, de la basura.

¡Ay!, me decía la pobre lesionada, quemándose de cólrea y saboreando las amargas lágrimas que destilaban de sus ojos: “Si yo estuviera cerca de ella y Ud. me autorizara con algún consejo evangélico, se la mochaba provisionalmente con el cuchillo de la cocina; se la quemaba con un grueso tizón del hogar o cuando menos le apretaba el cuello hasta que la sacara toda (la lengua), y luego, después de atársela con un mecate, la amarraría del carretón de la basura. . . ¡Qué horror! ¡Qué horror!; exclamé cuando ella concluyó la trágica narración de sus vengativos deseos.

Y cuando me hube repuesto de la horrible impresión que tales palabras me produjeron le dije:

Calma, calma, hermana mía, Cristo ordena que perdonemos y ésto lo ha enseñado con palabras y con ejemplos.

Mire Ud.: a El le desgarraron el cuerpo hasta dejárselo todo llagado; y la lengua de sus enemigos no solo se concretó a escupirle en el rostro, sino que lo insultó y lo calumnió, y El a todo respondía con obras buenas y con dulcísimas palabras de perdón.

¡No,—me dijo decepcionada la señora—; esa doctrina es muy dura y creo que no me sirve para darle la vuelta al mundo, porque no me siento con pellejo de mártir.

Mire Ud. continuó diciéndome—, que esa talísima de mi comadre es de este color, y tiene este sabor, y pesa tanto, y se soltó contándome la vida y los milagros de su comadrita con todos sus pelos y señales.

¡Ay! hermanos míos, hagan Uds. cuenta que, me había llovido pedrisco en la cabeza. Me dejó la Sra., los sesos, en revolución, con la biografía trágica de la tal comadrita.

Bueno, le dijo, cuando se calló: vaya Ud. en paz y ruegue por mí.

No comprendo—me replicó—, por qué si le pido una receta de conducta, me resulta con la paz mía y el encargo de rogar por Ud.

Sí, señora, por que venía con ímpetus guerreros y ahora debe irse en paz; y como el alboroto de su lengua me dejó en malísima condición la cabeza, necesito que hoy mismo también ruegue Ud. a Dios para que no vaya a brotarme lo que me ha dicho en granos ulcerosos.

Más, ya que parece empeñarse en oír mis consejos, la despacharé con aquel Libro Bíblico cuyo autor fué Jesús, hijo de Sirac (o Sirácides) sapientísimo e inspirado profeta de Alejandría del siglo II a. J.

Pues, bien, en el Cap. XXVIII versículo 28 está la receta que me pide. Dice así: “Haz de espinas una cerca a tus orejas y no des oídos a la mala lengua, y pon puerta y candado a tu boca”.

Y además de esta cita para Ud., que posee la misma enfermedad de su comadre, tiene también en el mismo Cap., el versículo 29 que dice: “Funde tu oro y tu plata y haz de ellos una balanza para tus palabras y un freno bien ajustado a tu boca”.

¡Pero. . . éso dice el tal Libro?

Sí, señora, véalo y léalo con sus propios ojos, le dije, mostrándole el referido Capítulo.

¡Ay; pero cómo ha de ser así. . .! ¡Nada contra ella y todo para mí! ¡Nomás eso me faltaba! Bonita figura voy a hacer yo, por esos mundos de Dios con las orejas convertidas en nopal y con puertas y candado en la lengua. No, eso es imposible; es antiestético. ¡Qué diría mi comadre cuando me viera así!

Ud. no me ha comprendido; yo quiero el remedio para ella.

¡Vaya! ¡Vaya!. No tome eso al pie de la letra, está en sentido figurado lo que ha leído.

Lo de la cerca significa que Ud. se defienda de oír cuentos, que no consienta escuchar algo desagradable que dijeron manganita o sutanita, de Ud. que huya de los cuentistas y chismosos y que aprenda a callarse y no se suelte como lo ha hecho aquí conmigo contándome la biografía de su comadre, desgarrándole en su honra como, según le avisaron a Ud., lo hizo ella.

Con respecto a lo de la balanza y lo del freno, significa que pesemos siempre, meditando lo que queramos decir, y contengamos nuestros ímpetus pasionales, porque según el Rey Sabio: "Quién guarda su boca, guarda su alma; pero el considerado en hablar, sentirá los perjuicios".

Y ahora sí: "Vade in pace".

Y se mudó de mi presencia, según comprendí yo rumiando las tristes y duras; pero saludables enseñanzas que había escuchado.

¡Ay! hermanos míos! y pensar que ésto es lo común entre tantas gentes. . .!

Así se vive en muchas regiones de este desdichado globo terrestre, y no será difícil que en Marte, Júpiter y Saturno, esté sucediendo exactamente lo mismo.

La lengua, en vez de servir para buenas obras y cantarle alabanzas al Señor, la usamos para recortar, murmurar, difamar, mentir, calumniar, maldecir, etc. etc. etc.

No puedo menos de aconsejaros que no olvidés las importantes enseñanzas que se desprenden de este sermón y que, diariamente al acostaros y al levantaros, y antes y después de las comidas, meditéis en la filosofía de las citadas recetas.

Pero muy particularmente yo os recomiendo con todo empeño que, cuando os venga la tentación de usar mal vuestra lengua, le digáis al Supremo Hacedor aquellas palabras del Profeta David: "Pon, Señor, una guarda en mi boca, y un candado que cierre enteramente mis labios".

Si de esta manera lo hiciéreis, estad seguros de que el mundo se arreglará en 24 horas y cesará la guerra que, por extravíos de la lengua, trae al mundo enloquecido, y la paz reinará en todos los hogares.

Este sería el mejor, el más sabroso fruto de las prédicas de este pobre fraile

que hoy se despide para siempre de vosotros y por última vez se complace en obsequiaros la más sincera de sus bendiciones.

Fray ALEJO.

SERMON SOBRE "LA MUJER Y EL IDEAL DE LA MORALIDAD"

JULIO 1929

La mujer es la base de la familia. El molde, un molde que debemos conservar puro. La Madre. La Patria.

Palabras tomadas de un mundano libro de Julio Sesto.

Amados oyentes míos:

Entre los ideales humanos debe existir el de la moralidad.

Consiste en el mayor grado de perfección alcanzado en las costumbres de los individuos y la sociedad civil.

Los principios y reglas que rigen esas costumbres no han sido obra del capricho de los hombres, son verdades inmutables que constituyen "la ciencia del vivir bien," reconocidas, explicadas y recomendadas por moralistas y sociólogos y exigidas y sancionadas por legisladores.

De esta manera es posible conseguir, en gran parte, que reinen el orden, la paz y el bienestar de la sociedad civil.

Nuestra aspiración suprema es, pues, que abunden en mayor número los buenos, los justos y los virtuosos.

Esta es la suspirada perfección humana de las costumbres.

No hay para que detenernos en pormenores de esa moralidad, porque lo sabemos todos: sus principios y reglas informan o debieran informar nuestra conciencia en todos los actos de la vida.

Y no vaya a pensarse que se trata de una de esas verdades accidentales, cuya existencia nos es indiferente. No; se trata de una verdad necesaria. Los pueblos más civilizados en ciencias y en artes han caído para jamás levantarse, por ausencia de la moral.

Tanto la calidad de las unidades sociales, como la firme cohesión que las une para formar un conglomerado, tienen que ir en razón directa de su moralidad.

Entre los factores principalísimos para obtener la ya tantas veces mencionada moralidad, existe la poderosa e innegable influencia que la mujer ejerce.

Ella, en los papeles que el destino le ha deparado en la gran comedia humana, debe ser gran artista; si no quiere poner en peligro de fracaso el éxito de la civilización y el progreso de los pueblos.

Como hija, como esposa, como madre tiene en su cerebro y en su corazón el porvenir del mundo.

Más, para que llegue a estas alturas urge que en el concepto de ella misma y del hombre, encarne la filosofía cristiana que fué quien la hizo princesa y reina de los hogares, y á quien se debe también el respeto y la veneración que se le guardan.

Es indiscutible que la mujer forja dentro de su cuerpo y su alma la raza de las naciones; que es la base de la familia y el molde de su carácter.

Por estas razones es menester dignificar a la mujer, pues de otra manera sería imposible dignificar a la sociedad. Y no hay forma alguna de dignificación que no estribe en el grado de su moralidad.

La mujer debe ser fuente de bondad, de ternura, y de todo aquello, en fin, que sea riqueza moral de las almas.

Con afán que supere al que hoy pone en buscar atavíos que adornen el exterior de su persona, para agradar a los hombres necios que la solicitan, así debe ser el afán empleado en la búsqueda del ideal de perfecciones.

Todo lo demás solo puede reputarse como vanidad de vanidades que halagan el placer fugaz de los hombres: lo seguro, lo único que vale ante Dios y ante ellos, no es la hermosura pasajera, que carcomen el tiempo y los gusanos, sino la belleza de un ideal moral que atraviese el tiempo sin gastarse con el roce de los siglos, y las vuelva dignas y merecedoras de respeto, de estimación y del aplauso universal.

SERMON SOBRE LA LLAMADA FIESTA DE LA RAZA
OCTUBRE—NOVIEMBRE DE 1929

Amados oyentes míos:

Los gloriosos acontecimientos históricos, mientras más se alejan de la fecha en que sucedieron, parece que van cobrando fulgores más vivos.

¿Es que las generaciones como los niños, necesitan crecer en edad y en sabiduría para poder justificar el valor de las acciones de sus semejantes?

¿Es que los soles de la gloria en su ascenso a la eternidad brillan más, porque van haciéndose tan viejos como Dios que los inspiró? Quizá pudiera ser esto solamente, hermanos míos, más también podríamos asegurar que las pasiones humanas como las brumas y las nieblas son capaces de oscurecer el sol y las estrellas. Empero el tiempo, filósofo de oficio, disipa, en el cielo de la vida, con su paciencia eterna, con su experiencia de juez infalible, miseria por miseria y va colocando en su lugar una atmósfera diáfana, —la justicia—, que deja ver las obras tal como fueron en su primera y real intención.

Y es entonces cuando nomás los espíritus obstinados en cerrar los ojos de la razón, en maniatar sus voluntades y en uncirlas al fatídico carro de la injusticia y la ingratitud, se atreven a negar que es glorioso lo que los siglos han confirmado como glorioso. Solo ellos, los sofistas y amadores de la tiniebla, se rebelan contra la verdad, combatiéndola inútilmente, pues la mentira siempre ha caído y caerá para no levantarse jamás en esa tumba miserable, la tierra, mientras la verdad vive por los siglos de los siglos esplendorosa como un sol, por que es hija de Dios y eterna como El.

Hoy, hermanos míos, después de cuatro siglos y treinta y siete años, —con este criterio histórico por norma—, todos los pueblos que fueron sustentados, desde su infancia, con la cultura hispana, y entre ellos nuestro México, reconocemos la gloria de España.

Y justos y agradecidos vemos en Cristóbal Colón a uno de esos superhombres con que la Providencia suele regalar de cuando en cuando a la humanidad y a la historia.

Más, para cantar como merece la hazaña del 12 de octubre de 1492 y la gloria que a España corresponde, no encontré palabras más afinadas y de mejor calidad que las dichas en memorable ocasión por el cultísimo Obispo Chileno Monseñor Jara:

“...novilísima nación hispana, madre fecunda de santos y de sabios, cuna de intrépidos conquistadores y de invictos capitanes, jardín inagotable de artistas y poetas, arsenal de genios para las ciencias y las letras, álzate ufana a recoger el tributo debido a tus acciones heroicas y a tus ingentes sacrificios.

Por que has dado a luz un mundo, tu sangre, tu religión y tu lengua, vivirá en tus descendientes y no habrá fuerza capaz de romper esa triple cadena que mantiene unido a tus entrañas el continente americano”.

¿Qué más podrían agregar nuestro agradecimiento, nuestra justicia y nuestro amor en alabanza de España por la magna empresa cultural que realizó en los pueblos de América?

¿Qué podrían restarle de esa gloria, sin rebajarse a sí mismos y pasar por canallas y mendaces, los enemigos de esta raza de genios de la virtud, del valor, de la ciencia y del arte?

Nada habrá que engrandezca lo que ya es grande; pero tampoco nada habrá que pueda envilecer lo glorioso y lo sublime de verdad.

Hoy, amados hermanos míos, en este día de feliz recordación, ufanémonos de ser descendientes por sangre y por cultura de Madre tan gloriosa.

Movamos las voluntades hasta juntar nuestros anhelos en un poderoso núcleo de naciones para que no sea sueño vano sino realidad hermosísima la existencia de la América Española. Conservemos incólume el tesoro de nuestra lengua tan rica como bella y los fundamentos de nuestra cultura cristiana en la más poética y eficaz de sus formas: el catolicismo, que ha sido fuente de nuestra moralidad y de las más heroicas acciones.

¡Dejad para nietos desnaturalizados e ingratos la innoble tarea de enmudecer en este día ó de renegar de su Abuela, cambiando los sellos atávicos de su alma por la marca infamante de transtugas envilecidos!

Desde lo más hondo de nuestras almas, para desahogo de nuestros corazones amantes, agradecidos y nobles, clamemos así:

¡Looz eterno a la heroica y gloriosa España!

¡Amor sincero y gratitud inmensa para esa Madre cuya cultura hemos heredado y cultivaremos sin abdicaciones traidoras.

SERMON DE FIN DE AÑO
DICIEMBRE DE 1929

Hermanos míos:

Nada puede entristecernos el alma como la muerte de un año. Y no por otra cosa sino porque es la época de "los balances interiores".

Después de pesar y calificar las obras que emprendimos y realizamos durante los doce meses, venimos a caer en la desconsoladora cuenta de que dejamos sin verificar muchas cosas, por pura indolencia; de que hay siempre quien no supere; de que lo malo es más que lo bueno; de que hicimos daños si no irreparables, si de reparación, que dura hasta la eternidad.

Pasando ahora de lo general a lo particular, encontramos que de esto que llevo dicho han de lamentarse los niños, los jóvenes, los hombres y los ancianos. Pues cada uno tiene un programa de acción que está de acuerdo con sus necesidades, con los ideales de perfeccionamiento y hasta con sus propias energías. Y lejos de estimularnos unos a otros para subir la empinada cuesta de la educación y del cumplimiento de nuestros deberes parece que nos estorbamos, en no pocas veces perdemos la ruta y reaccionamos.

He aquí los problemas que nos preocupan: ¿Cómo aumentar el número de placeres para embriagar nuestra existencia? ¿Cómo ganar más dinero para comprarlos? ¿Cómo tener más poder para dominar y humillar a nuestros hermanos?

Y van muriendo los años uno tras otro y cada balance nos resulta con un Capital Líquido de puras vanidades. De esas que un día, esfumará la muerte y que para nada nos sirven allá en la vida eterna.

Y no vayáis a suponer que dejo excluidos de vanidad a los que cree haber hecho todo con solo creer y rezar; pues ya lo dijo Cristo: No el que me grite: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre.

Y si quisiérais saber cuál es ella, poned los oídos en las palabras que dirá a los buenos en "el último día": "Venid benditos de mi padre a gozar el cielo; porque distéis de comer al hambriento; de beber al que tuvo sed; y que vestir al desnudo."

¿Lo habéis comprendido?...; y hay hombres, y sedes y desnudeces no solo de cuerpos, sino también, y lo que es peor, ¡de almas!

Hemos pues venido al mundo para amar al prójimo, haciéndole todo el bien

que podamos. He aquí la única moneda con la cual habremos de conquistar la satisfacción de nuestras conciencias y la felicidad suprema.

¡Dichosos de los que han practicado la justicia conformándose con gozar los derechos que tienen y con cumplir los deberes que les corresponden!

¡Dichosos de los que han tolerado y perdonado las flaquezas de su prójimo!

¡Dichosos de los que no han despreciado y ofendido a los pobres! ¡Dichosos de los que han aliviado miserias morales y físicas!

Dichosos de los que no han hecho daño alguno en la honra ajena!!

¡Dichosos, en fin, de los que no han dejado pasar la oportunidad de hacer un beneficio y de trabajar por su propia cultura!

Y no por otra cosa, hermanos míos, sino por que al hacer "el balance de sus conciencias", en el último día de 1929, pueden acallar las voces de sus remordimientos y de sus anhelos con un considerable Capital Líquido de buenas y meritorias obras.

"ACUERDATE, HOMBRE, QUE POLVO ERES
Y EN POLVO TE HAS DE CONVERTIR".

MARZO DE 1930

Amados lectores:

Quien mire con curiosidad, despojado de prejuicios, algunas de las ceremonias religiosas, podrá encontrar en ellas un simbolismo digno de estudiarse. Un simbolismo que lleva, en su lógica, filosofía de la vida y sus destinos.

Es tiempo cuaresmal, de meditación y recogimiento para los que tenemos el cristianismo enraizado en nuestras ideas y en nuestros corazones.

Voy a referirme al llamado Miércoles de Ceniza. Consiste la ceremonia en ponerles ceniza a los fieles sobre la cabeza, diciéndoles al mismo tiempo: "*Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir*".

Y se hincan en el polvo los Príncipes de la Iglesia y los Reyes y Magnates Católicos, y piensan en el polvo del presente y el polvo del porvenir. Y meditan lo mismo el rico y el pobre, el sabio y el ignorante.

Caen la ceniza y las ideas de esas palabras: sobre las cabezas jóvenes llenas de ilusiones y sobre las nevadas cabezas de los ancianos llenos de recuerdos y de ruinas. Reciben también ese bautizo de filosofía cristiana, la fea y la hermosa, la orgullosa y la humilde.

El polvo es la nada del ser viviente. De esa nada se llega a la vida, y a esa nada se vuelve con la muerte. Todo es accidente pasajero: Si eres rico, un día dejarás esas riquezas como carga inútil, que estorba para bajar tranquilo a la tumba o para subir triunfante al cielo; si eres hermoso, te marchitarás tan pronto como la rama o la flor tronchada de los tallos y quedarás reducido a polvo, a miseria; si eres sabio ni por eso dejarás de pasar el momento inevitable en que se apague la luz de tu cerebro; si eres gobernante ¿qué podrás hacer ya sin vida, sin fuerzas, aprisionado en los brazos de la muerte y cogido en las fauces de la tierra; si eres obrero, tus músculos creadores de riqueza quedarán abandonados y en ruina ¿desechos de herramienta destruída!

Poco importa que creas poco y que niegues mucho. Tu orgullo y tu osadía concluyen en un sepulcro.

Sin embargo, hay algo que no se convierte en polvo: las obras buenas o malas de los hombres.

Estos continúan viviendo en sus ideas, en sus instituciones y en sus monumentos.

Las ideas y las obras pueden muy bien clasificarse en las que llevan al polvo, a la miseria y a la ruina, y las que construyen y conducen a la vida y a la gloria.

"Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir".

Requíerese esta voz de alerta para detener en su carrera torpe y loca al que piensa y opera con vanidades y orgullos; al que vive embriagado con placeres fugaces; al que presume que todo lo puede o lo domina con el dinero, la sabiduría y el poder. Nada es eterno, sino mudable: las obras materiales de este mundo están en las manos traidoras de la fortuna y de la muerte.

Despierta, hombre, no te olvides de que no has venido aquí para conquistar miseria y polvo, sino gloria y honores.

Morir así nomás: como el perro, la mosca, o la yerba del campo, es punto final poco digno de la prosapia humana, la cual tienen en su especie algo que la distingue de todos los seres: un alma que piensa y quiere, capaz de ser buena, justa, sabia y feliz.

Las simbólicas palabras no quieren decir que todo en tí es polvo; se refieren solo a tu cuerpo y a lo que en la tierra muere con tu organismo.

Significa, en fin, que no debes engreírte con lo extinguido, sino con aquello destinado a vivir eternamente.

Sírvete de la misma materia para subir a la eternidad y al misterio, glorioso y triunfador.

SERMON SOBRE EL DIA DEL MAESTRO
MAYO DE 1930

Amados hermanos:

Al comienzo de estas palabras llega a mi mente la idea de que van a señalarse quizá como lo único dicho sobre un tema tan olvidado, tal vez estéril para la meditación, la simpatía, la gratitud y hasta para la compasión del mayor número de los hombres.

Y no es que yo desconozca los merecimientos del maestro. Pienso con el común de las gentes que se trata de una entidad necesaria; que contraemos una deuda con cada uno de los que nos han llevado por los diversos grados de la enseñanza: la primaria, la secundaria y la profesional.

Pero también juzgo con muchos, la mayor parte, que el maestro es un simple obrero que vende sus esfuerzos por el precio convenido; pudiera considerarse, en grado un poco más alto, a manera de vulgar comerciante que nos vende su ciencia al precio más barato.

Y en esto último creo que vamos con la civilización; pues los adelantos de ésta deben conducirnos al abaratamiento de los artículos de primera necesidad y eso sí considero que la ciencia del maestro, si no queremos rebajarla más, hemos de coleccionarla entre ellos.

Ya me parece oír por ahí voces de protesta que aseguran: que es un sembrador de ideas y virtudes; el sacerdote del templo de Minerva; el apóstol del saber; el modelador de espíritus; el primero y más grande de los ciudadanos y el ser humano a quien debemos después de nuestros padres, respeto, veneración, amor, etc., etc., ;Cosas que no pueden valorizarse con la vileza del metal! Sin embargo la realidad prueba que en el alma de esas frases gastadas y descoloridas solo hay una pobreísima ilusión.

Y... cuando al mejor maestro se le befó, se le martirizó y finalmente se le crucificó en el calvario y ni muerto y resucitado y ausente durante ya veinte siglos se deja de perseguirlo para matarlo de nuevo, pienso yo que más afortunados vamos siendo nosotros cuando siquiera alcanzamos la gracia de ser olvidados!

Y no vaya a suponerse que entre la siembra de virtudes, deseudamos la gratitud.

Hemos enseñado a reconocer deudas del corazón para los padres, para los her-

manos y para los semejantes: pero para nosotros nada les decimos porque no queremos arrebatarle el deber y el derecho de la palabra al padre, a la madre, al periodista, al gobierno y a los beneficios con criterio formado en el espíritu de justicia.

Porque sería ridículo y chocante que un maestro fuera a decirle a cada discípulo: estíname, respétame y quíereme, pues yo sacrifico o sacrificué mi salud y mis energías mentales en instruirte y educarte.

Estas ideas no son una queja, —mucho menos un desahogo—, pues yo faltaría a la justicia si acusara de ingratas a las generaciones de discípulos que han pasado por mis cuidados.

Con unos cuantos alumnos y otros tantos padres de familia que se han acordado de mí y que no se avergüenzan de saludarme siquiera, he sentido que se llena mi alma de contento.

Más sobre todo me satisface enormemente ver a quienes fueron mis discípulos laborando en los talleres una buena parte de ellos, de comerciantes a otros, de oficinistas, doctores y abogados a algunos, y a un buen número de maestros y militares.

Todos ellos, —muchos ya,— son buenos, honrados e inteligentes; los hay muy ricos y felices.

Cada uno es orgullo mío, de sus padres y de la Patria.

Esto me basta.

Maestro, buen compañero mío, las primeras consideraciones que sobre este tema hice no tienen valor alguno. Son humanas, comunes, y por lo mismo si no mucho, algo mezquinas.

Nuestra victoria estriba en redimir como el Divino Rabí.

Las espigas de trigo con su dorada y abundosa carga no saben agradecer los sudores del labriego; pero sirven para quitar el hambre de la humanidad.

Los sacrificios del labrador que queden sin justo pago, Dios los premiará con creces.

Y así tendrá el maestro no un día, sino tres días gloriosos: el meritisimo día en

que abnegado se sacrifica; el dichoso día en que goza contemplando los frutos de bien, de virtud y sabiduría que produzcan sus discípulos; y el día triunfal en que Dios premie sus virtudes pedagógicas con el descanso eterno y la eterna satisfacción del deber cumplido.

Fray ALEJO
Marzo 16 de 1930.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON SOBRE "LA GENTE DE DOS CARAS"

JUNIO DE 1930

Muchos y variados aspectos puede tener el tema que con el favor de Dios deseo trataros; más hoy quiero hacer hincapié en uno solo de ellos; el de quienes llamándose amigos se conducen delante de nosotros con manifestaciones, si no de cariño cuando menos de respeto, de estimación y de simpatía; pero que en ausencia nuestra hablan como sienten realmente, descubriendo la otra faz, la que por una feliz casualidad (de las paredes indiscretas) llegamos a conocerlos en día de sabor amargo, de cruel desilusión y fatal desencanto.

Cuando no damos motivo para ser víctimas de tal proceder y si habíamos fincado en nuestro corazón un edificio de reciprocidad, respeto, cariño, y consideraciones sinceras, no hay palabra capaz de describir exactamente el terrible efecto que nos causa la traición de quien se atreviera a llamarse nuestro amigo con vocablos y con hechos que mentirían.

¡Digno de desprecio, más que de lástima es el hombre que tan cobardemente se conduce!

No se sienta la mujer, si digo que esto que para mí es el más asequeroso de los defectos hay quien asegure que en ella suelen verse con más frecuencia que entre los hombres acostumbrados a tomarse las verdades cara a cara.

Y para definirlo con lujo de detalles, agregan que la mujer es más propensa a hipocresía por que lo es a la envidia, a la mentira, a la murmuración, a la maledicencia y al chisme y para operar mejor requiere parapetos, trincheras, etc.

Fray Alejo se vuelve contra quienes hayan soltado esta aserción y sostiene que si se trata de una mujer fina y educada a la cual se hayan quitado esas asperezas y fealdades con hábitos de orden, de paz, de justicia, de beneyolencia, de discreción, de temura, de piedad religiosa y de laboriosidad, ni peligro hay de que vaya a usar careta tan horrible, tan antiestética como la del hipócrita.

Sea hombre o sea mujer, que todos podemos delinquir, la verdad es que con el estigma de hipócritas son dignos de lástima o desprecio, porque acontece una baja escandalosa en valores morales; pues cuidado cuando en plaza resultan falsos los metales y adulteradas las mercancías.

No ha de faltar quien me diga: ¿Por qué nos salió hoy con este sermoncito?

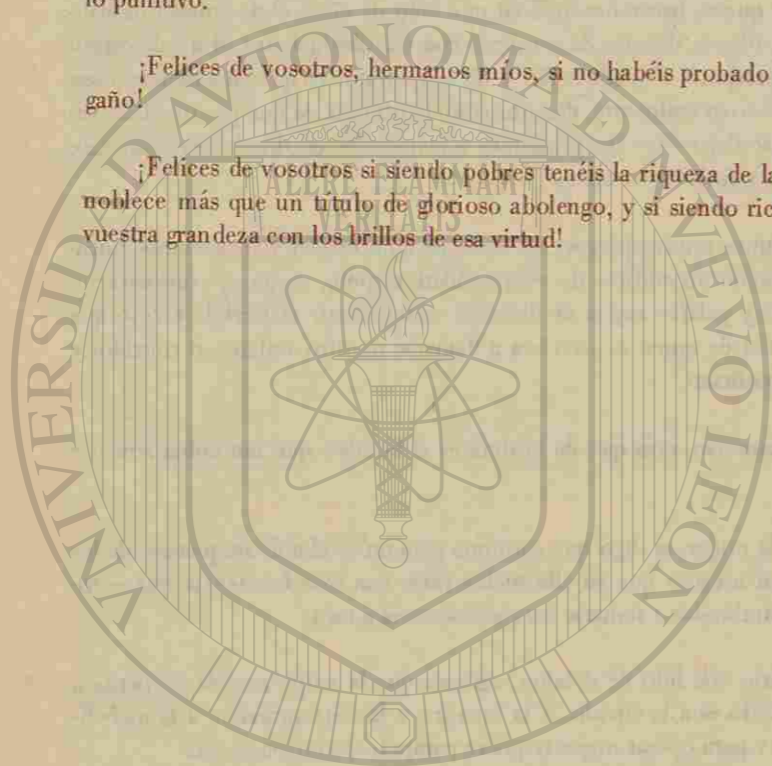
Por nada. Me sucedió lo que a la mayor parte de mis colegas los curas o pasto-

res: que dicen cosas que a veces sirven para el presente; pero que casi siempre han de guardarse en el botiquín del alma para usarlas cuando sea oportuno.

La verdad es que en la disciplina de los espíritus, lo preventivo es preferible a lo punitivo.

¡Felices de vosotros, hermanos míos, si no habéis probado la hiel de un desengaño!

¡Felices de vosotros si siendo pobres tenéis la riqueza de la sinceridad que ennoblece más que un título de glorioso abolengo, y si siendo ricos podéis aquilatar vuestra grandeza con los brillos de esa virtud!



¡SERMON SOBRE EL ESPÍRITU DE JUSTICIA
AGOSTO DE 1930

Me decía el otro día un feligrés mío: Estoy en una confusión terrible porque leí la parábola del rey justo y, siendo cristiano, simpatizó con el personaje que fue premiado porque hizo bien a quien lo había favorecido y lo negó a quien se lo había negado.

Imagínese usted, continuó diciendo: ¿cómo va quedar la balanza en el debido nivel, si el peso de un mal se compensa con un bien en la teoría cristiana?

Nuestra naturaleza le encuentra sabor agradable a la venganza y no es otra cosa que venganza lo que hacemos cuando al que nos daña con la negación de un favor le dañamos con otra negación.

Es la misma vieja teoría de mal por mal y bien por bien.

Dura ley, sacrificio enorme de nuestro yo es lo que significa dejar de hacer mal a quien nos lo hizo y más enorme aún el de hacerle bien cuando merece mal.

Sin embargo no acertamos a comprender lo que tiene de bello el heroísmo de Cristo que perdona a quienes le crucificaron y hace bien a quien le ofende. Esa conducta imitada por no pocos se sale de lo vulgar. No repugna más que a los seres depravados.

Más para tener la fuerza requerida en tan difícil empresa es menester no ser cristiano en la epidermis, sino hasta la médula de los huesos.

Si usted no quiere llevar en su corazón un remordimiento lo mejor es que no haga daño a nadie cuando no necesita y que haga bien siempre que pueda.

Porque Dios bendice a quien sacrifica su egoísmo en provecho del prójimo y lo premia con la eterna felicidad.

Y conste que le hablo de esta manera porque usted comenzó titulándose cristiano.

Si me hubiera dicho que era cafre u hotentote desde luego le hubier dicho que se dejara de teorías tontas y practicara la del tigre que devora sin perdón guiándose por sanguinarios instintos.

Dichoso de usted que se preocupa por la posesión del espíritu de justicia, se conoce que hay honradez en su alma y nobleza en su corazón.

SERMON SOBRE EL RESPETO Y LA GRATITUD PARA LOS MAESTROS
SEPTIEMBRE DE 1930

Siempre nos ha entristecido, a nosotros los frailes, ver cómo se trata a los educadores, muy a pesar de nuestras repetidas prédicas sobre el respeto y el amor a los maestros que, en decires antiguos, pasaban por "segundos padres".

En ideal está aún lo que debiera ser justísimo hecho: que se honre al maestro con el más fino y religioso de los respetos para él y para cuanto le pertenezca, y con el más sincero y fiel de nuestros agradecimientos.

En verdad andan por ahí, por esos ingratos mundos de Dios, discípulos que se olvidan hasta de saludar a sus maestros.

Crean lo necios que, una vez salidos de la Escuela, termina para ellos el pesado compromiso de atenciones con que agraciaban a los pobres maestros.

¿Quién de ellos, —los exdiscípulos—, si reflexiona un poco, admitirá como justo, en la ética de su corazón, un proceder tan canalla?

Sin embargo, de que los hay los hay y ni trabajo cuesta dar con ellos.

Y si tan mal pensamos de los exalumnos que así se conducen, ¿qué no pensaremos de aquellos padres que en vez de corresponderles a los maestros el empeño que ponen al enseñarles amor y respeto para ellos, —los padres—, llegan, con asombro de quien esto escribe, a pagar con descortesías y faltas de respeto que tan mal hablan de su educación?

No existe una sola razón en el catálogo de preceptos morales que releve de estas obligaciones a ningún padre, ni al que pague directamente la educación de sus hijos, pues hay que convenir en que estas cosas no se pagan con dinero. Solo es pagable lo que puede evaluarse con pesos: y el beneficio de la educación entraña una deuda del agradecimiento y de respeto cuya moneda de cambio debe ser también respeto y agradecimiento tan firmes y duraderos como el bien que se recibe.

Padre de familia, ni teniendo razón, —que difícilmente podrían tenerla—, borres jamás de tu lista el sagrado deber que tienes de enseñar a tus hijos, con la palabra y el ejemplo, el amor y el respeto para quienes nunca se olvidan de enseñar el amor y el respeto para tí.

BALANCE ESPIRITUAL DE FIN DE AÑO
NOVIEMBRE—DICIEMBRE DE 1930

Bienaventurado el que plantó devotamente un árbol, pensando en el provecho de una generación futura y acallando con honda satisfacción de conciencia el egoísmo que a todos nos inspira.

Bienaventurado el que apartó la piedra del camino para dejarle paso franco y evitarle daño al transeúnte que llegará más luego al mismo sitio peligroso.

Bienaventurado el que supo todo lo relativo a sus defectos y no se preocupó jamás por conocer y juzgar, sin motivo provechoso, los ajenos.

Bienaventurado del que siendo poderoso y feliz, amó a los humildes con aquel amor que, según San Juan, solo es verdadero cuando se manifiesta con las obras.

Bienaventurado del pobre que perdonó las demasías del orgullo de los potentes y tuvo paciencia para aguardar el reinado de la justicia.

Bienaventurado el que desprendió de los bienes rastreros de este mundo, su alma, levantándolo hasta la sublime belleza de Cristo, quien no fue esclavo del dinero que engendra ambiciones y envidias, ni de los placeres que envilecen y matan la naturaleza racional.

Bienaventurado el que con poco o nada llenó las ambiciones de su cuerpo: pero que jamás llenó la ambición sublime de aumentar los tesoros de su alma.

Bienaventurado el que amó a su Patria y siempre procuró engrandecerla con obras de bien y de gloria, porque él vivirá eternamente en el recuerdo y en el corazón de las generaciones venideras.

Bienaventurado, en fin, el que pensó bien, y sintió bien, y obró bien en todas las manifestaciones de su vida, porque siendo bueno a carta cabal, cosechará de aquellos deliciosos frutos que dan la eterna dicha al hombre en cuya tumba pueden escribirse estas salvadoras y gloriosas palabras:

"Per transivit benefaciendo"

COMO ESAS HOJAS SECAS. . . .

ENERO DE 1931

Esas hojas secas que el viento arrastra despiadado por el suelo, salmodiando con ellas un ruido monótono, lleno de tristeza inefable, muéveme a compasión y producen en mi mente serias reflexiones sobre los hondos misterios de la vida y de la muerte.

Mira con qué crueldad las pisamos y cómo nuestro desprecio las barre y, si no las quema, las arroja al montón de la basura, porque ya no sirven, porque son residuos de lo que fué utilizado.

Más lo que hoy guarda tan triste condición; lo que no tiene ya valor alguno y rueda por la tierra miserable, ayer fué noble, vivió en las alturas y pudo hacer bien a los demás seres.

Cuando esas hojas estuvieron verdes y lozanas, adheridas al ramaje de un árbol, recibieron las caricias de un viento comfortable, entonaron alegre canción de primavera y fueron ameno refugio de los pájaros bulliciosos y cantadores.

Las hojas operaron al través de su cuerpo un milagro bienhechor: dieron salud al aire que respiramos llenándolo con oxígeno y purificándolo con la aborción del anhídrido carbonico.

¡Cuántas gozaron también de su sombra en el rigor del verano!

Fueron, en una palabra, instrumento de bien, de riqueza y de hermosura.

Más llegó el invierno y con sus besos de muerte las marchitó en la rama y ya muertas cayeron al suelo, y el soplo del cierzo helado las vemos caminar a la nada, al reino del olvidado. . .

Después de haber hecho bien, de tener derecho a la inmortalidad. . . ¡Pobres hojas!

Hermanos míos, como esas hojas es la humanidad. Mientras vive está en las alturas en condiciones de hacer algo provechoso para sus semejantes: su alma y su cuerpo pueden aportar el mal y producir el bien si en ellos hay sabiduría, amor, entusiasmo, salud y dinero.

Y habrá ayuda espiritual y material para el pobre, consuelo para el triste y alimento y vestido para el miserable.

Cuando el hombre está en esas alturas de la existencia puede ser instrumento de bien y de virtud.

Pero. . . en triste día llegará el invierno y con helado beso le dará muerte, y su pobre cuerpo, último despojo de la vida, rodará hasta el sepulcro y será olvidado de todos, hasta de sus familiares. . .

Porque. . . ¿qué vuelven a saber la rama y el tronco de la hoja que para siempre cayó y se fué?

No hay remedio; será olvidado, porque dejó de hacer el bien, porque ya no sirve. . . .

¡Pobre hombre que, —sin el concepto del alma y su inmortalidad,— como las hojas secas, es desperdicio que se barre y se pierde en la nada. . .!

Antes que Cervantes, con su famosa parábola de los cómicos, demostrara esta verdad, hubo un hombre célebre en la historia, el emperador Augusto, de quien se dice que próximo a la muerte, pidió un espejo, se arregló el cabello y preguntó a los que rodeaban su lecho:

“¿Verdad que he representado bien la comedia de la vida?”

Y cuando le hubieron dado satisfactoria contestación, exclamó jubiloso:

“Pues entonces, aplaudid y que caiga el telón”.

Efectivamente la historia de nuestras vidas se va desenvolviendo en una serie de episodios y de escenas que forzosamente concluyen con el drama inevitable de nuestra muerte.

Mientras esta llega abundan en la trama, separados en unas vacas, revueltos en otras: los momentos de placer, de risa y de alegría; los de dolor, de amargura y de quejas.

Y... ¡cuán bellos los cantos de alegría triunfal, y, horrorosos, los ayes de triste derrota!

¿Y qué decir también de la última escena de nuestra vida que puede ser luz de brillante gloria merecedora de aplausos o tiniebla de horrible desastre que arranque lágrimas de remordimiento y de compasión?

Deberes y heroísmos: he aquí un programa que nos vale la conquista de títulos nobiliarios. No de ricos, ni de condes, duques y reyes, sino de buenos, de santos, de héroes o de sabios.

Solamente estos valores no sufren baja ni se nulifican al poner nuestros pies en la eternidad.

El que aparezca en escena adherido a los placeres mundanales, pegado al dinero con que los compra, robando a sus semejantes con explotaciones inicuas, estrujándoles sus libertades y carcomiéndoles sus derechos, es algo así como larva social creada en la podredumbre más grosera de las miserias humanas.

Hombres de esta talla truecan el sublime teatro de la vida en vulgarísimo circo de bestias inmundas.

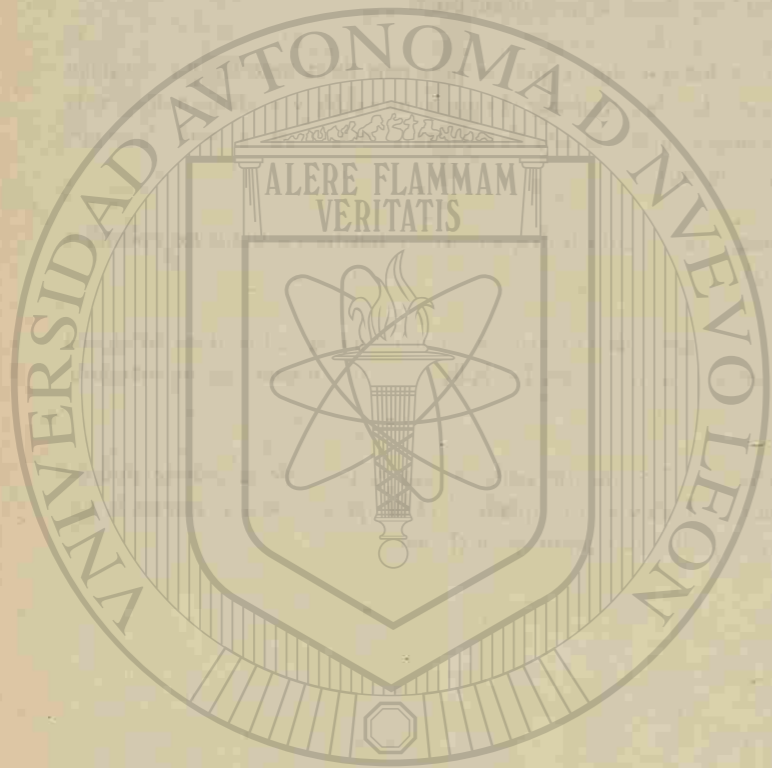
Y no son estos los que arreglan su tocado para morir, ni los que aguardan con deleite que baje el telón y llegue la hora del aplauso.

Más bien son de los que lloran ante la presencia de la muerte, que tiemblan cobardes ante la sola idea de abandonar el mundo miserable y se abrazan de su vida torpe; asquerosa, como el avaro de sus sórdidas monedas, como el cerdo de su cieno, como el reptil de su cueva.

Hermanos míos, ¿váis siendo leales, sinceros y buenos en todos los episodios y escenas de la vida?

Si así lo sois, ¡dichosos de vosotros que como dice la S. Escritura en alguna parte: “poseéis tesoros que no roban los ladrones y que pueden ser eternamente vuestros”!

Vuestra comedia es divinamente bella. Si cae el telón de la muerte podréis escuchar satisfechos y gloriosos, dos aplausos: el de quienes os admiran en la tierra, y el de quienes os justifican y premian en el cielo.



UANL

PAGINA PEDAGOGICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA ESCUELA Y ALGUNOS PADRES DE LOS ALUMNOS

Mucho logrará un maestro en lo que a instrucción se refiere, con poca o ninguna ayuda de los padres de sus alumnos; pero en tratándose de la formación de hábitos de higiene, de orden o moralidad y de adquisición de buenas maneras, bien puede asegurarse que fracasa la Escuela si no llega oportunamente el auxilio de quienes tienen obligación de ofrecerlo y de prestarlo para obra de tanta responsabilidad moral como la educación de los hijos.

Nosotros —por ejemplo— decimos; cómo debe masticarse al comer; pero el niño está impuesto a deglutir los alimentos a toda prisa, sin darle importancia a la primera parte de la digestión, y en su casa se le deja proceder así. Le aconsejamos medios de aspsia o de limpieza cuya teoría sabe recitar; pero cuya práctica en el hogar va contra los preceptos de higiene.

Y si en ésto la ayuda de algunos padres es mala; más lo es en punto a costumbres de orden o moralidad: delante de él se maldice, se calumnia, se llega beodo y se riñe.

En lo relativo a los hábitos de urbanidad y de cortesía no tiene oportunidad de practicarlos porque son música celestial, pues en su casa todos se tratan con grosería, ni se saludan ni se dan las gracias, ni se respetan, ni saben en buena forma de solicitar favores, ni de negarlos.

Somos ignorantes: dirán algunos padres. ¡No tenemos tiempo de fijarnos en estas cosas!: dirán otros.

Pues no debería ser así; porque padre y madres tienen obligación de saber todo lo referente a la manera de alimentar a sus hijos, de cuidar su salud y de conducir su vida para formarle el carácter.

La misión del maestro es pulir lo que se le lleva del hogar; sembrar la buena semilla del ideal; más hay que convivir en que el éxito sólo es seguro en un terreno fertilizado por la educación que los padres han impartido hasta el momento en que lo ponen en manos de la Escuela.

Desconocer la acción educadora del hogar es proceder contra la naturaleza. Aguardarlo todo de la Escuela es exigir lo imposible. Caminar en desacuerdo hogar y escuela, —al estira y afloja—, es buscar la nulidad de todo empeño.

Sabemos perfectamente que ni el hogar ni la escuela completan la educación del niño; que ésto es obra del tiempo y de la vida misma.

Como en el árbol, habrá de llegarse la época de los frutos. Mientras, hay que regarlo y cuidarlo.

Aunque así sea: si la parte que nos corresponde a padres y maestros queda sin hacer, peligra el éxito de la obra.

Convengamos, pues, que en ese riego la escuela pone mucha teoría y lo que puede de práctica, y que la parte práctica que corresponde al hogar es mayor, pues se trata de vigilar la formación de los hábitos.

Padres de Familia, si no aprendistéis en alguna parte vuestros deberes es menester que compréis un libro, que oigáis una conferencia y que preguntéis lo que ignoráis.

La escuela reclama colaboradores conscientes y activos de su enseñanza. No estorbéis su acción, debéis prepararos para secundarla.

Estáis acostumbrados a echarle culpas de todo a la Escuela, en vez de prestarle el auxilio que tenéis obligación de impartirle en la obra que está realizando.

Hay veces en que ni atención prestáis a las Notas de Calificación, en que no os preocupáis por saber si asiste o no, si aprovecha su tiempo o lo pierde; en que os dá lo mismo que venga sucio o limpio; en que os molestáis porque lo castigamos justamente; y también hay ocasiones en que no acudís a nuestras llamadas para poneros de acuerdo con nosotros.

Dejad, pues, vuestra apatía. Intervenid en esta obra haciendo la parte que os corresponde y entonces serán eficaces nuestros esfuerzos en pro de la educación.

LEALTAD

Entre las virtudes cuya idea hemos de sembrar en el carácter y el corazón de los niños y los hombres —sean nuestros hijos, nuestros discípulos o simplemente nuestros amigos—, es la fidelidad, la lealtad.

Es la religión que hace falta a la humanidad para vivir en paz y ser feliz.

Porque, hoy por hoy, el ambiente social que se respira es de traiciones. Basta que haya un interés o un temor de por medio para que demos media vuelta y figuremos en el bando contrario, o permanezcamos indiferentes cuando quien se creía nuestro amigo guarda nuestra asistencia.

Nada hay que cause tantos sinsabores como la traición. Ella es madre de los odios más enconados, destructora de los mejores afectos, y causa de los mayores desencantos.

Y si la persona traidora fue objeto de nuestros favores y llevaba algo de nuestro cariño en su corazón, entonces la amargura que sentimos no tiene signo que pueda expresarla en el lenguaje.

Judas, el prototipo de los traidores es el ser más repugnante de cuantos nacieron en la tierra.

¡Y pensar que en el mundo abundan los Judas! La verdad es que no se concibe cómo habiéndose ahorcado éste, han podido resultarle descendientes. . . .

Enseñemos con la palabra y el ejemplo la lealtad. Una lealtad que esté de nuestra parte, delante y detrás de nosotros; que sepa permanecer a nuestro lado, en las horas dulces y en las más amargas y crueles: una lealtad que no se niegue y se avergüence; una lealtad que no se venda ni por poco ni por mucho; una lealtad que tenga firme cimiento en la sinceridad de nuestros corazones, y no una lealtad que se desplome sola, o que como los felinos, esconda las uñas heridoras, o ría con mueca de hipócrita asqueroso. . . .

CONQUISTA DE LA VOLUNTAD INFANTIL

Es axiomático el hecho de que fracasamos o no conseguimos lo que pudiéramos conseguir en la educación moral de nuestros hijos y discípulos porque se entabla entre ellos y nosotros, no una lucha de acción conjunta y armónica, sino de resistencia y de oposición más o menos frecuente.

Al investigar el por qué son reaccionarios hallaremos lo siguiente:

1o.- Que no tenemos idea de lo que ellos pueden hacer y exigimos demasiado. Por eso se niegan a empezar o se cansan y desalientan a los pocos impulsos. Ellos son niños y les pedimos a fuerza que sean hombres.

2o.- Que el niño se decide a la acción por necesidad o por simpatía y muchas de las cosas que los obligamos a ejecutar ni son necesarias, ni les agrada hacerlas.

3o.- Que la facultad más fuerte, la imitación los lleva a la conducta de rebeldes. Los hombres, en general, somos en nuestra moral una perpetua contradicción y de esta manera, descendemos al terreno de niños incultos. Y esta conducta es la que menos trabajo cuesta imitar.

4o. Que usamos el viejo sistema del regaño o del castigo corporal para imponer nuestro criterio, nuestra voluntad y nuestra enseñanza, y, hoy se hace con una protesta en el corazón y en los labios. Salidos apenas del cascarón, como dice el vulgo, y lanzamos un grito de libertad.

Por lo mismo ese sistema no es de nuestros días. Tuvo su éxito cuando nacíamos dóciles y crecíamos dóciles hasta la juventud, y seguíamos siendo dóciles en la madurez, y la senectud nos pescaba en el más alto grado de docilidad.

Posiblemente estoy exagerando las tintas; pero conste que no lo hago para echarle sal de risa a un asunto tan serio y de tanta trascendencia como el que vengo tratando, sino con la intención de poner de relieve cuanto en él existe de verdad.

El ambiente en que vive el niño, lleno de solicitudes contrarias a las nuestras, reclama que hagamos agradable y simpático cuanto hemos de exigirle, que inventemos la manera de interesarlo a trabajar en el difícil negocio de su educación, que lo veamos, no como tiranos, sino como amigos y compañeros.

De esta manera lograremos la conquista de su energía volitiva y lo iremos for-

talesciendo hasta que por verdadero carácter, —fuerza educada de su voluntad, posea la habilidad de gobernar sus propias acciones.

Además no tratemos de exigirle sino lo que pueda y lo que le corresponda según su edad. Pocas han de ser aquellas cosas que interesen por igual a niños y adultos. En cuanto a su libertad, conviene ir soltándolo para que ensaye su propio vuelo, prudentemente, hasta donde menos daño le haga la experiencia de la vida, poniéndole delante el faro de nuestros consejos, llamándole su atención sobre la existencia de los escollos; si es posible, hagamos este trabajo por medio de la historia y de los cuentos, llamándole su atención sobre los hechos que observe y sus consecuencias.

Se entiende que lo dicho se refiere a niños cuyas facultades aparecen en condición normal para quitarles cuanto pudiera estorbar su desarrollo y favorecerle con una racional dirección. Si el niño nace anormal, urge el empleo, aunque sea temporalmente; mientras subsiste dicho estado, si no de todos, de la mayor parte de los procedimientos antiguos. Lo contrario sería de fatales consecuencias para el niño.

Sin embargo, aún en esta condición es muy difícil poder justificar el castigo corporal (a golpes), que siempre lleva en su entraña el espíritu de venganza y engendra odiosidades. El castigo corporal va inspirado por nuestra impaciencia, por nuestra ira, pasiones y defectos que jamás podrán darnos un buen consejo, que más bien se prestan para llevarnos al consentimiento de una justicia y, sobre todo, que ellos impiden siempre que realicemos la conquista de la voluntad infantil.

No es una conquista que se obtiene con estruendo de armas y a base del terror que el daño de estas pueden ocasionar, los corazones se ganan con bondades, con amor. Además el miedo y la esclavitud forman escuela de cobardes y de hipócritas y nuestros hogares y nuestras escuelas deben ser semilleros de hombres sinceros, libres y fuertes.

He aquí la teoría moderna: que inventemos la manera de hacer simpática la virtud, como el mal hace simpático el vicio, y conquistemos la voluntad del niño desde los primeros años para que él nos busque como guías y nos consulte sobre su conducta, y tengan nuestras palabras la soñada fuerza de autoridad que todos quisiéramos poseer y contribuya todo a facilitar la educación de nuestros hijos y de nuestros alumnos.

PELIGROSO SISTEMA DE EDUCACION MORAL

De suma importancia para el hombre es adquirir la ciencia de saber llevar su vida por la senda del bien.

Hay niños en cuyo carácter figura la docilidad. No cuesta trabajo conducirlos y la enseñanza de buenos hábitos será un éxito seguro y temprano.

A tal grado llega esa buena disposición que cuando jóvenes la lectura de un buen libro, el consejo de un amigo bueno, pueden servir de norma a sus actos sin que haya intervención de autoridad alguna.

La experiencia del mal no necesita darle sus crueles lecciones. Con la teoría del bien expuesta en forma de reglas y de ejemplos históricos y la prohibición preventiva del mal, es suficiente.

Más, por la desgracia, también hay caracteres rebeldes, de esos que "nacen con una protesta en los labios."

Para aceptar la doctrina del bien alegan que han de conocer el mal, y aún así prefieren la ignorancia de aquella. No gustan de la enseñanza teórica, apetece la experimental. Magnífico sistema; pero no para el conocimiento de la maldad.

Y pensar que hemos tenido pedagogos y filósofos que sostienen esta aberración y pretenden que sea implantada por padres y maestros en hogares y escuelas.

A quién se le ocurrirá envenenar a su hijo y matarlo para que éste conozca los efectos de un tóxico

Quien lo dejaría morder de un can rabioso o picar de una víbora para que conociera así sus efectos desastrosos.

No de otra manera procederían el padre y el maestro que dijeran a sus hijos y discípulos: roba para que sepas en qué consiste el robo; ingiere alcohol para que conozcas la embriaguez y sus resultados.

La colaboración de padres y maestros no debe consistir en estimular pasiones y vicios, en abrir los ojos inocentes, menos aun en guiar por el camino de la maldad. Tócanos arrancar de raíz lo malo; neutralizar los efectos del ambiente inmoral y llevar, de grado o por fuerza, a los educandos, por la senda del deber.

Se alega también por pedagogos de la libertad que hay que dejar al niño condu-

cirse como él quiera. Es un derecho que EN CONCIENCIA no debemos concederle; porque es sencillamente tan imprudente como poner un arma peligrosa en manos de un niño.

Bueno es que le demos libertad para practicar el bien, porque estamos seguros de que no le resulta daño alguno y de que sí le resulta provecho. Más para lo malo ¿quién duda que cometemos una temeridad? La época de la libertad ha de llegar sin que nosotros la festinemos. Hasta los frutos tienen su día para madurarse.

Tócanos sostener la debilidad de su carácter con las fuerzas del nuestro mientras adquiere, por natural evolución, su propia energía volitiva.

No es MOLDEAR como creían nuestros abuelos, porque no hay formas determinadas y fijas para educar. En lo moral como en lo físico cada ser viviente trae la suya.

Lo posible, en su educación, es que lo alimentemos con los mejores principios morales y cuidemos que vaya sano su crecimiento, aunque para ello tengamos que hacerle sentir la fuerza de nuestra autoridad. Disciplinemos, pues, a nuestros hijos y discípulos con la dirección estimulante del ejemplo vivo o histórico, del consejo y la regla que enseñen el bien; y cuando fuere necesario con la represión y el castigo que exijan sus excursiones por el mal camino.

No dice verdad quien sostenga que es necesario conocer el mal por experiencia propia para evitarlo. Y menos verdad dicen quienes sostienen que, por ley de los contrastes, solo de esta manera se conoce el bien.

Lo bueno, como todo lo absoluto y real, se conoce por simple intuición, es axiomático, no requiere comparaciones ni abstracciones. Lo mismo sucede con lo malo.

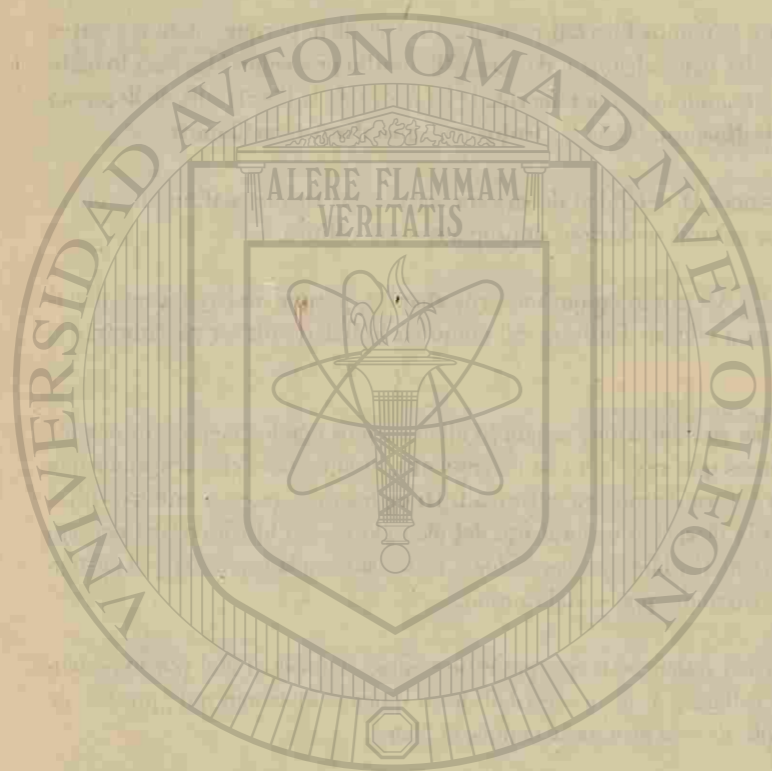
La ética los tiene bien catalogados. La sana filosofía no ha encontrado contradicción alguna en los principios morales.

Si las consecuencias podemos verlas en la vida ajena y en la historia ¿para qué andamos, entonces, con probaditas de mal?

Dejemos a los malvados y a los sofistas la innoble tarea de minar los cimientos de la ética.

Ellos siempre se empeñarán en que no haya justicia ni en la tierra ni en el cielo.

Mientras, convengamos en que lo urgente para nosotros es ejercitarnos en llevar nuestras vidas por la senda del bien y, con este criterio, eduquemos a nuestros hijos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GRAVE DESCUIDO DE MUCHOS PADRES

Entre los miembros que integran una familia debe ser un hecho la cooperación de esfuerzos.

Y no me refiero con esto a los padres, sino a la importancia que tiene cuidar que los hijos, cuando ya estén en aptitud de hacerlo, presten la ayuda que les corresponde como socios del hogar.

No ha de faltar quien piense que ya salí con una perogruyada.

¿Qué culpa tengo yo de que nuestra vida abunde en realidades de esa clase?

No está bien que, en tratándose de nuestros hijos, inspiremos nuestro criterio en tontas sensiblerías cuando la razón y la justicia reclaman otra cosa.

No invento. Por mis ojos han pasado casos inútilmente deplorables en que los hijos ganan buen dinero y miran con indiferencia los apuros económicos de su hogar. Si no lo gastan todo en vicios, contribuyen con una parte insignificante para los gastos de su casa.

Hay algunos, y no cuestra trabajo dar con ellos, que llegan hasta el extremo de comer a costa de lo que ganan sus hermanos y sus padres.

Y no es porque les falte trabajo, ni porque estén inválidos o enfermos—que estas razones sería suficientes para justificar su conducta—, sino porque no se les tiene habituados a cooperar.

Y no extremamos esta delación si aseguramos también que hay padres (tan cerrados de entendimiento y de corazón) que cuando sus hijos no alcanzan para sus vicios ¡les ofrecen y les dan dinero!!

Lo primero debe calificarse como grave descuido de los padres; lo segundo, debe condenarse por la razón y la moral como un nefasto crimen. ®

La mejor herencia que podemos legar a nuestros hijos es una serie de hábitos buenos y justos que los conduzcan por el camino de la honradez.

En la escuela enseñamos la teoría de esa cooperación de esfuerzos que es justa y necesaria en la familia. Toca a los padres vigilar que se practiquen nuestras enseñanzas.

Hay que cuidar que ayuden con lo que sea justo, que se acostumbren a distribuir lo que les dejamos, en cosas que no les perjudiquen y guardar en una caja de ahorros lo más que puedan.

Si hacemos lo contrario, día vendrá en que la vida nos castigue con duras e irremediables lecciones.

Si de veras amamos a nuestros hijos ¿por qué no asegurarnos su porvenir con una buena educación?

Parte importantísima de esta educación tiene que ser lo relativo a la vida económica.

Alguien me dirá que soy un retraso, que pretendo volver a los tiempos en que los padres no dejaban ninguna libertad a sus hijos.

Yo creo que aquella austeridad de costumbres más bien los favorecía que perjudicaba.

Hoy nos damos mucha prisa en poner la libertad en sus manos, y nada nos preocupa que sepan usarla y que haya peligro de que la conviertan en libertinaje.

Además no se trata de que el padre explote las energías de sus hijos, sino de que los habitúe a cooperar justamente y a observar los buenos principios de la economía.

Para calificar de grave este descuido a que he venido refiriéndome no se piense que hablo de memoria, tengo documentos, hechos y testigos.

LA TOLERANCIA COMO AGENTE DE PAZ EN LA SOCIEDAD

Si en la vida todos fuéramos correctos y virtuosos ni la idea ni la palabra tolerancia serían necesarias.

Mas sucede lo contrario. El más justo cae, según frase bíblica, en siete debilidades. Y de éstas lo más seguro puede ser que la mitad tenga que soportarlas nuestro prójimo. Y ésto sucede así desde que el mundo es habitación de esta raza reñidora que ostenta el pomposo nombre de humanidad.

Por angas y por mangas cae el odio en los corazones y conviértese en furiosa guerra que acalla la voz de la razón, que ensombrece los rayos de la justicia y borra del Evangelio la hermosa máxima: "Amaos los unos a los otros". Si cultiváramos la virtud de la tolerancia en la moral de nuestros actos, daríamos siquiera tiempo para que llegar a nuestra conciencia la idea del recíproco perdón. Todos a veces sin quererlo, habremos sido ofendidos en alguna ocasión; pero ofensores en muchas. Perdonarle al prójimo lo que es y no nos agrada, y lo que hizo y nos cayó mal, resulta empeño difícil; pero digno de encomio y pródigo en frutos de paz y bienestar para las familias y la sociedad civil.

Se ha visto que la antipatía que llegamos a sentir para quienes no comulgan con nuestras ideas políticas o religiosas, y nuestra malevolencia dispuesta a reñir por futilidades, dan origen a graves daños que al volver a la razón no podemos justificar jamás.

"La historia, —según un escritor francés,— no es más que el cuadro de los crímenes y las desventuras".

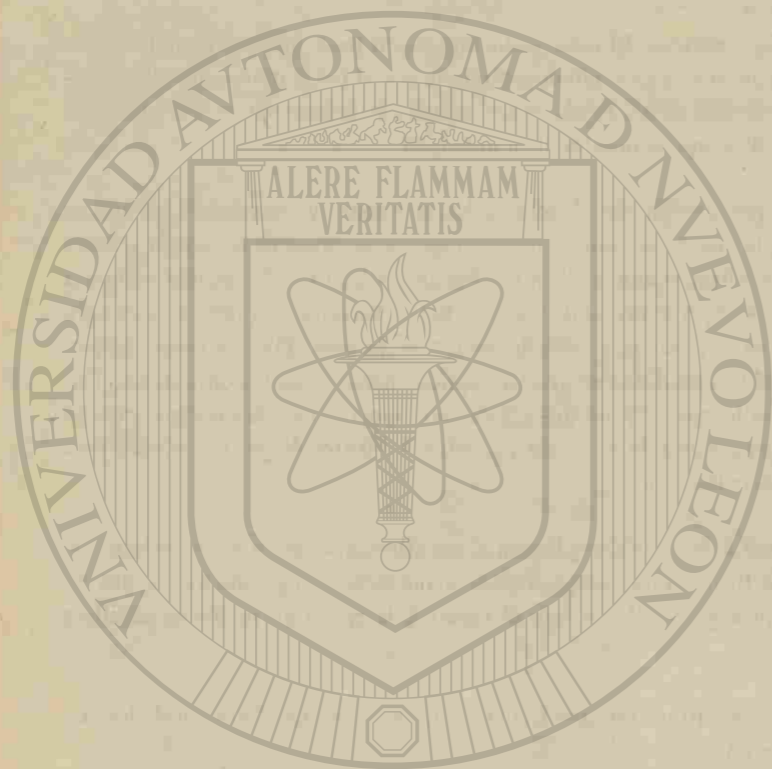
Y en esa historia aprendemos lecciones que según mi humilde opinión, perpetúan con más vivos colores la vida de ese cuadro.

Y en el acabado de este drama eterno de la existencia humana va contribuyendo la tradición. Del hogar de antaño al de hogaño y de la sociedad de ayer a la de hoy va pasando la herencia del odio, y todos, por negra fatalidad hemos nacido enseñados a luchar.

¿Tendrá remedio esta desventura?

Necesitamos borrar las páginas de la historia que nos hablan del crimen; enderezar nuestras vidas los viejos; y hacer que esos niños aprendan la teoría del perdón y la practiquen.

En otros términos: educar todos de común acuerdo, nuestras vidas, en la bella teoría de la tolerancia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CIVISMO

Muchos de los grandes errores que infaman a nuestra Patria y manchan las páginas de la Historia Nacional, fueron producto de la ignorancia de los deberes y de los derechos cívicos.

La instrucción y la educación del ciudadano han de comenzar en la Escuela y proseguirse en los diferentes centros culturales.

Bueno sería que este asunto figurara en el programa de nuestra auto-educación.

El civismo consiste en el conocimiento práctico de las virtudes del ciudadano.

Tenemos bien definido el programa en la historia de nuestros sabios, de nuestros industriales, de nuestros héroes, de nuestros artistas, de nuestros filántropos y de todos aquellos ciudadanos honrados que trabajaron por la paz, la grandeza y la gloria de nuestra Patria.

Hay reglas y principios abstractos cuya práctica aun no ha sido ensayada y probada entre nosotros.

En verdad que no se concibe cómo nos afanamos por ir con la moda ridícula de vestidos, afeites y melindres, y con el uso de las mejores máquinas de construcción y destrucción, y dejamos, casi en último lugar, el conocimiento y la práctica de reglas y principios que, realmente, son necesarios, para la paz de las conciencias y la vida ordenada de los pueblos.

¿Y pensar que algunos de esos principios cuentan su existencia por siglos en los códigos de civismo!

Ya dijo por ahí San Bernardo: "Guarda el orden y él te guardará".

La vida misma nos enseña que las virtudes del civismo producen ese orden. Si éste falta, los hombres destruyen las conquistas del arte y del progreso y acaban por destruirse ellos mismos.

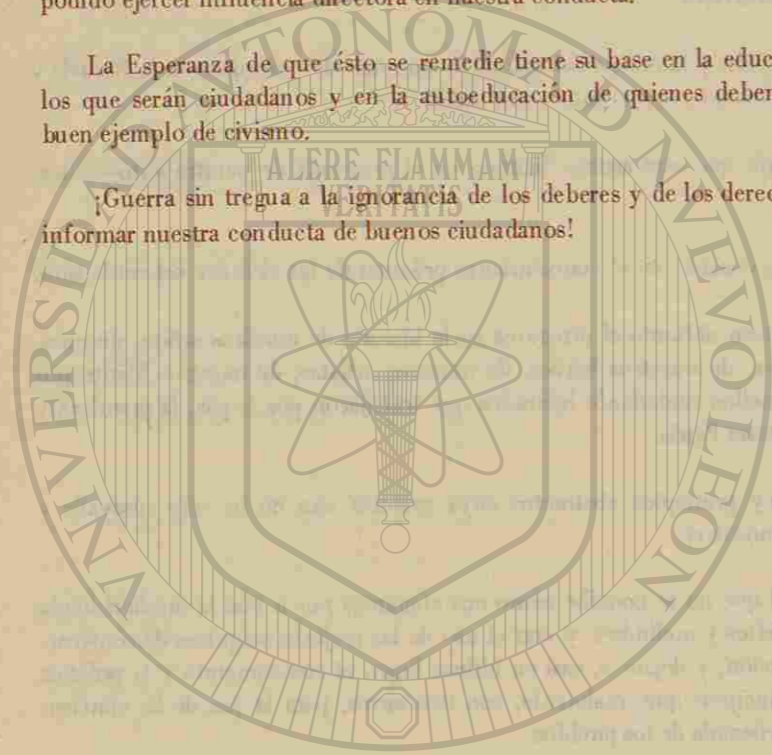
En la enseñanza del civismo no debemos procurar una simple información histórico y cívica, sino el fecundo afán de inspirar nuestra conducta en los buenos ejemplos y en los principios justos, y disciplinarnos hasta que podamos llegar a lo que fueron los ciudadanos que nos sirven de modelo, o lo que estamos llamados a ser con el desarrollo de nuestras facultades.

Con frecuencia hemos sido testigos de los fracasos que ponen de manifiesto la deficiencia de nuestra educación cívica.

Aquí en nuestro País el mal radica en que ni las doctrinas ni los ejemplos han podido ejercer influencia directora en nuestra conducta.

La Esperanza de que esto se remedie tiene su base en la educación cívica de los que serán ciudadanos y en la autoeducación de quienes debemos legarles un buen ejemplo de civismo.

¡Guerra sin tregua a la ignorancia de los deberes y de los derechos que han de informar nuestra conducta de buenos ciudadanos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE TOPICOS DE EDUCACION

La Ciencia de Nuestra Conducta Moral

La ciencia humana no debe consistir en que sepamos dar noticia verbal de muchas cosas, sino en que tengamos habilidad para practicar la mayor suma de ellas.

Por esta razón debemos procurar que nuestros niños aprendan a ejecutar bien la mayor suma de actos de cortesía, de civismo, de caridad y de todas aquellas virtudes que son necesarias para que imperen, entre los hombres, el orden y la paz.

Acepciones de los Verbos "Dirigir" y "Corregir"

Los primero que deben saber padres y maestros es el sentido de las voces dirigir y corregir.

Se dirige señalando una meta, un camino para llegar a ella, impulsando con la sugestión de nuestra voluntad, la del niño, siquiera mientras él está en condiciones de autogobernarse.

Corregir es señalar lo mal hecho y tratar de enmendarlo. La finalidad de la corrección no debe ser producir molestias al equivocado, sino hacerle comprender su error y disciplinarlo hasta darle las aptitudes que le faltan para hacer las cosas correctamente.

Quienes tenemos derecho de dirigir y corregir deberíamos ser autoridades. Para serlo, no basta la jerarquía de la naturaleza, del puesto y de la edad.

De algo nos servirá ser padres, maestros y viejos, pero si no somos honrados en nuestros actos nos falta la ciencia que ha de darnos el carácter substancial de maestros, pues es difícil que "pueda ser verdad, luz, camino y guía quien anda en tinieblas."

Por eso la educación en la Escuela y en el Hogar, no pocas veces resulta obra problemática.

Se dice a los niños lo bueno y se corrige lo malo; pero ellos nos ven haciendo lo defectuoso y sin corregirnos jamás.

Limpieza y Cortesía no son Patrimonio de Ricos y de Nobles

Entre los errores de nuestro vulgo, existe uno que padres y maestros no hemos extirpado.

Se cree que la limpieza y la cortesía son patrimonio de ricos y de nobles.

La cortesía nació entre nobles y ricos; pero hoy obliga a todas las clases sociales. Hace simpáticos a los feos y da un sello de nobleza a los humildes.

Si un rico o noble carecen de esa virtud, pudiéramos justamente clasificarlos entre la gente de más baja ralea.

Los pesos y los títulos son un accidente de poco valor moral. La verdadera nobleza la dan las virtudes. Y entre ellas figura como indispensable la cortesía.

Cuando todos seamos corteses, la vida de los hombres y de los pueblos caminará ordenada y segura como el tren sobre sus rieles.

El aseo es una necesidad higiénica que no sabe de clases sociales. La comprenden y la practican hasta las aves del cielo.

Y si tal cuidado lo tienen los irracionales, no queda bien que el hombre, dueño de razón y voluntad, se quede atrás, pues ocupa el primer sitio en la escala de los seres perfectos.

LOS HABITOS

Se sigue diciendo por ahí: que *"el hábito es una segunda naturaleza"*, y que *"la costumbre es ley"*.

Y la humanidad que tiene tendencias a dirigirse en su conducta por proverbios ancestrales, parece no poner mucho cuidado en esas dos verdades tan viejas como el mundo.

El hábito, según la definición vulgar, es la costumbre que hemos adquirido de ejecutar, de cierta manera, una actividad física o mental.

Ya no priva doctrina fatalista de que nacemos con la herencia de nuestros abuelos en lo referente a malas costumbres.

Está bien demostrado que los instintos sí se heredan; pero los hábitos se adquieren y fijan durante la vida individual "mediante la repetición de movimientos que establecen, a la larga, conexiones estables entre las células sensoriales y motrices."

Casi podría asegurarse que sin el cultivo y la rica cosecha de hábitos buenos, todos los esfuerzos del educador han sido nulos.

¿Qué otra cosa viene siendo, en resumen, la educación, sino la costumbre adquirida de dirigir todas las actividades de nuestra propia existencia?

Virtudes o fuerzas internas que nos mantienen en el deber y habilidades para hacer las cosas correctamente, son el valioso tesoro que palmo a palmo hemos ido conquistando en nuestras relaciones con el medio ambiente.

Más, desgraciadamente, hay ocasiones en que ese medio está muy lejos de ser ese valioso tesoro; en vez de la simpatía por el bien y el trabajo les damos el espectáculo del vicio.

La doble naturaleza del niño, física y psíquica, tiende a la adaptación del medio.

Los ejemplos estimulan al acto, y la repetición de éste engendra los buenos o malos hábitos.

Corresponde a los padres y a los maestros la formación de las costumbres. Gracias a esta labor, si el niño trae malas inclinaciones o ha comenzado a iniciarse en

actos reprobables, es posible modificarle, cuando en él la naturaleza que deseamos.

Una vez creada y fortalecida esa segunda naturaleza, se convertirá en ley ineludible del ser educado.

Convenzámonos de que en la conducta de nuestros niños somos culpables de la irascibilidad, descortesía, maledicencia, informalidad, pereza, glotonería, ignorancia sobre higiene, personal y pública etc. etc.

Cuando no ponemos mal ejemplo de todo esto, descuidamos la corrección y dirección de nuestros hijos.

Padre de familia: estás orgulloso porque el cielo te dió un hijo o dos o más.

Tienes razón! no hay regalo que valga más que ese regalo!

Cumple ahora con la sagrada misión de educarlo. Ensénalo a alimentarse bien, a cuidar su cuerpo y a huir de los vicios que daña su salud. Acostúbralo a trabajar y a velar por el honor y la gloria de su familia y de su raza.

Tu papel no puede ser pasivo. En el hogar necesita tu acción y, en la Escuela, si no colaboras tú, su trabajo es nulo.

No lo olvides: "El hábito es una segunda naturaleza" y "la costumbre es ley".

Es menester que "esa segunda naturaleza" sea la del hombre civilizado y que "esa ley" corresponda a la moral de los pueblos cultos.

La índole del hábito no pide mucha teoría; reclama la acción directa del que ejecuta actos y del que dirige y corrige.

Que nuestra mejor teoría sea el ejemplo estimulante.

CONCEPTO DE EDUCACION

Dedico esta serie de artículos, con todo mi afecto de maestro, a quienes aún tengan que cumplir el gravísimo deber de educar a sus hijos.

"Educar es dirigir racionalmente la vida" — DR. M.A. AGUAYO

Hay personas que suponen como única labor del maestro aquella que se limita a impartir conocimientos.

La escuela, según dicho criterio, debe enseñar a leer, a escribir, a contar, algo de ciencias y artes y etc.

El viejo ideal de los padres viene siendo, pues, que sus hijos aprendan mucho.

Y bueno fuera que se tratara de verdaderos conocimientos, de esos cuya bondad se demuestra con la eficaz resolución de los problemas de la vida. Nada; los he visto conformarse con recitados de cotorras parleras, con bellos y cómicos diálogos de exámen.

El niño, como todos los seres cuya organización va siendo más perfecta, tiene que ir pasando, para llegar a la condición de hombre, por etapas sucesivas. Obra en ello un proceso de evolución que no se debe al burdo trabajo mecánico de llenarle su cabeza, como si fuera costal, con todas las letras, las palabras y los números que le quepan.

La doble naturaleza de su ser—cuerpo y alma— va manifestando paulatinamente sus poderes o facultades. Todo ha de ser producto de esa máquina compleja. Funcionamiento al cual debemos llamar propiamente, la vida humana.

Al entrar en considerandos hay que ver también que la vida del infante no es la del niño; la del niño no es la del joven; y la del joven no es la del adulto. Tiene cada una de ellas sus caracteres peculiares y tócanos conocerlos, por deber y por derecho, a quienes hemos de trabajar en el difícil oficio de padres y maestros.

Deber y ocupación nuestra, ineludible, es educar a los hijos.

Se dice, y se canta en todos los tonos, que el provenir de los pueblos y de la Patria, descansa en el éxito de una buena educación.

Y ésta no se concreta, como suponían nuestros abuelos, solamente a instruir, sino que se refiere a cada una de esas etapas evolutivas de nuestra existencia hasta

llegar a la última que es la vida normal del hombre más o menos perfecto.

En nuestras manos ha puesto Dios seres cuya naturaleza reclama nuestro esfuerzo ayudador para desarrollarse.

La razón o la inteligencia humana han descubierto leyes y reglas que dan el carácter de científico al referido esfuerzo; el espiritismo no es ya de nuestra época, hoy debe hacerse todo con la valiosa y eficaz ayuda del arte y de la ciencia.

Así tenía que ser; pues ¿cómo presumir que el hombre haya descubierto reglas hasta para pintarse la cara y bolearse el calzado, y fuera a olvidarse de aquello que se relaciona con obra tan importante como lo es su educación?

Hay principios y reglas para educar, y a ellos vamos a referirnos en esta serie de artículos.

Por ahora, como prólogo, explicaremos en qué ha de consistir la educación.

Educar es palabra de origen latino: e, por ex, fuera; y ducare de ducere guiar o conducir, sacando o moviendo las energías de donde estén, para que evolucionen y se manifiesten. Es trabajo de la naturaleza que se desarrolla como en las plantas, con sus propias energías; pero que demanda cultivo para llegar hasta un ideal de cultura. Por estoy muy acertada nos parece la sintética definición del Dr. A. M. Aguayo; "Educar es dirigir racionalmente la vida".

En efecto, el papel de padres y maestros es el de directores de la vida de sus hijos y discípulos.

Veamos en que ha de consistir tal dirección.

En primer término el niño necesita cuidados que se relacionan con su vida fisiológica, y, oportunamente, reclamará también que se provoque la manifestación de sus facultades mentales y se dirijan hasta asegurarles un funcionamiento normal.

Viene luego en torno del mismo concepto "la adaptación al medio", que consiste en que el niño esté apto o mejor dicho que vayamos haciéndole adquirir habilidades o aptitudes para vivir normalmente su vida animal y social; para que quede en condición de adquirir por sí mismo lo que necesita (alimentos, vestidos, habitación, defensa, etc.) y de aportar la ayuda que sus semejantes reclaman de él como entidad del conglomerado humano. La resultante, pues, de nuestros cuidados educativos ha de ser, indudablemente, la formación de costumbres y hábitos que

normalicen el funcionamiento de esa vida.

El problema estará bien resuelto, cuando lo hayamos acostumbrado a cuidar la vida de su cuerpo; cuando lo hayamos disciplinado en pensar bien; cuando hayamos convertídole, con la instrucción de conocimientos útiles, en un ser capacitado para luchar eficazmente por su existencia; y, finalmente, cuando hayamos coronado nuestra obra, ayudándole a formar un carácter, es decir una voluntad que en armonía fiel con sus demás facultades, gobierne libremente todo su ser.

Ahora os pregunto: ¿Creéis que trabajo tan científico y difícil ha de ser obra exclusiva de la Aritmética, de la Geografía, de la Gramática o de la Geometría?

Esto, Sres. padres de familia, tan sólo llena la parte del Programa llamado INSTRUCCION.

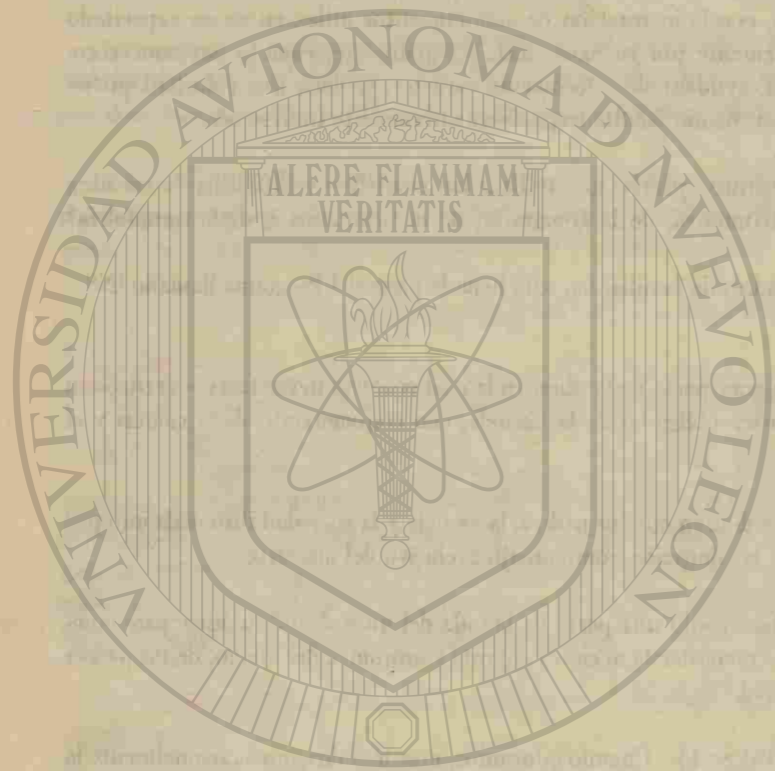
Resta la otra gran parte de la obra, en la cual vosotros necesitáis convertirlos en factores o ayudantes obligados de la Escuela, con conocimiento de la ciencia y el arte de educar.

Pasaron ya los días en que los padres, la escuela y la sociedad iban cada uno por su lado, y dejaban la educación como trabajo exclusivo del maestro.

La escuela abarca solo una parte de la vida del niño, la más teórica; para comprenderla toda, es menester la acción conjunta y armónica del medio, de los padres y de la sociedad civil.

CONCLUSIONES: 1) — Cuando educamos, nosotros dirigimos racionalmente la vida de los niños y los jóvenes.

2). — Conoceremos que ellos están educados cuando ya veamos que, positivamente, tiene aptitudes para dirigir, racionalmente, por sí mismos, sus vidas.

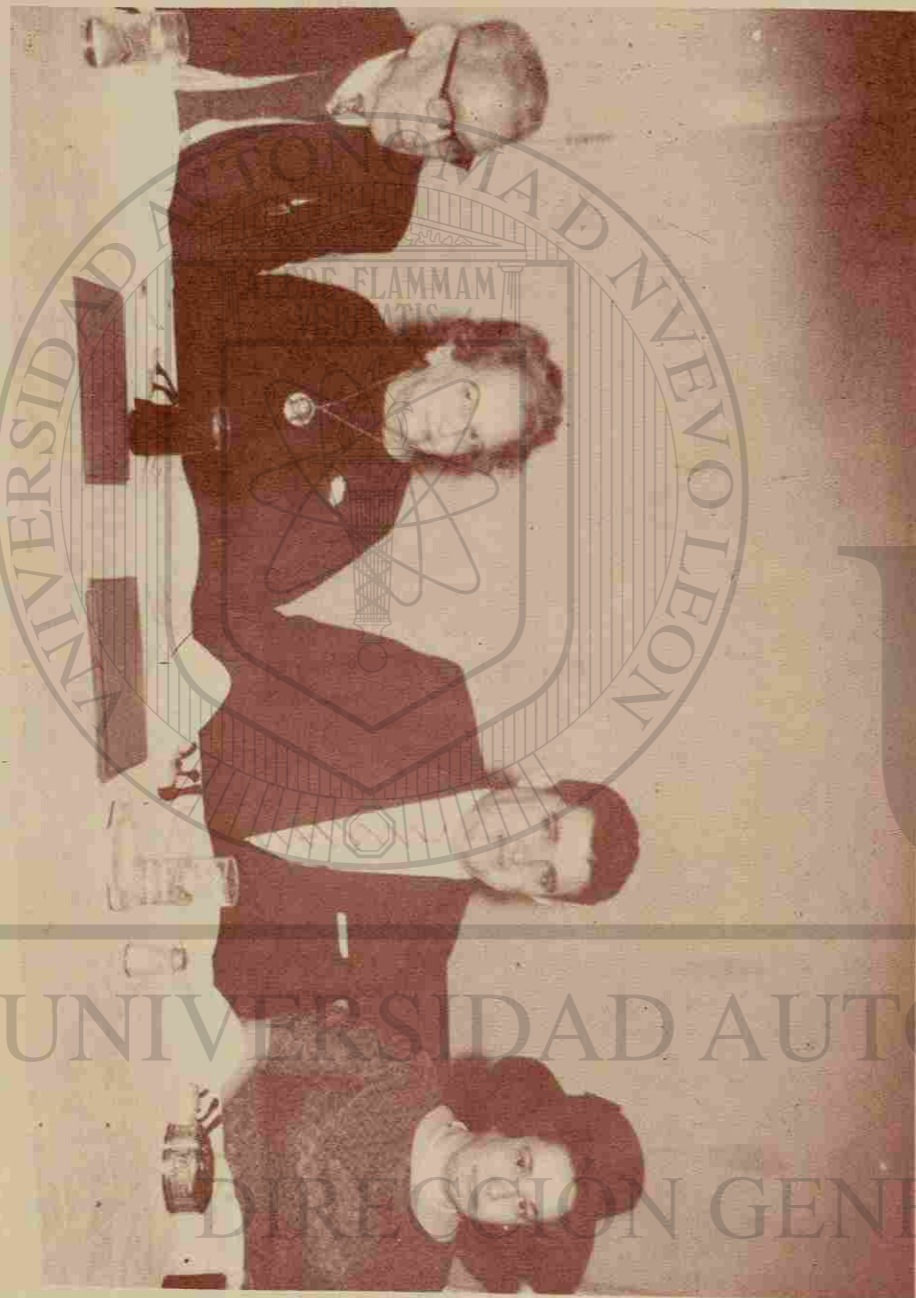


JUANIL

PAGINA DEL OBRERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL HONOR DEL OBRERO

Si todos los hombres, cualquiera que fuera nuestra condición económica y social, nos preocupáramos por tener una idea verdadera y eficaz del sentido práctico que debe tener la palabra *honor*, tan invocada por todos; pero tan mal interpretada a la hora de los hechos, casi es seguro que el mundo se volvería ordenado y pacífico y feliz. Es de las ideas menos abstractas que contiene nuestra moral, de las que más se apegan a los casos concretos o particulares.

Significa buena opinión de la conducta recta que observa cada persona, en su hogar, en la sociedad y en el trabajo.

No es difícil definir o explicar lo malo y lo bueno; porque así como jamás confundiremos lo blanco con lo negro, ni lo frío con lo caliente, ni el ruido con el silencio, ni lo feo con lo bonito, a menos que una grave enfermedad nos haya extraviado el buen sentido común, del mismo modo, por instinto, y con suma facilidad, distinguiremos lo bueno de lo malo.

La conciencia (remordimiento), la razón natural y las ideas morales del Evangelio son nuestros jueces, y dentro de nosotros actúan como fiscales de la propia conducta y de la ajena; y sentimos, queramos o no, antipatía por los malos y simpatía por los buenos.

Pues bien, el hombre que ama y practica justamente el deber, que ama y practica sus derechos justamente, en todo tiempo y lugar, trabaja por conquistarse un laurel de gloria inmarcesible, por ocupar entre sus semejantes un puesto digno, o levantado de la miseria moral en que se debate la mayor parte del género humano, y ese lugar lo conquista obteniendo la opinión de bueno y honrado que, ante Dios y ante los hombres justos, vale más que la de ricos y la de sabios.

Obrero que me leas: levanta el nivel moral de tu conducta, apegándote a lo recto del deber y del derecho.

Cumple fielmente tus compromisos de trabajo. Llena las obligaciones de padre, o de hijo o de esposo, que tengan en tu hogar, sin faltar a una sola.

Cultiva tu alma y tu cuerpo, evitando lo que los daña y los vicia.

Reclama, sin necias altiveces, lo que tienes derecho a esperar de los demás hombres, con cualquier motivo que sea, llevando con ésto, solamente los caminos de la razón y de la ley que es tu amparo y la mejor garantía de tu fuerza como hombre justo.

Destierra de tu alma el egoísmo, ama a tus semejantes y déjate ser amado por ellos. Que te acompañen siempre las virtudes del respeto al derecho de los demás y del temor a faltar en el cumplimiento de los deberes tuyos.

Nunca te guíes por el mal ejemplo de los fuertes en dinero, ni por el de los fuertes agrupados, cuando su bandera sea de necia rebelión, que vaya contra la razón y los principios inmutables de la justicia.

El hombre bueno, el honrado, no debe poner en peligro la pureza de su conducta, juntándose con perversos.

El tesoro más grande y precioso del obrero ha de ser su reputación.

Su familia heredará el buen nombre, el honroso nombre de su padre; y si es hijo no se empañarán la herencia gloriosa del honor de sus mayores.

La tranquilidad y la dicha de su conciencia serán efectivas y no tendrán límites.

Porqué el obrero honrado vive más feliz que el rico en medio de orgías y placeres.

Porque la felicidad no es el placer del cuerpo, sino la satisfacción del alma, la tranquilidad de la conciencia que aprueba nuestra conducta, y el respeto que merecemos en la sociedad y que tenemos justísimo derecho a exigir que se nos tenga por la buena opinión que hayamos conquistado para nosotros, para nuestra familia y para la Patria que, como buena madre, llora siempre la miseria de sus hijos malos; pero aplaude y hace que, las generaciones del porvenir, veneren y procuren imitar la conducta de sus hijos buenos.

Prof. Simón SALAZAR MORA
Enero 6 de 1926.

SOBRE LA IGUALDAD DE LOS HOMBRES

No han faltado sofistas que quieran llevar esta teoría hasta el extremo de procurar, con procedimientos de socialismo rojo, que no haya en el hogar padres que manden a los hijos, ni gobiernos, ni ricos, ni pobres, ni propiedad, ni jefes, ni subalternos, ni buenos, ni malos, ni etc., porque todo ésto contribuye a desigualar a los hombres.

Se trata de un lamentable error.

Es posible la igualdad de ciertos fenómenos físicos y biológicos, de convencimiento en verdades científicas y filosóficas, de derechos morales y cívicos y hasta de premios y castigos en actos de justicia.

En lo demás se afirmaría contra la naturaleza y la lógica.

Ni los nogales y los aguacates crecen del mismo tamaño y dan igual número de frutos.

¡Vaya! ni en lo físico y en lo moral de los hombres puede verse la decantada igualdad.

En la armonía de los seres la idea de gobierno es cosa natural. Todos los fenómenos obedecen a leyes que los producen. En lógica no se escapan de la acción del régimen las ideas; ni en el lenguaje, las palabras. Las tribus más atrasadas del globo tienen un gobierno, deficiente, pero lo tienen. En esa armonía por fuerza se ve que algo depende de algo. Y entre lo regido y lo regente no es posible que haya esa igualdad.

Llega a ser tan exigente la desigualdad que en el gremio de los regentes los hay que mandan más que otros; y en el gremio de los regidos los hay menos regidos que otros.

Además, la falta de gobierno en el hogar y en la sociedad,—como procedimiento igualatorio—, lo que alcanza a producir es desorden y el desorden en toda vida constituye la enfermedad y la muerte.

¿Cómo es posible, entonces, que por el prurito de igualar, aceptemos como justo destruir lo que no se debe?

Con lo de ricos y pobres acontece lo mismo que con la cuestión de flacos y

gordos , de sanos y enfermos, de débiles y fuertes, y de perezosos y diligentes.

Es tan ridícula y necia la campaña para lograr que el mundo esté compuesto de puros flacos iguales, de puros gordos iguales, de puros sanos iguales y de puros, etc., iguales como la de intentar que esté poblado de ricos iguales o de pobres iguales.

Lo más que podemos conseguir, si todos llegamos a igual convencimiento de tan peregrina idea, es que todos igualemos en necesidad y locura.

Cada uno desarrollamos nuestro talento y nuestras energías para producir y adquirir riqueza y, como sostiene el dicho vulgar: el que tiene más saliva traga más pinole. La cantidad de riqueza adquirida está en relación directa con la de fuerzas personales y la de circunstancias peculiares.

Y en todo ésto desde que el mundo es mundo, existe la desigualdad.

Por falta de tiempo no tratamos hoy lo relativo a que no haya propiedad, ni jefes, ni subalternos y ni buenos ni malos con el fin ya dicho.

También veremos cuales han sido las consecuencias de la propaganda de estos errores.

Entre tanto, lo que llevo dicho puede servir para que desconfiemos de lo predicado sobre esa necia teoría de la igualdad.

OBRERO, LEE

"Sé ávido de saber y serás sabio"

SOCRATES

Saber es conocer cuanto hace falta para gozar mejor nuestra vida como individuos y como miembros útiles de la sociedad civil.

No se trata de conocimientos puramente teóricos que han de guardarse en un museo de curiosidades científicas, sino de principios y reglas útiles, aplicables a nuestras necesidades y a sus problemas.

Y es tan compleja la trama de éstas, que no es uno sino muchos los conocimientos que ha de saber quien se mueve en el más reducido de los planos de la vida.

Corre, pues, inminente peligro, no sólo de pasar por ignorante, sino de serlo, quien no sabe lo que necesita y debe saber.

Sería un lamentable error el que nuestra vida, en sus múltiples manifestaciones, se igualara a la miserable existencia del hombre de la caverna y de la tribu. Para ser hijos de este siglo es preciso que vayamos a la vanguardia del progreso, y que sepamos utilizar sus conquistas.

La sabiduría que nos han legado los sabios es riquísimo tesoro que el libro pone en manos de la humanidad presente.

Se ha dado en creer sabio únicamente al que descubre energías nuevas y roba secretos nuevos a la naturaleza.

Yo diría, autorizado con ese pensamiento de Sócrates: que también es sabio el que se apropia en gran cantidad de la sabiduría ajena y llega a utilizarla pródigamente.

Sin dejar, por esto, de reconocer que quien descubre o inventa, se destaca más que como simple sabio, como luminoso genio que alumbra nuestros caminos.

Pobres de los que inapetentes no hacen ni el más leve esfuerzo para nutrirse de la ciencia ajena que nos brindan los libros.

Hay que ser voraces, tener ansia inagotable de saber.

Esta avidez, promesa segura de rico fruto, ha hecho de los hombres sabios, y de los sabios, genios. Obrero, tu debes saber mucho; todo lo que necesitas.

Lee, ¿Sabes lo que significa esa palabra? Leer, del latín legere, recoger.

En efecto, cuando tú lees libros, revistas o periódicos, para sacarles provecho, es menester que recojas sus pensamientos, la ciencia que atesoran. ¡Cuán pocos leen bien, y con el propósito de recoger fruto!

Muchos huelen, lamen, manosean y abandonan las hojas y los párrafos de un libro con el más cruel y necio de los desdenes: la indiferencia mezclada con pereza.

Ni para qué hablar de los que "miran monitos" con curiosidad infantil. Son los eternos niños. Llevan peligro de morir ignorantes.

Del mismo modo que los dispépticos no digieren porque faltan jugos disolventes en sus estómagos, también hay quienes no recogen y aprovechan cuando leen porque les falta un jugo: "saber pensar".

Abundan quienes se conforman con lo que han visto u oído, creen saberlo todo y miran con desprecio la necesidad de leer más y más.

¡Pobre del que quizá pudiendo volar en las alturas, se resigna y se conforma con rastrear el suelo! Obrero, lee; porque tú eres el más necesitado.

Tu ignorancia tiene muchos peligros que sortear; muchos explotadores aguardan tu paso para asaltarte, envalentonados con la pobreza y la debilidad de tu cerebro.

Cuando conozcas tus derechos por la cultura que divulga un buen libro, no descuidaras tu salud ni pelearás injusticias; ni reclamarás necesidades. No lo olvides. La salud, la riqueza, la justicia y el respeto son tesoros cuya búsqueda eficaz puede aconsejarte un libro de sana lectura.

Prof. S. SALAZAR MORA

ARTE DE GASTAR

Gastar es consumir riqueza. Se conocen varias clases de consumos: el que ocasiona la producción; el que hacemos para vestirnos, alimentarnos y divertirnos y el de aquellas cosas que para nada se necesitan y dañan la salud.

En el primer caso resulta favorecida la producción; en el segundo, el productor; y en el tercero, la miseria.

El gasto de la riqueza debe estar supeditado en todos los casos a la producción. Porque no hay cosa más peligrosa que gastar lo que no se tiene.

Solo cabe consumir riqueza ajena cuando es para producir, porque está más o menos asegurada con la esperanza del fruto de nuestro trabajo, y aun así hay que andar con prudencia.

En cuanto el consumo para comer, vestirse y divertirse es menester que tenga dos límites: la necesidad y el lujo.

Este último no debe por ningún motivo llevarnos a la prodigalidad que conduce indefectiblemente a la miseria.

El gasto en vicios produce tres miserias: la física, la moral y la económica.

Si este gasto lo atendemos con nuestras ganancias nos ensayamos en buscar la ruina. Si la hacemos con nuestro capital andamos cavando la fosa de nuestra ruina. Y si cometemos la locura de gastar en vicios el capital ajeno consideramos que ya estamos sepultados en la ruina más espantosa.

El acto de gastar riqueza está rodeado de caminos peligrosos que es preferible no probar. Guiemos nuestra conducta por la experiencia ajena.

Gastar es un dote, sigamos los principios y reglas en que se basa.

RESUMEN:

Calcular antes de emprender un negocio para que la inversión de lo que tenemos o del capital conseguido en préstamos no esté en peligro de perderse.

Arreglar nuestro presupuesto de manera que haya partida para lo necesario, medida para el lujo, ninguna partida para vicios y, en su lugar, una permanente para el ahorro.

No gastar dinero prestado ni en lujos ni en vicios.

Al gastar en cosas necesarias buscar siempre los mejores precios.

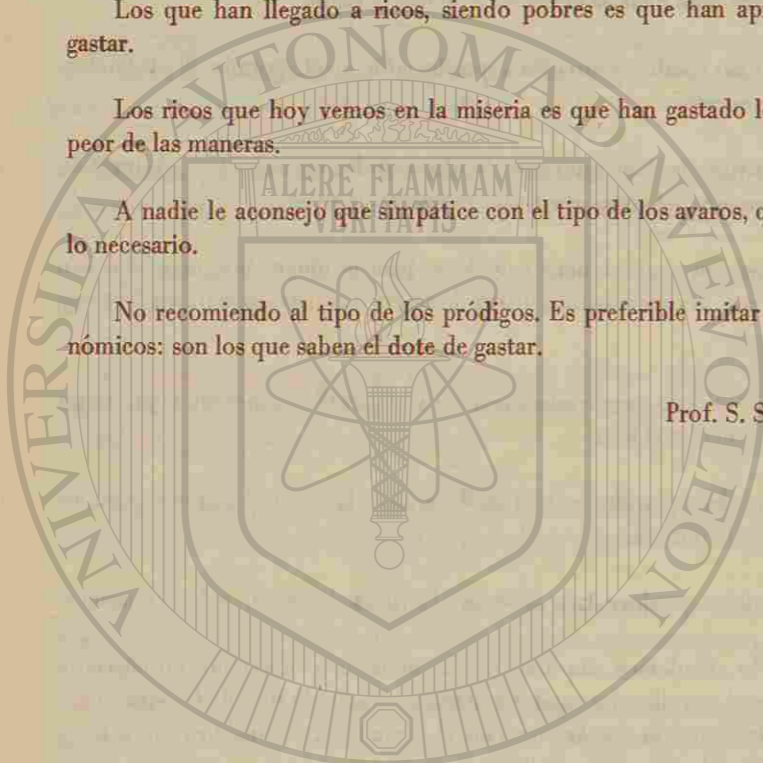
Los que han llegado a ricos, siendo pobres es que han apreciado el dote de gastar.

Los ricos que hoy vemos en la miseria es que han gastado lo que tenían de la peor de las maneras.

A nadie le aconsejo que simpatice con el tipo de los avaros, que no gastan ni en lo necesario.

No recomiendo al tipo de los pródigos. Es preferible imitar el tipo de los económicos: son los que saben el dote de gastar.

Prof. S. SALAZAR MORA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡AY DEL HOMBRE SOLO. . . . !

Anda por ahí en los Libros Santos esa frase referente al hombre que encerrado en su egoísmo o ignorante de los beneficios de una sociedad, vive y lucha y se divierte solo.

Nacimos para vivir en sociedad. Y no solamente para ayudarnos en los combates contra algún enemigo, sino para conquistar el bienestar y la dicha.

Esta lección nos la ha dado la experiencia de los siglos, y por eso no nos conformamos con vivir en un mismo terruño, bajo un mismo gobierno con derechos y obligaciones recíprocas; llevamos más allá nuestros anhelos: identificamos nuestros intereses y trabajamos juntos para realizar un ideal.

Y así nacieron las sociedades recreativas y cooperativas.

La unión siempre cosechará la fuerza, y el que sueña triunfar en la tierra, debe buscarla como el talismán o necesario amuleto que garantice el éxito de sus destinos.

El hombre solo no es de esta época. Aparece como estrella errante, fragmento de astro que se pierde en la cadena de los años sin beneficio alguno.

Estamos en la tierra para dar frutos y regalarlos o venderlos, y enriquecer así con algún merecimiento nuestra alforja de peregrinos.

¡Ay del comerciante que se queda solo!

¡Ay del soldado que se encuentra abandonado y con cerco de enemigos!

¡Ay del hombre que se queja y llora y nadie escucha sus lamentos de dolor y nadie enjuga sus lágrimas y nadie llega con bálsamos a curar las heridas de su corazón!

Busca sitio en las filas de los que luchan y se defienden y triunfan y se alegran juntos.

Busca un lugar en una recreativa, en un sindicato o en una cooperativa.

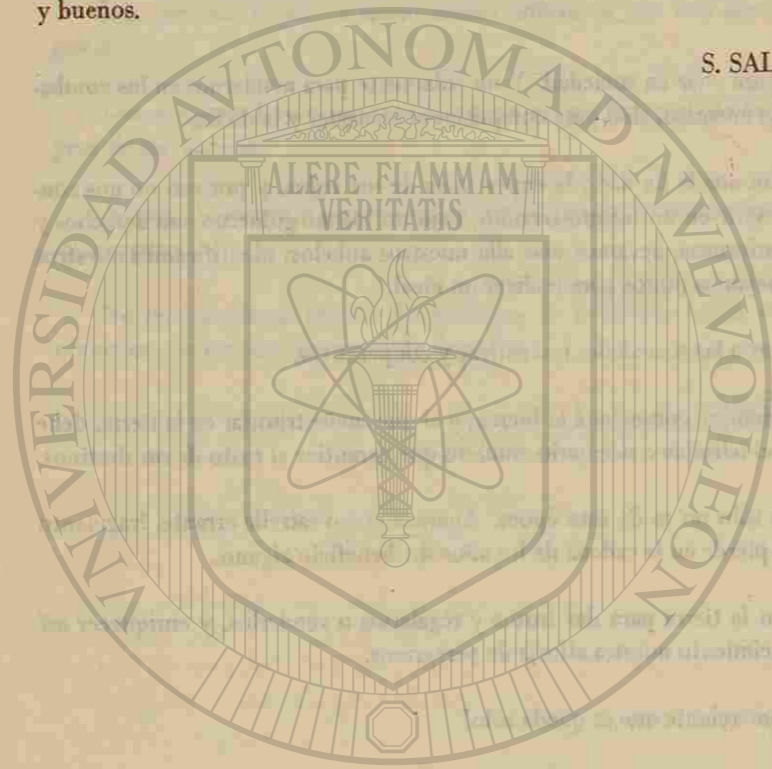
Un lugar que responda a los anhelos de cultura y de mejoramiento.

La fraternidad de los hombres es necesaria; pero lo es más entre los que for-

man la clase obrera, pues su fuerza radica en la unión.

Ni Dios gustó de estar solo en la inmensidad del espacio y de los tiempos; pues se creó un coro de ángeles y un universo de mundos y un cielo con justos y buenos.

S. SALAZAR MORA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE EL CONCEPTO DEL TRABAJO

Trabajo, según la Economía es el esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza.

Es tan necesario, que significa la fuerza dinámica de los otros dos factores, naturaleza y capital.

Es cierto que la naturaleza en lugares privilegiados del globo, brinda sus frutos sin la intervención humana; pero no lo es menos, que el trabajo realiza el prodigio de convertir terrenos estériles en huertos, jardines y bosques.

Gracias al trabajo los productos naturaleza y los que el hombre ayuda a producir van sufriendo todas aquellas transformaciones que reclaman las necesidades del hombre.

Y éstas, con el progreso, han llegado a una fuerte suma, cuya satisfacción pide la enorme contribución de millones de cerebros y de brazos. ¡Oh! qué magnífico espectáculo nos presenta la colmena humana en sus múltiples formas de actividad!

La mente elabora allí en los alambiques misteriosos de la psiquis el secreto que ha de mover voluntades y brazos en la realización de prodigios.

Y esas dos supremas energías: la de la inteligencia y la de los músculos, integran el omnipotente y victorioso nervio que vibra en la superficie y el corazón de los mares, arrebatándole riquezas o bien utilizándole como arteria para conducir entre los continentes la vida, el bienestar y la dicha de las naciones.

¡Oh divino poder el del trabajo que convierte a los hombres en artistas de la idea y de la belleza, en magos de la ciencia y la industria, en titanes que roban al cielo el fuego de los dioses, y aprisionan en sus manos las fuerzas de la naturaleza.

Sólo en tiempos de la molición romana pudo estar el concepto del trabajo en grado tan denigrante que llegó a ser considerado oficio de esclavos y de animales.

La civilización cristiana, que todo ha dignificado, vino a colocarlo en el código de la más perfecta moral y hoy figura como una de las principales virtudes humanas.

La pereza es madre de vicios y pecados: se dice por ahí. De lo cual se infiere que el trabajo es padre de la virtud. Es tal su influencia moralizadora que Víctor Hugo llegó a decir en una hermosa figura: "Trabajar es orar".

Sociólogos modernos opinan que todo hombre que no produce es indigno de vivir en la sociedad.

No es posible que haya afinidad entre las ideas de hombre y de zángano.

La necesidad nos impulsa a producir y para producir hay que trabajar.

No debemos considerar, solamente, sus efectos como factor de moralidad individual y de riqueza, sino también como productor de la solidaridad y la paz entre los hombres.

El trabajo mantiene unidos a todos los miembros de la gran colmena humana; cada uno aporta su ayuda y todos labran con su esfuerzo el bienestar individual y colectivo.

Ocupados, no tenemos tiempo de reñir y destruirnos. Lejos de anhelar que la muerte reste luchadores de la noble faena, tratamos de conservarlos y de aumentarlos.

De esta manera procuramos el bienestar del presente y edificamos para nuestros hijos, a la vez que los blasones de gloria que han de ostentar y defender con orgullo, un porvenir de progreso, de dicha y de gloria.

No importa el instrumento: ya sean la mente o el músculo; el laboratorio o el escritorio; el yunque o el arado; con todo podemos y debemos producir. Día vendrá en que el trabajo haya dado completa muerte a la miseria y a los zánganos.

Pensemos siempre que es el único camino por donde hemos de llegar a la verdadera grandeza, y el único instrumento con que han conquistado su poderío económico las naciones.

Concebamos de esta manera la idea del trabajo y sentiremos estímulo sincero al par que la más profunda satisfacción de ser contados entre la noble y meritoria clase trabajadora.

Prof. S. SALAZAR MORA

MAL SISTEMA DE VIDA

Conducta harto frecuente y no menos criticable es la de quienes integramos la clase obrera cuando aguardamos el remedio de todos nuestros males, solamente del cielo, de la buena suerte, o de nuestros semejantes.

Es verdad que en algunas ocasiones los esfuerzos fracasan y continuamos tan mal como estábamos o peor.

Los caracteres pesimistas desde antes de iniciar la lucha han matado su fe y expulsado de su corazón la esperanza. Y un hombre sin esperanza ha perdido el más preciado tesoro de adquisición. Quienes han triunfado siempre han recibido su aliento que consuela y fortifica. Más la existencia de la esperanza solo debe justificarse cuando el hombre es activo.

Sembrar y esperar la cosecha de óptimo fruto, es la cosa más natural. Desatino sería cruzarse de brazos y aguardar que llegue a nuestro alcance todo lo que necesitamos. Esto no lo hacen ni las aves del cielo, ni los árboles de los boques. Por ley general en el universo todo fruto es resultado del esfuerzo y del trabajo.

Hay desorden en la hacienda de nuestros hogares y no alcanzamos para vestirnos y ascarnos decentemente, para alimentarnos y curarnos?

Estudiemos las causas. Pudiera ser que gastamos en vino, barajas, cigarros y paseos la mayor parte de lo que ganamos.

Si estos males nos aquejan ¿de quién hemos de aguardar eficaz remedio?

Curando la causa se curan los efectos. Finquemos nuestra esperanza sobre la acción necesaria para curar nuestros males y el triunfo será nuestro.

Busquemos la manera de ser que convenga a nuestros intereses y no la que se ajuste al nefasto capricho de nuestras pasiones y defectos.

Ordenar nuestra vida y sistematizarla puede ser eficaz preservativo contra las miserias y camino seguro para llegar a la cumbre de nuestros éxitos.

SOBRE EL CONCEPTO DEL CAPITAL

En otro artículo decíamos del trabajo que es fuerza dinámica indispensable para hacer que produzcan riqueza la tierra y el capital.

Ahora disertaremos un poco sobre este último para desvanecer algunos prejuicios que en su contra existen.

Hay quienes hablando hiperbólicamente del trabajo le dan títulos de creador, de único y exclusivo factor de la riqueza.

Este error ha dado origen a que el vulgo invente falsas e injustas apreciaciones sobre el concepto del capital.

El esfuerzo humano descubre medios de combinar los diferentes elementos que le proporciona la naturaleza y hace que se les reconozca un valor intrínseco que ya tenían, y que no había sido utilizado. No puede negarse que es el mantenedor del funcionamiento normal de la producción.

Más ¿será posible concebir la producción de la energía humana sin elementos esenciales, que colaboren necesariamente?

La posesión de la naturaleza a nuestras órdenes significa una riqueza que vamos a transformar. Los instrumentos, las máquinas, los víveres, los vestidos y todo aquello que sirve para mantener la vida del productor, significan, también, una riqueza que debe existir, forzosamente, antes y durante el tiempo que esté laborando.

Pues bien, esa riqueza acumulada, sin la cual es imposible toda empresa, se llama "CAPITAL. Los economistas la definen de la siguiente manera: "CAPITAL ES LA RIQUEZA QUE PRODUCE RIQUEZA".

Sin él nuestras mejores ideas se quedan en el cerebro o escritas en una hoja de papel.

Entre muchas pruebas, tenemos ésta: Federico Lebon, ingeniero francés, descubrió la manera de obtener el gas del alumbrado. Le negaron ayuda pecuniaria en su patria y murió sin realizar su idea. Más tarde, en 1810, Inglaterra instaló la primera fábrica de alumbrado público. Y Francia, que tuvo en su cuna al inventor, hasta 1818 vino instalando la primera fábrica.

Como éste podríamos citar infinidad de casos en los cuales se ve, palpable-

mente, que puede haber magníficas ideas que no llegan a realizarse por carencia del factor capital.

Todas las industrias tienen la base de su prosperidad en el fuerte y poderoso cimiento del capital. El día que éste se debilite o se agriete, pelagra la producción. Ni la pequeña ni la gran producción serían posible sin pequeños y grandes capitales.

El socialismo al poner en guerra al factor trabajo con el factor capital intenta cometer el más grande de los errores económicos. Cuando éste en sus lucubraciones ha intentado matar aquella fuente de energía, el trabajo ha resentido sus efectos. Abandonar el capital y volverse contra él, equivale a que las manos dejen el arado y la máquina y, tomando la tea y el fusil, se dediquen a lo que llama Charles Gide: "Trabajo destructivo de la riqueza".

Después de una revuelta contra el capital en la que su majestad la miseria ha sentado sus reales. Después de una decepción como la que llevó el pueblo ruso, cuando se intenta la rehabilitación de la industria y del trabajo, ésta solo puede conseguirse por un camino, la rehabilitación del capital.

No es que yo quiera sostener que debe buscarse el predominio de un factor sobre el otro, sino la existencia coordinada y bien equilibrada de los dos factores, trabajo y capital.

Pensar en la destrucción del capital es estar urdiendo el asesinato del trabajo.

La aspiración suprema de todo individuo debe ser la posesión de un capital aunque sea pequeño.

Se acabó el tiempo en que el capital era patrimonio de unos cuantos. Los hechos nos demuestran que hoy está al alcance de todo anhelo y de todo empeño humano.

Solo para los haraganes, los ignorantes y los viciosos es imposible la ascensión de esa escala que lleva al mejoramiento económico. ®

Pues hoy se ve que el ahorro y las diversas instituciones que de él se derivan, colocan al obrero en condiciones de ir creando el ansiado capital.

El que tenga un jornal un sueldo, un oficio, o una profesión y puede atender todas sus necesidades y guardar algo para el porvenir, es, en mi concepto, un capitalista.

No déis crédito a los gritos de la diabólica sirena que os dice que el capital se obtiene arrebatándolo y riñendo y destruyendo al que tiene más.

Todo es cuestión de talento, de esfuerzo y de circunstancias que la gente ha dado en llamar "buena suerte". Si faltan lo primero y lo segundo hay que conformarnos con el lugar donde estamos. Si faltan las circunstancias hay que aguardar siempre que se pongan a tiro. Ya llegarán cuando la paz y el trabajo sean estables, y den lugar a la prosperidad de las grandes industrias y de los grandes capitales.

Porque hay que convenir en que así como no puede concebirse la lluvia sin la existencia de mares y lagos, cuya evaporación dé origen a las nubes, de la misma manera no pueden crecer los ya fundados, ni nacer los capitales nuevos, si no ya fundados, ni nacer los capitales nuevos, si no son el resultado o la cosecha de otros capitales.

Como el agua engendra a la lluvia, que es también agua, el capital es necesario para engendrar capital.

Enero 1929

LA POBREZA

Según la Economía Política, "*necesidad*" es la sensación de lo que hace falta al organismo". Sed la sensación de que le falta agua. *Hambre*, la sensación de que falta alimento.

En los primeros años de nuestra vida, todo se reduce a unas cuantas necesidades: pero merced a la invención y a la adaptación al medio social con la edad, así de los individuos como de los pueblos, va aumentado considerablemente el número de ellas.

No parece sino que la civilización del mundo ha consistido en aumentar la civilización del mundo ha consistido en aumentar las necesidades. Nuestros abuelos con poco llenaban sus exigencias, y hoy apenas si tenemos fuerza para cargar con las que nos hemos creado y vamos creando, sin poner punto de reposo a nuestros afanes.

Tras de cada necesidad han venido los deseos y ardiente apetito de satisfacerlas.

Lo que sirve para satisfacer los deseos engendrados por la necesidad, lleva el nombre de *riqueza*. En consecuencia llámase *ricos* a los hombres que tienen medios abundantes, mejor dicho, de sobra, para satisfacerlas todas sus necesidades o la mayor parte de ellas. Llámase *pobre* al que no tiene siquiera lo indispensable para atender las necesidades primordiales de la vida; alimentación, vestidos, casa, salud, instrucción y diversiones.

La humanidad, en su progreso, ya debía haber conquistado el secreto, si no para acabar con la pobreza, cuando menos para disminuirla en mucha parte. Andamos tan desviados de esa senda, que no será remota la llegada de un día en que la miseria sea mayor que la de ahora.

Hay quien diga que son exclusivamente culpables de esta situación los acaparadores de riqueza, los *archi-ricos* o capitalistas.

Mas yo creo que el primer culpable de la pobreza es el mismo pobre que, pudiendo salir de ella, en muchas veces, ni siquiera lo intenta. En segundo término aparecen no menos culpables los *gobiernos* que teniendo, obligación de mirar por el bienestar común, nada o muy poco han hecho para redimir a los pobres de la miseria en que viven.

No es cuestión de salarios únicamente ni de ligas de resistencia, la cuestión es de economía, de moral y de higiene.

¿De qué le sirve al obrero ganar mucho dinero, si no sabe la ciencia de distribuirlo económicamente; si lo derrocha en cantinas y *paseadas*; y como consecuencia ineludible de sus vicios, se ve precisado a gastarlo en boticas y sanatorios? ¿De qué le sirve ganar lo suficiente, si en repetidas veces, con la ambición de igualar al rico, ebrio con las delicias del momento, se tapa los ojos y derrocha lo que gana; sin mirar su propio porvenir y el de su familia, en una palabra, si no posee la virtud salvadora del *ahorro*?

Agreguemos a esto que la pobreza de la salud está en razón directa con la higiene. Menos higiene, menos salud. Más higiene, más salud.

Y la higiene que constituye el conjunto de prácticas para conservar la salud, no es vigilada y llevada a efecto con el empeño y la eficacia que con tanta urgencia necesitamos, ni en todas las escuelas, ni en todos los hogares, ni en todas las calles y demás lugares públicos.

Este descuido ocasiona enfermedades, que gastan la hacienda y pueden dejar al hombre en la más espantosa miseria.

Nada más pobre que el pobre cuando lo es de conocimientos y de hábitos para prevenirse contra las enfermedades, y pobre, también, de recursos para curarse de ellas.

Hasta la fecha la llamada "*acción social*" no ha hecho cuanto debiera para resolver el problema.

Se le invita al obrero a sindicalizarse para hacerle presión al capitalista, para luchar contra él; pero no se le disciplina en las virtudes del buen obrero ni se le perfecciona en sus aptitudes profesionales.

En vez de mostrarle que se puede subir a una condición económica mejor, evitando los vicios y practicando el ahorro, hay quien le insinúe la idea de arrebatar lo de otro para tener riquezas de un salto y sin los esfuerzos debidos al trabajo honrado y fecundo.

Es verdad que hay *instituciones de previsión* que bien pudieran aliviar la miseria y basta asegurar un porvenir mejor para nuestros pósteros: más no tenemos quien los fomente y los establezca y menos quien pueda garantizar su correcto funcionamiento.

Por eso, no meditemos siquiera sobre la superficie o la espuma de salameras palabras con que nos regalan ciertos "*líderes socialistas*"; ni escuchemos sus "*cantos de sirenas*" con los cuales intentan ganarnos para sus propósitos de naturaleza puramente egoísta.

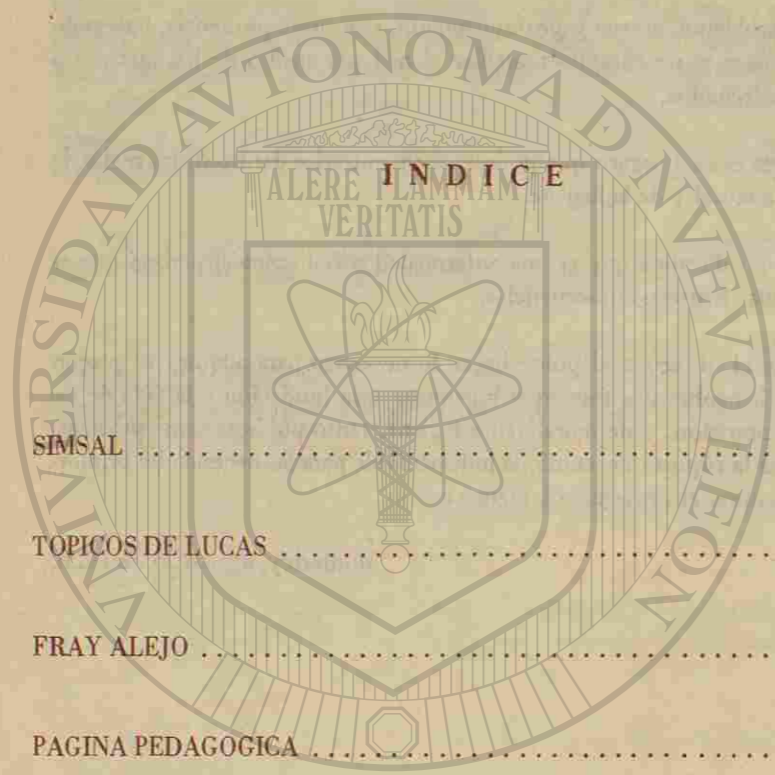
Veamos el problema, serena y profundamente, con suma prudencia, buscando las verdaderas causas y procurando remediar el mal por medio de los factores o procedimientos adecuados.

Tales factores es casi seguro que podremos encontrarlos dentro de las reglas de la economía de la moral y de la higiene.

La pobreza no diremos que es una enfermedad social *sanable*; pero sí que es posible atenuar sus efectos o consecuencias.

Todo es que el obrero o el pobre hagan lo necesario para adquirir su propio bienestar, y que los gobiernos fomenten y garanticen la fundación y la vida de las instituciones de previsión, y de moralidad e higiene, tanto públicas como privadas, para que se tenga la riqueza necesaria, la indispensable para las necesidades primordiales y aun para mirar el porvenir con menos miedo.

Monterrey, agosto 25 de 1926.



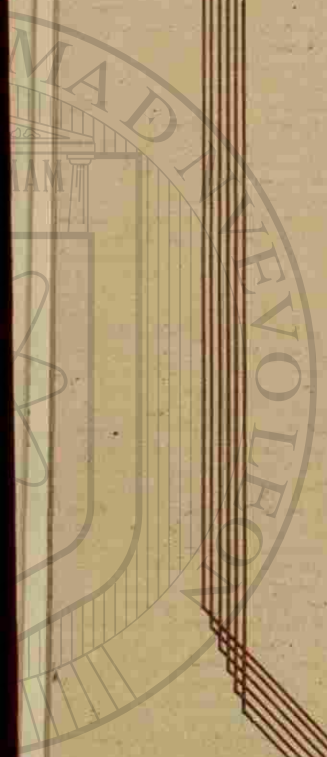
	PAG.
SIMSAL	7
TOPICOS DE LUCAS	49
FRAY ALEJO	67
PAGINA PEDAGOGICA	115
<hr/>	
PAGINA DEL OBRERO	139

Este libro se terminó de imprimir el 14 de mayo de 1985, en los talleres de Impresora Gralex. El diseño y cuidado de la edición estuvo a cargo de Humberto Salazar. Se tiraron 500 ejemplares, más sobrantes para reposición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUAN



FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

